DESDE EL VALLE DEL MAULE HASTA EL VALLE DEL CAUTÍN

CASAS DE CAMPO CHILENAS

DESDE EL VALLE DEL MAULE HASTA EL VALLE DEL CAUTÍN

CASAS DE CAMPO CHILENAS

DESDE EL VALLE DEL MAULE HASTA EL VALLE DEL CAUTÍN

CASAS DE CAMPO CHILENAS

TERESA PEREIRA
HERNÁN RODRÍGUEZ
VALERIA MAINO

FOTOGRAFÍA
MAX DONOSO

Santander

Es un orgullo para Banco Santander presentar *Casas de Campo Chilenas, desde el Valle del Maule hasta el Valle del Cautín*, obra que rescata el valioso patrimonio arquitectónico y cultural de nuestro país.

Consideramos esta recopilación como un fiel testimonio de una parte de la historia del campo chileno, además de un retrato gráfico que nos transporta en el tiempo y nos permite conocer antiguas casas patronales, que a su vez revelan personas, costumbres y faenas que han dejado su legado.

Este es el tercer tomo de una serie que comenzó en 2004. Desde entonces, hemos hecho un largo recorrido por las estancias que cobijaron a los chilenos de los siglos XVII, XVIII y XIX. En esta ocasión, visitamos las grandes haciendas del Maule, Biobío y La Araucanía, siendo testigos privilegiados del paso del tiempo.

Espero que al leer este libro se sientan parte de un fragmento de nuestra historia, que con esmero hemos querido revivir mediante un detallado recorrido de las estancias rurales de la zona centro sur del país. Este documento visual no sólo muestra casas con amplios jardines y admirables construcciones, sino que también nos habla de familias que nos han invitado a conocer sus historias y la intimidad del campo que los ha visto crecer.

En la confección y edición de textos, fotografías y diseño trabajó un equipo de profesionales de excelencia, preocupado de representar lo mejor posible cada uno de los detalles de estas maravillosas casas: la madera como noble material estructural, los verdes predios colindantes, y los largos corredores con tantos años como anécdotas que contar.

Los invitamos a disfrutar este libro y a dejarse nuevamente sorprender con las *Casas de Campo Chilenas*.

Afectuosamente,

Claudio Melandri H.

Claudio Melandri Hinojosa
Gerente General y Country Head
Banco Santander

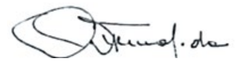
PATRIMONIO
CULTURAL DE CHILE

Es una gran satisfacción para la Corporación Patrimonio Cultural de Chile formar parte de esta nueva entrega de la colección *Casas de Campo Chilenas*, desarrollada por iniciativa de Banco Santander, de la cual es co-autor nuestro Director y ex Presidente de la Corporación, el arquitecto e historiador Hernán Rodríguez, que, junto a la destacada geógrafa Valeria Maino y la investigadora y académica Teresa Pereira, aporta su gran conocimiento y experiencia a esta obra.

A través del lente del fotógrafo Max Donoso, de reconocida trayectoria en el registro patrimonial, el presente volumen recoge la imagen, la historia y la atmósfera de estas casas patronales repartidas entre el Valle del Maule y el Valle del Cautín, cuyos espacios interiores y exteriores conservan, reflejan y proyectan la tradición de vida en las antiguas haciendas chilenas.

Armonía, sencillez y amor por la naturaleza; nobleza, calidad y belleza de formas y materiales; fusión de influencias europeas y autóctonas, son atributos que aquí se despliegan con elegancia.

Abarcando una vasta extensión del territorio y un período de cuatro siglos de historia, este extraordinario libro da cuenta de una arquitectura tan diversa como los paisajes y geografías en las que ésta se inserta, pero al mismo tiempo deja en evidencia fuertes vínculos y aspectos compartidos, que conforman una sólida identidad anclada en el valor de la tierra.



Roberto Fuenzalida González
Director Ejecutivo
Corporación Patrimonio Cultural de Chile

CONTENIDO

MAPA 9

INTRODUCCIÓN 11

DESDE EL VALLE DEL MAULE HASTA EL VALLE DEL CAUTÍN

PALMAS DE PEÑAFLOR Río Claro 14

SANTA ROSA DE LAVADEROS Maule 30

CASAS DE MAULE Maule 48

COLBÚN Colbún 60

LA UNIÓN Colbún 76

BUREO Retiro 92

VIRGÜÍN Ñiquén 104

SAN AGUSTÍN DE PUÑUAL Ninhue 122

RAFAEL Tomé 134

LA CANDELARIA Los Ángeles 150

VIRQUENCO Los Ángeles 164

CORCOVADO Santa Bárbara 178

QUILACO Quilaco 190

PICOLTUÉ Mulchén 204

QUICHAMAHUIDA Traiguén 216

MARÍA ESTER Victoria 232

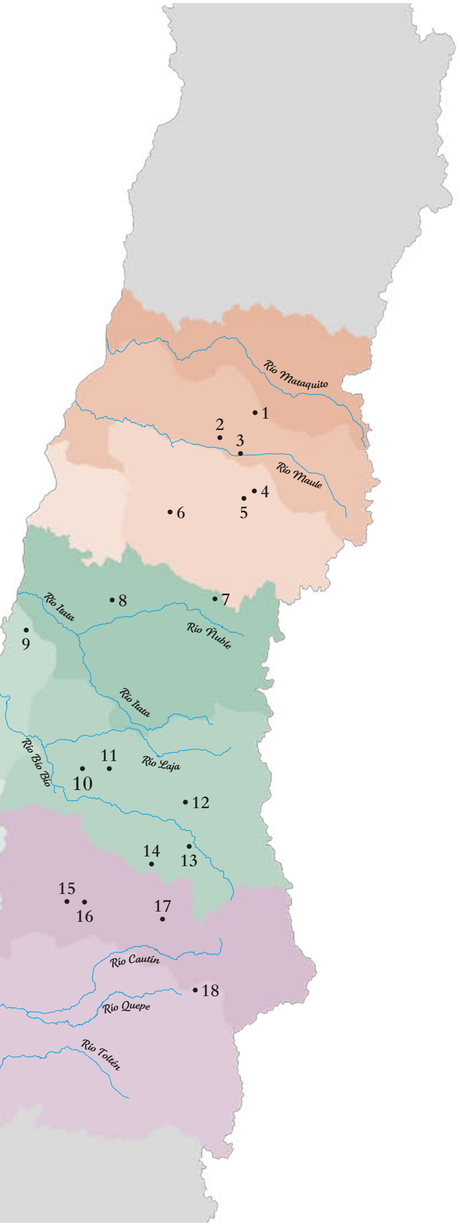
COLO Victoria 246

CULLINCO Victoria 264

AGRADECIMIENTOS 279

MAPA

REGIÓN	PROVINCIA	CASA	
VII REGIÓN DEL MAULE	Talca	1	*Palmas de Peñaflor*
	Talca	2	*Santa Rosa de Lavaderos*
	Talca	3	*Casas de Maule*
	Linares	4	*Colbún*
	Linares	5	*La Unión*
	Linares	6	*Bureo*
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO	Ñuble	7	*Virgüín*
	Ñuble	8	*San Agustín de Puñual*
	Concepción	9	*Rafael*
	Biobío	10	*La Candelaria*
	Biobío	11	*Virquenco*
	Biobío	12	*Corcovado*
	Biobío	13	*Quilaco*
	Biobío	14	*Picoltué*
IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA	Malleco	15	*Quichamahuida*
	Malleco	16	*María Ester*
	Malleco	17	*Colo*
	Malleco	18	*Cullinco*



UBICACIÓN DE ZONA EN AMÉRICA

INTRODUCCIÓN

La realización del tercer volumen de *Casas de Campo Chilenas* ha sido para sus autores un trabajo enriquecedor, que aporta al conocimiento de las formas de vida del mundo rural y sus casas patronales. Abarca un período histórico de cuatro siglos y un vasto espacio geográfico, que comprende desde el valle del río Maule hasta el valle del río Biobío, continuando luego hacia el sur y adentrándose en el territorio de la Araucanía, hasta el valle del río Cautín.

En los años iniciales de la Conquista, la amplitud de esta geografía comprendía extensos llanos cubiertos con pastizales y sombreados por macizos de boldos, espinos y algarrobos. En las quebradas y faldeos cordilleranos había bosques de especies nativas y, hacia el sur, la vegetación se hacía más densa, casi impenetrable, en la que sobresalían robles, coigües y araucarias que creaban un paisaje asombroso en la cordillera de Nahuelbuta y en las estribaciones de los Andes. En las zonas húmedas o lluviosas, y en la costa, abundaban los canelos y copihues, plantas míticas en las creencias ancestrales del pueblo Mapuche. Tempranamente, al iniciarse la Colonia, la principal producción de este inmenso territorio fue el ganado: caballares, vacunos, ovejas y cabríos poblaron los campos donde las faenas más importantes fueron el rodeo y la matanza. Posteriormente se realizaron extensas siembras de trigo y surgieron viñedos en el valle del Maule y en las vegas del río Itata.

La tenencia de la tierra en la Capitanía General de Chile se originó en las encomiendas y mercedes de tierras que concedió primeramente el Cabildo de Santiago y Pedro de Valdivia y, más tarde, fue prerrogativa de los Gobernadores que le sucedieron, proceso que se detuvo bruscamente en el sur del territorio al producirse el Gran Levantamiento indígena de 1598, a partir del cual se destruyeron todos los asentamientos españoles desde el río Biobío hasta el canal de Chacao. Años más tarde, en 1655, se produjo la llamada Gran Rebelión que alcanzó hasta el río Maule. El alzamiento fue dominado, pero hubo que reconstruir todas las casas y ciudades entre el Maule y el Biobío. Desde entonces, la extensión comprendida entre ese río y la ciudad de Valdivia –reconquistada a mediados del siglo XVII– fue conocida como la Araucanía. El río Biobío, sumó a su envergadura fluvial la importancia histórica de haber constituido una barrera, por más de dos siglos, hasta que en 1861 el gobierno del presidente José Joaquín Pérez cruzó dicho límite y dio inicio a la ocupación del territorio que se extendía al sur de ese rio. El Biobío nace en la cordillera de los Andes, en las lagunas de Calletué e Icalma a 1.150 metros de altura, desde donde sus aguas descienden turbulentas hasta el sector de Santa Bárbara, y luego se calman, hasta llegar al mar. Los ríos Lonquimay, Rahue, Ranquil, Bureo, Vergara, Malleco, Renaico y Laja le entregan su caudal, por lo que su lecho se amplía y, en ciertas zonas, su cauce adquiere más de un kilómetro de ancho. La arquitectura de las casas del sur varió según la incidencia que tuvieron en su construcción factores como el clima, la seguridad, los recursos y –por cierto– los avatares de la historia local. Su mayor influencia provino de las casas de la zona central, de donde procedieron –inicialmente– sus constructores y habitantes. Replicaron sus estructuras de adobe y quincha, las techumbres de teja y paja, y las pircas de piedra, en una expresión que fusionó tradiciones mediterráneas e indígenas.

Se pueden distinguir al menos dos sectores entre las casas de campo estudiadas: las que se levantaron entre los valles del Maule y el Biobío, incluida la llamada Isla de La Laja, y las que siguen más al sur. Las primeras están vinculadas a propiedades cuyos títulos y documentos se remontan al siglo XVII mientras que, más allá del Biobío, los títulos y construcciones datan, sin excepción, del siglo XIX.

"Molino de Puchacay, en Concepción". Dibujo de Claudio Gay litografiado por H. Van der Burch, en *Atlas de la Historia Física y Política de Chile*, París, 1854.

Las casas patronales más antiguas, entre el Maule y Biobío, conservan ciertas características similares con la arquitectura del Valle Central: muros de adobe, techos de arcilla o paja, y una fachada continua de corredores abiertos, espacios de transición entre el interior sombrío y el exterior luminoso, enfrentado a jardines, huertos y parrones, como puede reconocerse en las casas de Bureo y en la de Maule. La unidad básica de esa arquitectura está constituida por un volumen rectangular, porticado, que al adosarse a otros, similares, va estructurando patios y explanadas, en un proceso que se inició tempranamente, en la Colonia, y llegó a su máxima expresión durante la República, cuando, en la segunda mitad del siglo XIX, se construyeron casas patronales de gran magnitud, como podemos apreciar en los conjuntos de Las Palmas de Peñaflor y Colbún.

Muchas casas se construyeron en sectores bajos, para protegerse del viento y obtener agua con mayor facilidad. Otras eligieron lugares próximos a mlos caminos, precarios durante el siglo XVII, como los de la Costa o del Centro que avanzaban desde Santiago al sur y, cruzando el rio Maule, se internaban por huellas inciertas. Sólo posteriormente adquirió importancia el Camino Real o de la Frontera, que unió la zona central con Concepción. Por él transitaban tropas, frailes, vecinos, comerciantes y "gente de la tierra" arriando piños de ganado y llevando productos, desde y hacia la lejana Frontera. La casa de Santa Rosa de Lavaderos, al norte del Maule, y la de Rafael, en Tomé, se construyeron a la vera de este camino.

Hubo variantes en esta arquitectura, como la casa de dos pisos que tenía las bodegas abajo y aposentos arriba, como tuvo Cucha Cucha en Concepción y todavía se aprecia en Santa Rosa, en los Sauces. O la casa-fortaleza que se construyó en torno a un patio central, modalidad que se desarrolló desde el valle del Cachapoal hasta la Isla de La Laja y sirvió para defenderse de las rebeliones indígenas y de los asaltos de bandoleros que abundaron en este territorio hasta, al menos, la llamada Guerra a Muerte. Ejemplo de esta tipología es la casa de San Agustín de Puñual, en Ninhue.

Al sur del Maule, el modelo de casa de la zona central fue modificándose durante todo el siglo XIX. En la zona de Concepción, por ejemplo, transformó los corredores abiertos en galerías vidriadas, copiando una costumbre usual para los extranjeros que, en gran número, llegaron al país después de la Independencia. Las galerías, prácticas para combatir el frío, cruzaron masivamente el Biobío en la segunda mitad del siglo XIX y fueron un rasgo muy propio de la arquitectura de estas zonas, como se aprecia en las casas de Picoltué, María Ester y Colo. La construcción del ferrocarril al sur, a partir de 1860, incorporó nuevas tierras al desarrollo agrícola, especialmente en las regiones del Biobío y Malleco. En 1890, cuando se inauguró el viaducto sobre el río Malleco, Chile pasó a ocupar pasó a ocupar un lugar entre las repúblicas más modernas de su tiempo un lugar entre las repúblicas más modernas de su tiempo. Muchas casas patronales se situaron próximas al ferrocarril, como es el caso de Cullinco, y las locomotoras trasportaron materiales, operarios y aspiraciones que respondieron a la bonanza que trajo la agricultura y el trigo, especialmente. El ferrocarril, de alguna manera, fue afín con casas de arquitectura más sofisticada, ajenas a la tradición local, como la casa que se levantó en La Candelaria o el mítico Castillo Terpelle de Traiguén, ambas de los primeros años del siglo XX.

En la arquitectura de las casas del Biobío y más al sur, cabe, también, destacar el masivo uso de la madera como material estructural predominante, aprovechando la abundancia y riqueza de los bosques. Gracias a la tecnología que introdujo la Revolución Industrial y la llegada de carpinteros calificados, árboles monumentales comenzaron a explotarse en gran escala. Se conservaron las grandes cubiertas de teja, pero muros y tabiques se hicieron íntegramente de madera, como es el caso de la casa de Quilaco y

Casa del fundo Santa Rosa, en Los Sauces, construida por Alberto Dufeu hacia 1900. Fotografía de Alejandra Molina, 2015.

de la gran bodega de Corcovado, en Santa Bárbara, ambas de mediados del siglo XIX. El zinc se incorporó más tarde. Se popularizó en los muros y cubiertas de la arquitectura portuaria y fue uno de los nuevos materiales que introdujo el ferrocarril. A partir de 1900 se incorporó plenamente a la construcción de casas y bodegas rurales, como puede verse en el fundo Qichamahuida.

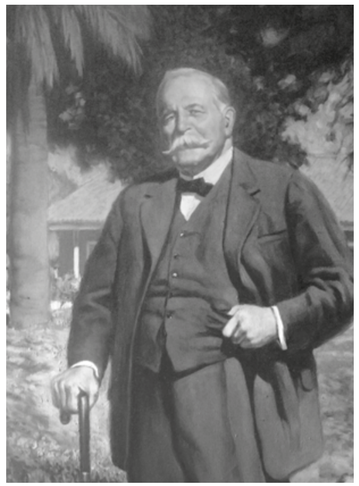
Finalmente, hay que mencionar que las casas del sur –y de todo el país– están sujetas a incendios frecuentes y a violentos terremotos. Como el que experimentó en carne propia Charles Darwin en 1835, cuando un terremoto destruyó toda la región de Concepción, o el terremoto de Chillán en 1939, o el de Valdivia en 1960 o el reciente de 2010, que dañó gravemente la arquitectura tradicional desde Concepción al Maule. Se debe a este último que no hayan podido incluirse en este libro dos casas emblemáticas del territorio que abarca, cuales son las de Huilquilemu, en San Clemente, y Hualpén, en Concepción. La extensa casa patronal de la hacienda Huilquilemu, próxima a Talca, fue íntegramente construida por el acaudalado minero Bruno González en 1850 y por su valor arquitectónico fue declarada Monumento Nacional en 1986. La valiosa casa del fundo Hualpén, en la desembocadura del Bío Bío, fue levantada por don Pedro del Río en 1870 y legada por él a los habitantes de su querida ciudad natal, Concepción, en 1917. También Monumento Nacional desde 1976, espera su necesaria restauración. A veces estas destrucciones motivan la realización de restauraciones e intervenciones que, excepcionalmente, dan origen a nuevas obras patrimoniales. Es el caso de la tradicional casa de La Unión, reparada por Luciano Kulczewski, la casa de Virgüín, proyectada por Josué Smith Solar, o la casa de Virquenco, diseñada por Samuel Eyzaguirre.

La selección de casas de campo chilenas, desde el valle de Maule al de Cautín, revela una insospechada diversidad arquitectónica que se ha desarrollado en un territorio notable por su extensión y por la riqueza de su naturaleza. Las casas son el reflejo de un compromiso con la tierra, sellado por el afecto, el trabajo y la admiración durante generaciones. Constituyen un valioso patrimonio arquitectónico, un modo de vida, que representa nuestras costumbres y creencias arcaicas que persisten y es imprescindible preservar, porque fortalecen nuestra identidad. La colaboración y hospitalidad de los dueños de casa ha sido fundamental para conocer esta realidad, en la que hemos valorado, con admiración, el profundo lazo afectivo con que se vinculan al espíritu de edificios y paisajes. A todos ellos, muchas gracias.

Castillo Terpelle, en el fundo El Castillo, Traiguén, construido por Germán Terpelle hacia 1910. Postal de José Hohmann s/f. Galería de Imágenes de la Cámara Chilena de la Construcción.

PALMAS DE PEÑAFLOR

RÍO CLARO



Retrato de don Pedro Opaso Letelier, realizado por Jorge "Coke" Délano hacia 1940. Colección Museo O´Higginiano y de Bellas Artes de Talca.

Página derecha: Jinetes de la Escuadra Ecuestre Palmas de Peñaflor con sus chamantos característicos.

Majestuosas palmas chilenas de más de 100 años de edad guían el camino, que cruza fértiles campos, hacia el fundo Palmas de Peñaflor. A lo lejos se divisan las casas emplazadas en una elevada explanada que mira hacia el norte los llanos del río Claro.

Entre el río Claro y el Lontué se situaban, a principios del siglo XVII, las tierras del vizcaíno Cristóbal Pérez de Olave, que sirvió en el Ejército de Chile como sargento y como alférez en 1628. En el partido de Maule contrajo matrimonio con María de Gormaz y Muñoz.

Sus descendientes Francisco y Jerónimo de Olave perpetuaron su apellido en la zona. Luisa –hija de Jerónimo– formó la estancia de Lontué, que tenía más de 4.000 cuadras, casas, un molino, viñas, arboledas y ganados que heredaron sus hijos y nietos. Juan–hijo de Francisco–, a fines del siglo XVII poseía 1.000 cuadras a orillas del Lontué y 500 cuadras en el río Claro, junto a otras propiedades. Tuvo numerosos hijos con su primera mujer, María Josefa de Bustamante. En 1833 son censadas y tasadas estas tierras por el gobierno central de Chile; la estancia era nominada "tierra de los Olave" y la poseían los descendientes de Bernardo de Olave y Bustamante, apellidados además de Olave, Aliaga, Gutiérrez, González y Dávila.

Algunos años más tarde, hacia 1837, Francisco Javier Bascuñán Fariñas adquirió de los herederos de Bernardo Olave y de otros propietarios, pequeños predios y derechos hereditarios, hasta conformar una hacienda de 900 cuadras que él denominó Peñaflor. Don Francisco Javier era hijo de Rafael Bascuñán Sotomayor y de Juana Antonia Fariña. Participó como oficial en las campañas de la Patria Vieja, peleó en Maipú, y en Mocopulli, donde fue gravemente herido y ascendido a mayor. Se radicó en Talca donde casó con Petronila Vargas Vergara, teniendo una dilatada sucesión que heredó gran parte de sus bienes. La hacienda Peñaflor estaba dedicada enteramente a la producción de trigo y complementaba la gran hacienda el Cerrillo Verde –propiedad de su suegra Antonia Vergara–, que Bascuñán tenía en arriendo y que le fue adjudicada en septiembre de 1841. A la muerte de Francisco Javier Bascuñán en 1858, Peñaflor recayó en sus hijos. Problemas financieros afectaron a los hermanos Bascuñán Vargas y la hacienda Peñaflor salió a remate público en septiembre de 1864, y la adquirió Urcisinio Opazo Silva.

Varias generaciones Opazo han destacado en el campo político y están fuertemente ligadas a Peñaflor, a sus casas y producción agrícola. Fundó la familia en Chile en los albores de la conquista Domingo Lorenzo de Opazo, originario de Bayona en Galicia. Fue uno de los 30 arcabuceros que permanecieron en la guarnición del fuerte de Nuestra Señora de la Trinidad en defensa de la devastada Valdivia. Fue corregidor del partido de Maule en 1608, y allí casó con Leonor Montero de Amaya.

Su descendiente Urcisinio Opazo Silva nació en Talca en 1831, hijo de José Miguel Opazo Artigas –quien formó parte del primer cabildo de Talca– y de Rosario Silva Cienfuegos. Tuvo una interesante trayectoria política en su ciudad natal: intendente de Talca entre 1872 y 1874; senador por Talca 1876-1882 y fundador y presidente del Banco de Talca, desde 1890 hasta 1898. Casó con Margarita Letelier Silva. Urcisinio dedicó el campo a la ganadería y a las siembras de trigo. Construyó las tradicionales casas de adobe en forma de U, que hasta hoy día se mantienen en manos de sus descendientes y se las denomina Peñaflor Viejo. En 1911 muere Urcisinio Opazo, adjudicándose sus hijos la propiedad, que entonces tenía como límites al norte y poniente con las tierras de Francisco Astaburuaga; al oriente, el camino público en medio con la estancia de Río Claro y al sur, con el estero Los Robles.

En 1914 es dueño de Peñaflor su hijo Pedro Opaso Letelier, destacado hombre público. Nació en Talca y estudió medicina en la Universidad de Chile. Representando al Partido Liberal Unido fue ministro de Estado en 1920, diputado y senador en varios períodos por Talca, Linares y Maule, entre 1924 y 1949. Era presidente del Senado cuando tuvo lugar el movimiento revolucionario de 1931, debió asumir la Vicepresidencia de la República el 26 julio, declinando el cargo al día siguiente en el ministro del interior Juan Esteban Montero: 24 horas duró su mandato.

En su juventud vivió Pedro Opaso en las casas de Peñaflor y a comienzos de 1900 decidió construir las casas llamadas Peñaflor Nuevo en una altura de la ribera sur del río Claro, desde donde se divisa el verde cauce del río.. Construyó la casa en secreto, pues quiso darle una sorpresa a su señora Sara Cousiño Talavera. Su emplazamiento es único, descender desde la casa al río entre las palmas chilenas y árboles nativos, entre ellos un magnífico arrayán de corteza roja, es de una belleza inimaginable. Rodea las casas un parque de hermoso diseño y esmeradamente cuidado, que encargó al paisajista Guillermo Renner. Las casas conforman un variado conjunto que comprende la capilla, la casa patronal y las instalaciones de las actuales caballerizas y cocheras. El núcleo básico o fundacional de las casas tiene forma de U, cuya fachada es típicamente chilena, de corredores. Hay una fachada interior a un atrayente patio con galerías, que constituyen el mundo más íntimo, habitacional. Desde el oriente al poniente se extiende una extensa ala que alberga las bodegas y faenas productivas.

Don Pedro le dio un gran impulso a los cultivos, plantó viñas y marcó los deslindes de los potreros con palmas chilenas, y la zona adquirió así características muy propias de nuestro campo. Al morir Pedro Opaso Letelier, sus hijos Opaso Cousiño se dividieron los fundos. Pedro

Página izquierda: Corredor exterior de acceso a la casa.

Páginas anteriores: Fachada de la casa de Palmas de Peñaflor, construida para don Pedro Opaso Letelier hacia 1900 y restaurada en 1991 por Alfredo Moreno Charme.

quedó en Peñaflor Viejo y Víctor, quien fuera ministro del presidente González Videla, heredó Peñaflor Nuevo. Fue un pujante agricultor, dedicó el campo a las vides y las comercializó con la marca "Peñaflor" y "Opaso Cousiño". Para regar en parte las tierras al sur del río Claro, fue construido en distintas etapas el canal Peñaflor a partir del siglo XIX. Esta obra impulsada por Opaso implicó extraer aguas desde el río Lontué, y unirlas con las que el canal Peñaflor extrae desde el río Claro.

La reforma agraria expropió gran parte del campo y la maquinaria con que se hacía el vino. Víctor Opaso, decepcionado, conservó las casas y una reserva no inmediata, que terminó por vender. No tuvo hijos de su matrimonio con Marta Lazcano García Huidobro, así que heredaron los Bascuñán Lazcano, sobrinos de su mujer, quienes adquirieron algunas parcelas expropiadas.

En 1991, Alfredo Moreno Charme, junto a su mujer Ana María Echeverría, compró Peñaflor Nuevo. Posteriormente fueron comprando las tierras aledañas, que en su mayoría habían correspondido a Peñaflor Nuevo. Hoy día conforman alrededor de 800 hectáreas regadas, que él denominó Las Palmas de Peñaflor, debido a la cantidad de palmas chilenas que surcaban los potreros. De inmediato se dedicaron a restaurar las casas en parte abandonadas, con la preocupación de conservarlas tal como eran, incorporando salamandras, chimeneas y algunos baños. El ala de las bodegas que corría de oriente a poniente fue intervenida, dándole un uso diferente; las máquinas y barricas del cultivo del vino se transformaron en las dependencias de un criadero de caballos. Tiempo se destinó a la conservación del parque, sus prados y flores, manteniendo su diseño original; un túnel que capta agua del río, el canal Pelarco, cruza el parque por debajo y aflora en algunos puntos. El terremoto de 2010 afectó las casas y se inició nuevamente su restauración. Se reconstruyeron y arreglaron algunas bodegas, que restaban por arreglar, dando vida a un subterráneo, que está cubierto por un gran patio.

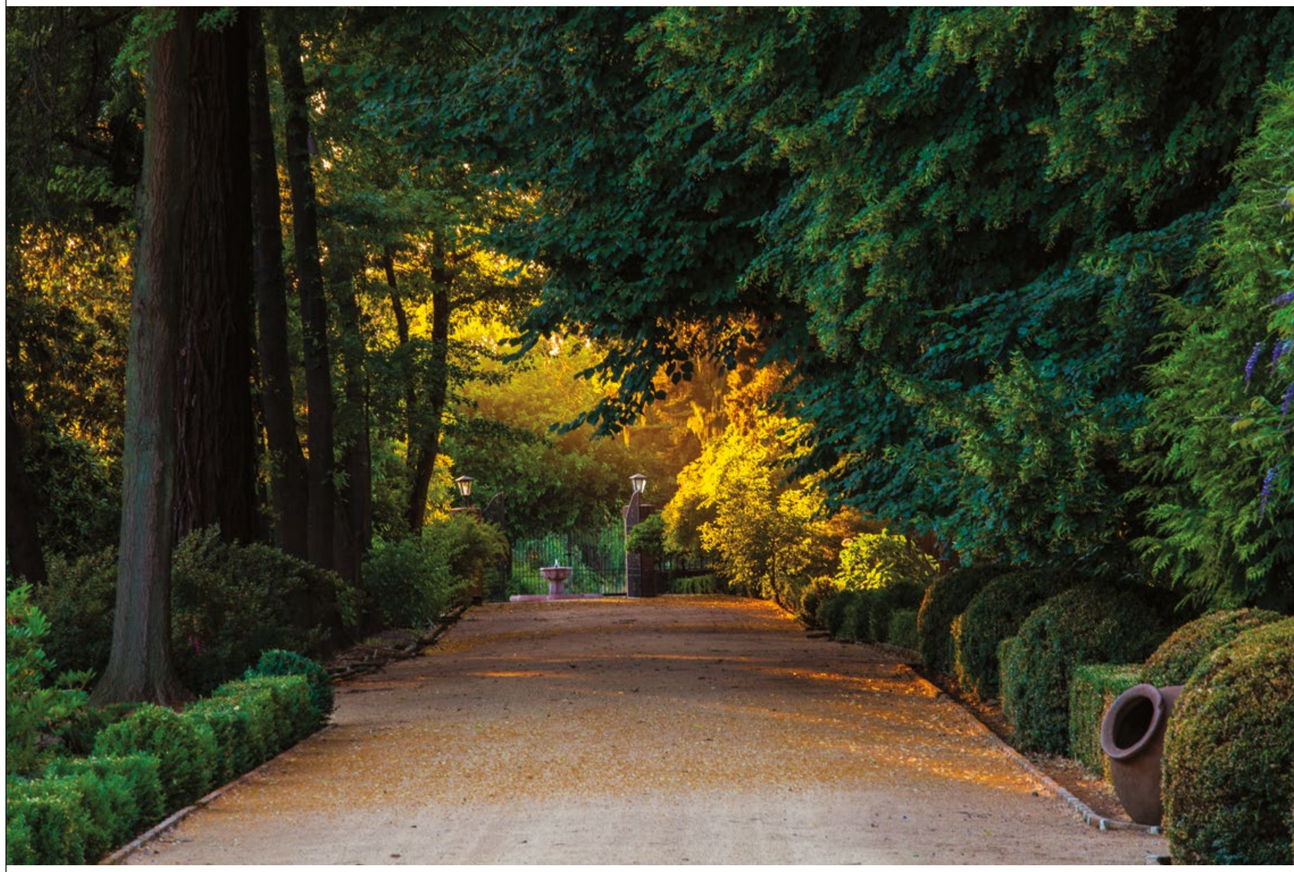
Alfredo Moreno Charme es un hombre multifacético de variados intereses: ingeniero comercial, empresario, dirigente de fundaciones y ministro de Relaciones Exteriores en el gobierno del presidente Sebastián Piñera; se ha realizado plenamente con su criadero y escuadra Palmas de Peñaflor que inició en estas tierras. Es hijo de Alfredo Moreno Aguirre y nieto de Alfredo Moreno Vial, quienes murieron jóvenes; su madre Gloria Charme Montt es de ascendencia francesa. Manuel Montt –cuando era ministro de Relaciones Exteriores- contrató un ingeniero francés, Augusto Charme, quien construyó la línea férrea a Chillán y dirigió las obras del Teatro Municipal. Se quedó en Chile y uno de sus nietos se casó con Nieves Montt García Huidobro, familiar del presidente Manuel Montt.

La adquisición de estas tierras inicia el entusiasmo de la familia por los caballos, los aperos y los rodeos; se despierta en Alfredo Moreno el amor al campo y los animales heredado de sus antepasados. Llegaron hasta los potreros del Criadero La Palmas de Peñaflor yeguas acreditadas como la campeona de Chile Malagueña y la brillante Carioca, a las que se sumaron otras. Se adquirió un potro de renombre: Esquinazo, dos veces campeón de Chile. Al poco tiempo Palmas de Peñaflor grabó su impronta en las medialunas con su caballada criolla y fueron recurrentes finalistas de campeonatos nacionales. El entusiasmo continuó creciendo e iniciaron demostraciones para los vecinos, amigos y criadores tradicionales con gran éxito y, en cada viaje al extranjero se interiorizaban y visitaban lo relacionado con el mundo de los caballos.

Alfredo Moreno es el gestor de la "Escuadra Ecuestre Chilena Palmas de Peñaflor", integrada también por sus hijos Alfredo, Francisco, Felipe y Anita. Este espectáculo de gran colorido, perfección en el adiestramiento de los caballos y distintivo sello, se exhibe en la Semana de la Chilenidad. Allí se apela a nuestra identidad, los caballos bailan cueca, y se incorporan escenas de una minga en Chiloé, los bailes religiosos de La Tirana y de la Isla de Pascua, realizando una muestra sin igual de nuestro país.

Su presentación en el Jubileo de Diamante de la reina Isabel II, en que fueron seleccionadas solo 15 escuadras, fue aclamado como uno de los mejores, junto a los cosacos del Kremlin. Cuentan algunos de los asistentes a la fiesta ecuestre: "… a todos les llamaba la atención la velocidad y lo fácil de desenvolverse de los caballos nuestros, sobre todo en los movimientos cortos, movimientos rápidos y con más arreglo que los de ellos... El montar nuestro es para ellos es una novedad, y lo llaman montar a la jineta, que es montar con los estribos un poco más cortos…". La presentación en la Maestranza de Sevilla cuna del toreo español, tuvo un hondo significado: "mostrar nuestros caballos, nuestras tradiciones en un lugar de tanto prestigio …" constituyó un orgullo. Nuevamente en 2016, la reina Isabel II celebró sus 90 años y eligió un espectáculo de caballería, que representó a 12 países, entre ellos Palmas de Peñaflor : el único representante latinoamericano.

La familia Moreno Echeverría ha puesto el alma en su campo y criadero. Esta actividad diaria en torno al mundo del caballo, se contrapone con la paz que se respira en el fundo. Bajar al río entre esas palmas chilenas es sentido como un amigo que acoge, más aún si hay neblina, cuando una mágica atmósfera envuelve el descenso. El criadero Las Palmas de Peñaflor con sus altivos y garbosos caballos chilenos ha sido nuestro más entrañable embajador con su mensaje de chilenidad, identidad y costumbres. T.P.



Avenida en el parque de Palmas de Peñaflor, diseñado por el paisajista alsaciano Guillermo Renner.

Galería interior de los dormitorios, hacia al patio.

Página izquierda: Vista desde la biblioteca de uno de los ejes interiores de la casa.

Galería en la fachada norte de la casa, frente al jardín de coloridos agapantos.

Carruajes antiguos en el patio de las Cocheras.

Página izquierda: Caballo y jinete del Criadero trabajando en el Picadero.

Páginas siguientes: Desde el parque de las Palmas se divisa a lo lejos el río Claro.

SANTA ROSA DE LAVADEROS

MAULE

Modesta Urcelay de Bustamante con sus hijos Óscar y Alejandro Bustamante Urcelay, hacia 1944.

Página derecha: Las gradas que comunican la casa con el parque.

En las tierras de secano al norte de la ribera del río Maule y a orillas del Camino Real, el tumultuoso río se encajona entre cerros y permite cruzarlo en el vado del Barco; allí se encuentra el fundo de Santa Rosa de Lavaderos.

El Camino Real o de la Frontera fue la principal vía terrestre entre Santiago y Concepción durante el período colonial. Por él se desplazaban los soldados patriotas en los años de la Independencia, las carretas de las estancias transportando sus cosechas, el correo y documentos oficiales a cargo de un jinete o postillón, el real situado y los alimentos y productos esenciales. Las estancias junto al camino cumplieron a veces el papel de posadas.

Grandes obstáculos naturales debía sortear el Camino Real en las extensas distancias. Los principales eran los caudalosos ríos que nacen en la cordillera de los Andes y desembocan en el Pacífico: Maipo, Cachapoal, Tinguiririca y Maule son algunos. La hoya hidrográfica del Maule abarca una superficie de 20.300 km² y al desembocar en el mar en Constitución tiene un ancho de 200 metros, cuyos sonidos y ecos estremecen en el invierno. Puentes colgantes se establecieron sobre los ríos Maipo y Cachapoal, y se implementaron sistemas de balsas y barcos en los ríos Mataquito y Maule. Este último era a su vez una vía de transporte fundamental; diversos productos, principalmente maderas, toneles de vino y trigo iban en los faluchos maulinos hacia Constitución, desde donde se exportaban.

Se constituyó así este lugar en una zona de gran valor estratégico y de comunicación. A la vera del camino surgieron lentamente estancias, pequeñas propiedades y caseríos, con características casonas de adobe y tejas.

El nombre del fundo se engarza con la cercana mina de oro del Chivato, ubicada en el cerro del Águila. Cuenta la leyenda que en la noche salía un chivo cubierto de oro y se escondía en las cuevas oscuras y los que le seguían podían al día siguiente encontrar con seguridad vetas de oro.

El mineral fue explotado por los incas y en los tiempos de la Conquista, parte del oro extraído, aseguran los lugareños, fue al rescate de Atahualpa, pero cuando este muere asesinado, el oro retorna y fue escondido en las cuevas de la cordillera. ¡Aún lo siguen buscando! El mineral del Chivato es uno de los yacimientos de oro más importantes durante la Colonia. Uno de los principales poseedores de estacas mineras fue Ignacio Zapata, que las trabajó intensamente, y la ley del oro de veinte quilates y dos gramos le dieron renombre. Gran parte del oro circuló hasta mediados del siglo XIX convertido en monedas con la efigie real. Su producción aurífera llegó a superar los treinta kilos anuales y se estima que en sus desmontes aún quedan unos 700 kilos de oro.

Los orígenes de este fundo emplazado a orillas del Maule se remontan a principios del siglo XVII, cuando el vecino de Santiago, Lorenzo Núñez de Silva, que poseía tierras en el lugar, hizo construir –para el traslado de sus productos agrícolas– una barca de madera que prestó enormes servicios.

El gobernador Francisco Lazo de la Vega, le concedió a Núñez de Silva una encomienda de indígenas sobre los aborígenes del pueblo de Huenchullami, con el compromiso del encomendero de mantener el barco y emplear en su trabajo a indígenas de ese repartimiento. Su hermano Luis Núñez de Silva continuó con el goce de la encomienda y mantuvo el Barco del Maule "con gran desmedro de su fortuna" hasta 1663, fecha en que fue sucedido por su hija Juana Loyola Núñez de Silva, casada con el capitán Andrés García de Neira, quienes continuaron con la administración del pasaje del Maule. Heredó la encomienda su hija Elvira y posteriormente su nieta Elvira de Elguea y Neira, quien fue madre de Pedro Donoso Elguea, último encomendero de Huenchullami.

Cuando el gobernador José Antonio Manso de Velasco fundó las villas de Cauquenes y de Talca, estimó que ellas tendrían como ingresos "propios" los generados por el Barco del Maule. Por medio de Real Cédula del 29 de julio de 1749, la Corona cedió al cabildo de Talca la administración del Barco del Maule.

En el siglo XVII y XVIII, la principal producción en los valles centrales en el corregimiento de Colchagua y el Maule, era la crianza extensiva de ganado de vacunos, ovejas y cabríos. La posibilidad del riego permitía sembrar trigo, pastos, frutales y viñedos. Sin embargo, las tierras que conforman hoy Santa Rosa eran áridas y el caudaloso Maule las inundaba año a año; con el paso del tiempo, el caudal fue decreciendo y la construcción de represas dio forma al pintoresco valle en parte montañoso con hermosos árboles nativos.

En este lugar tuvo estancias don Teodoro Gaete y su mujer doña Dionisia Bobadilla; heredaron el campo hacia 1850 sus hijos doña Josefa y don Santiago Gaete Bobadilla. Josefa recibió la estancia llamada El Naranjo, que posteriormente heredaron sus descendientes de apellidos Henríquez, Muñoz e Iturra.

Don Cayetano Concha Urzúa junto a su mujer Rosa Lucinda Solar de la Cruz, pertenecientes a tradicionales familias de Talca, se interesan por estas tierras y en 1872 las compran –especialmente los derechos de los Henríquez y de los Muñoz– y reconstituyen la propiedad, que se amplía y don Cayetano denomina Santa Rosa, posiblemente en homenaje a su mujer. Es así como estas tierras sufrieron divisiones y particiones a lo largo de su existencia y no fue sino hasta fines del siglo XIX que constituyeron una unidad.

Al morir don Cayetano su herencia fue dividida entre sus hijos y correspondió a Elena Concha Solar y a

Página izquierda: El gran corredor de acceso a la casa, con vista al parque.

Páginas anteriores: Fachada de Santa Rosa de Lavaderos, construida para don Cayetano Concha hacia 1875 y ampliada por Óscar Bustamante del Campo en 1940.

su hermano Ernesto el fundo Santa Rosa. Doña Elena vendió la propiedad el 28 de septiembre de 1897 a don Jovino Villalobos Concha, su pariente, por un valor de $37.000. En ese entonces el fundo lindaba al norte con Hipólito Sepúlveda y otros; al sur con el fundo Delirio y el río Maule; al oriente con el fundo El Carmelo y el río Maule, y al poniente con el río Maule.

Jovino Villalobos Concha expandió Santa Rosa, adquiriendo diversas propiedades en la zona, entre ellas Tricahue y Ponchave. Al morir don Jovino, bajo disposición testamentaria de 27 de enero de 1920, dejó como herederas de todos sus bienes, incluyendo el fundo Santa Rosa de Lavaderos, a sus tías Tránsito, Rosa y Natalia Villalobos.

Hacia 1940 Óscar Bustamante del Campo compra Santa Rosa de Lavaderos y algunas tierras a sus vecinos, constituyendo una propiedad de 900 hectáreas. Grandes transformaciones se iniciaron con su llegada; realizó obras de regadío excavando túneles de 120 metros de largo que atravesaban cerros, para así regar 300 hectáreas de viñas de cepas francesas, alfalfa y trigo. Óscar Bustamante del Campo pertenecía a antiguas familias de agricultores afincados desde la Colonia en estas tierras. Era un hombre culto y refinado, realizó estudios de medicina en EE.UU. y ejerció la diplomacia en Inglaterra. Y al mismo tiempo, amante del campo, de su terruño. Su mujer Modesta Urcelay Emparanza –hija del español Santiago Urcelay originario de Oñate, señorial villa del país vasco, se afincó en Talca con sus negocios– lo secundaba con su delicadeza y sentido artístico.

Su padre Miguel Bustamante del Campo, viudo, había casado en segundas nupcias con su pariente Berta del Campo Ibáñez. Fue regidor de Villa Alegre en los años 1906 a 1912 y un gran empresario agrícola, con diversos campos en la zona, como la tradicional hacienda Liucura y los fundos de Botacura y Lo Bustamante en la Huerta del Maule.

Muchas ciudades y villas planificaron tranvías, buscando mejorar el transporte hacia las grandes ciudades. Villa Alegre, pequeña aldea rural, construyó un sistema de tranvía eléctrico con fondos propios, debido a la iniciativa del alcalde Eusebio Sotomayor y de algunos agricultores progresistas, entre ellos Miguel Bustamante. El nuevo tranvía eléctrico de Villa Alegre fue inaugurado el 29 de agosto de 1915, y conectaba la estación central de ferrocarriles, 6 kilómetros al oriente, con las viñas y pequeñas industrias del sector de Villa Alegre y San Javier. Un ramal de 2 kilómetros fue agregado hacia las bodegas del fundo de Miguel Bustamante en Liucura.

Miguel Bustamante era a su vez hijo de José Miguel Bustamante del Campo, casado con doña Rosario del Campo Urrutia. La familia Bustamante y del Campo se entrelazan ininterrumpidamente a través del tiempo. Fundó la familia Marcos Marcelo de Bustamante, nacido en las Montañas de Burgos, quien vino a Chile en 1601 y actuó en la Guerra de Arauco; se avecindó en Chillán, fue alférez real y regidor.

En un recodo del antiguo Camino Real orillado de empalizadas se encuentra hoy un muro rojo envejecido –el color de la Toscana– que rodea las casas de Santa Rosa, que surgen a cierta altura. Se accede a ella a un costado del patio principal con una hermosa pila, rodeado de corredores y una extensa galería. Casas características de adobe, diversos corredores y patios que crecieron a través del tiempo.

El sector más bajo de la casa, que mira hacia el oriente, constituía el núcleo más antiguo –de fines del siglo XVII–, que probablemente fue un albergue para viajeros y empleados de la mina. Justamente allí, en estos parajes del Barco del Maule, en una casa o posada para acoger a los viajeros, el general José Miguel Carrera pernoctó y su ejército acampó en las cercanías, antes de cruzar el Maule, para combatir a los realistas, y el general Ramón Freire descansó en este lugar para enfrentar al intendente de Concepción Joaquín Prieto en la batalla de Lircay.

Hacia las fachadas norte y poniente, la casa adquiere más altura en los cielos y esbeltez en los pilares –sector construido alrededor de 1900, posiblemente por don Jovino Villalobos– y se convierte en mirador del parque y el paisaje lejano. Don Óscar modernizó el campo, restauró las casas y extendió el umbroso parque, y la tierra que encontraba en sus excavaciones era esponjosa producto de los lavados de oro del pasado. El interior de gran gusto, equilibra la arquitectura tradicional de nuestras casas de campo con la cultura cosmopolita de sus actuales dueños, grandes artistas, escritores y creadores.

Hoy día los hermanos Bustamante Urcelay están a cargo de Santa Rosa, conservan parte de las viñas y han plantado ciruelas, duraznos y nogales. La casa y su entorno, los hábitos y costumbres de sus habitantes han marcado a fuego sus recuerdos de infancia y juventud y ellos a su vez, le han dado un sello único.

Desde las casas la vista se pierde a lo lejos entre los viñedos y contempla una de las maravillas de la naturaleza: la confluencia de los ríos Loncomilla y Maule. Y al desviar la mirada hacia el oriente aparece la cordillera, el volcán Descabezado…

> "Así es este Maule, invierno y verano
> en invierno confundido con la lluvia
> reinando sobre estos cerros rulos
> y en verano azul, atrayendo la mirada
> fresco, bonito, escondido…"

Señala Óscar, el mayor de los hermanos, que hace poco nos dejó. T.P.

Página derecha: Fuente de fierro fundido en el patio interior.

Páginas siguientes: Patio y corredor de los dormitorios hacia el jardín del noreste.

Salón principal con muebles y objetos reunidos por la familia Bustamante.

Zaguán con una pintura de Juan Carlos Bustamante Urcelay.

Página derecha: Mesa de juego en la salita decorada con fotos familiares.

La antigua cocina de Santa Rosa.

Página izquierda: Zapallos y leña en el corredor de servicio.

Páginas siguientes: El valle del Maule; se divisan las bodegas y el parque de Santa Rosa, y a lo lejos el río Maule. En primer plano, viñedos de cepa país de más de 120 años y cuarteles de Cabernet Sauvignon plantados por don Óscar Bustamante.

CASAS DE MAULE

MAULE

Rodrigo Pérez Walker y Margarita Larraín de Donoso caminando hacia la capilla para la Primera Comunión de Rodrigo Pérez Donoso en Casas de Maule, 1960.

Página derecha: Corredor de acceso a la llamada Casa Nueva de las hermanas Donoso Fantóbal, construida hacia 1890.

El fundo Casas de Maule, situado en la ribera norte de ese río, próximo al pueblo del mismo nombre y al costado de la carretera y del ferrocarril central, está enraizado en la historia de la familia Donoso, hoy muy extensa y presente en todas o casi todas las localidades del país, aunque se inició en la ciudad de Valdivia en el siglo XVI y estuvo vinculada a la Conquista de Chile.

El fundador de la familia fue el español Francisco Donoso, nacido en Villanueva de la Serena, Extremadura, el mismo lugar de origen de Pedro de Valdivia. Llegó a Chile en la expedición que organizó el gobernador Alonso de Sotomayor y, en noviembre de 1582, zarpó de Cádiz con destino a Buenos Aires, avanzando por tierra hasta Santiago de Chile, donde llegó en septiembre de 1583. Participó en la Guerra de Arauco y se instaló en Valdivia, donde fue vecino. Ahí se casó con María Ortiz Maldonado, hija del extremeño Francisco Gómez Hidalgo, que vino con la hueste del descubridor Diego de Almagro en 1536. Después de la destrucción de Valdivia en 1599, Francisco Donoso emigró a Quillota, donde tuvo tierras y plantó viñas. También fue dueño de un barco que navegó muchas veces entre Valparaíso y Callao. Al final de sus días él y su mujer testaron en 1620 ante el escribano Juan Donoso Pajuelo, su hijo.

Francisco Donoso Pajuelo, hermano del notario, nació en Valdivia en 1587 y fue teniente de Corregidor y administrador de los pueblos de indios de Ligüeimo y Rapel, en Colchagua, donde se casó con Inés Torres y fue padre –entre otros– de Simón Donoso Torres, nacido en 1624. Simón asistió como capitán de caballería a la fortificación y repoblación de Valdivia, y en 1655 fue agraciado con tierras en el valle de Maule. Se casó con Elvira Manrique de Aguilar y uno de sus hijos fue Juan Donoso Manrique, regidor de Santiago en 1695. Juan se casó con Elvira de Neira y, viudo de ella, con su sobrina Rosa de Elguea, madre de Pedro Donoso Elguea, comisario general y corregidor del Maule entre 1732 y 1735, encomendero de Huenchullamí en la desembocadura del río Mataquito y dueño de las estancias de Libún y Perquín en Talca, estancias y encomienda que heredó de su madre, descendiente de Luis Gómez de Silva, primer encomendero de Mataquito, Chanco, Loanco y Lora, los títulos más antiguos del actual fundo Casas de Maule.

Hijo de Pedro y de Juana Gaete Osorio de Toledo fue Pedro José Donoso Gaete, que mantuvo encomienda y estancias y fue alcalde de Talca en 1759 y 1776, donde tuvo casa principal. Se casó con María del Carmen Arcaya y Varas y testó en 1793. En 1812 se dividieron sus bienes, dos años después de la muerte de su hijo José Manuel Donoso Arcaya, casado en 1803 con su sobrina Mercedes Vergara Donoso, cuyos hijos heredaron del abuelo la estancia de Libún.

El primogénito fue José Manuel Donoso Vergara, nacido en 1804 y desde joven dedicado a trabajar el campo, donde labró una considerable fortuna. Es él quien construyó la casa patronal del fundo que entonces se llamaba Potrero de Maule. Después de su muerte en 1881, su viuda Carmen Fantóbal heredó Potrero de Maule en la subdelegación de Duao, más los fundos Cerrillos y El Galpón, en Río Claro, y tres casas y un sitio en la ciudad de Talca. Potrero de Maule limitaba entonces con el camino público, al norte, el río Maule al sur, al oriente con Juan Esteban Cruz y al poniente, con los hermanos Lucero.

Hubo 15 hijos Donoso Fantóbal que nacieron entre 1830 y 1855, y llegaron a la mayoría de edad. Familia regimiento, donde los nietos fueron más de 60, entre ellos 19 Donoso Encina, 9 Donoso Gana, dos familias Donoso Molina con 11 hijos cada una y, para variar, 8 hermanos Donoso Donoso. Además, 6 tías solteras, Ana Ludomila, Agustina, Antonia, Carmen, Rosario y Adelaida. Eso da una escala para entender la extensión de las casas de entonces.

A la muerte de Carmen Fantóbal en 1885, sus hijas solteras heredaron Potrero de Maule e inicialmente, lo trabajaron. En 1889 pidieron una merced de agua del río Maule para regar el fundo, que se les concedió cinco años más tarde. En 1899 falleció Agustina y legó el fundo a sus hermanas, lo mismo que hizo Ana Ludomila poco más tarde. Las Donoso sobrevivientes arrendaron el fundo a su hermano Víctor, hasta que falleció en 1922. En 1925 murió Carmen y dejó todos sus bienes a las hermanas que le sobrevivieron, Antonia, Rosario y Adelaida.

El escritor José Donoso, nieto de un Donoso Gana, investigó sus raíces ancestrales y recuerda a sus tías Donoso Fantóbal, en su libro *Conjeturas sobre mi tribu*:

> "A la muerte de la tía Adelaida se descubrió que su testamento disponía que, después de sus días y cuando ya no quedara ni hermana, ni hermano, ni sobrinos en primer grado que la heredaran, se debía hacer un remate de sus propiedades y de los muebles y enseres de sus casas y sus campos, especialmente de su casa de Talca. Este remate debía tener una característica: tendrían acceso a él solo los descendientes de su propio padre. Este señor, que viajó frecuentemente a Europa, de donde habría traído muebles que en la familia se decía que eran opulentos –y que habría tenido una hija natural muy hermosa, que lo acompañaba a Europa donde la vestía con primores para lucirla en los paseos parisinos– tuvo una sucesión muy numerosa que, con las generaciones que pasaban, se fue multiplicando. Gran parte de esa sucesión (unas doscientas cincuenta personas) se reunió esa tarde de verano de la década del cuarenta en los patios y salones de la tía Adelaida".

Mientras las hermanas Donoso vivas aumentaban su caudal con el legado de las muertas, su hermano Hermógenes trabajó con dedicación como agricultor, hasta que falleció en 1899. Dejó una viuda, Domitila Donoso, y huérfanos a ocho hijos Donoso Donoso. Doña Domitila era buena para los negocios. Además de los fundos que heredó de su marido compró otro –San Antonio de los Robles– y hacia 1907 se trasladó a Santiago, donde invirtió en bienes raíces que le aseguraron buena renta. Hizo que sus hijos estudiaran en los Padres Franceses y en la Universidad de Chile, y tres de ellos –Gustavo, Óscar y Julio– fueron ingenieros civiles.

Julio Donoso Donoso se especializó en la construcción de redes de alcantarillado y agua potable, haciendo buena parte de esas instalaciones en las comunas de Providencia y Ñuñoa, en Santiago, y en Quilpué. Formó una casa comercial especializada en artículos sanitarios y de calefacción y fue director de la Cerámica El Carrascal, que hacía artefactos de baño. Le fue muy bien. Eso le permitió hacia 1930 comprar a sus tías Donoso Fantobal –las sobrevivientes– el fundo Potrero de Maule. Mil cuadras y dos antiguas casas patronales construidas por etapas por el abuelo José Manuel Donoso Vergara a partir de 1840.

Julio Donoso modernizó la casa del abuelo, a la que –entre otras cosas– incorporó baños y acomodó un oratorio al final de un corredor, donde instaló las imágenes, candelabros y ornamentos que remató en el monasterio del Carmen Alto de San José, cuando esa congregación dejó su convento de la Alameda en Santiago, hacia 1940. En este oratorio hubo misas, bautizos, confesiones y matrimonios en las misiones a las que asistía el obispo de Talca, monseñor Manuel Larraín Errázuriz, familiar de la dueña de casa. Julio se había casado joven con Margarita Larraín Ortúzar, matrimonio en el que tuvo tres hijos: Julio, Margarita y Andrés Donoso Larraín, destacado empresario, Ministro de la Vivienda entre 1968 y 1970.

A la muerte de don Julio Donoso, en 1955, el fundo se dividió entre sus hijos Julio y Margarita. La hijuela de Julio, más extensa, pasó a llamarse Hacienda de Maule. La otra, de Margarita, incluyó la antigua casa familiar y se llamó Casas de Maule, como se le conoce hasta hoy. En ese momento, Margarita estaba recién casada con Rodrigo Pérez Walker, quien se hizo cargo del fundo donde se dedicó a trabajar una lechería que producía quesos y mantequilla, y una viña –plantada por don Julio en 1948– que vendía vino embotellado o en garrafas. Todas las mañanas Rodrigo y Margarita salían a caballo a inspeccionar las faenas del campo y, por la tarde, ella cuidaba a la familia mientras él pintaba acuarelas. También participaba en política. Dos veces fue electo regidor de la Comuna de Maule. Rodrigo y Margarita tuvieron muchos hijos, y muy seguidos. Diez hermanos Pérez Donoso que jugaron en los corredores de la casa ancestral. Isabel Margarita, Rodrigo, Raimundo, Victoria, María del Carmen, Francisca, Elvira, Rafael, Diego y Constanza. Casas de Maule se fue poblando de muebles y recuerdos aportados por la familia de Rodrigo, como el retrato del abuelo Joaquín Walker y las pinturas y esculturas de la tía Virginia Pérez Peña, aventajada alumna de Carlos Lagarrigue.

El fundo fue expropiado en 1972 y se le dejó una reserva de 40 hectáreas, sin la casa. Se remató entonces todo su mobiliario, incluido el oratorio, cuyos objetos se llevaron a la iglesia de Totoral, próxima al balneario de El Tabo. Entre otras memorias perdidas se cuenta la colección de piedras horadadas que, por generaciones, los Donoso había recolectado tras la huella dejada por los arados. En 1974 se recuperaron las casas, tanto la Casa Vieja de José Manuel Donoso como la Casa Nueva de las Donoso Fantóbal, que hoy forman parte de un conjunto de fachadas porticadas a las que precede una avenida de cipreses más que centenarios, plantados posiblemente por misia Carmen Fantóbal. Actualmente, y después de medio siglo dedicado a la viña, el fundo se dedica a la chacarería y al pasto y doña Margarita Donoso de Pérez, de noventa años, vive en Casas de Maule atenta al entrar y salir de hijos, nietos y bisnietos que han hecho de esos antiguos edificios un referente familiar, sólido, acogedor y permanente, como sus gruesos muros de adobe. V.M. / H.R.

Páginas anteriores: Fachada de la Casa Vieja de Maule, construida para José Manuel Donoso Vergara hacia 1840.

Páginas siguientes: Salón principal de Casas de Maule, con el retrato de Casilda Pérez Rodríguez-Peña pintado por su hermana Virginia.

Patio interior de la Casa Vieja de la familia Donoso.

Páginas siguientes: El río Maule a la altura del fundo Casas de Maule, con el antiguo puente ferroviario a lo lejos.

COLBÚN

COLBÚN

Clara Valdés de Ureta, junto sus hijos y sobrinos en las escalinatas de acceso a la casa de Colbún, alrededor de 1940. Arriba, de izquierda a derecha: María Olga Valdés, María Paulina Ureta Valdés y Clara Ureta Valdés. Abajo, de izquierda a derecha: Gonzalo Valdés Cruzat, Carmen Munita Valdés, Clara Valdés de Ureta e Ignacio Ureta Valdés.

Página derecha: Portada de la casa de la Hacienda Colbún, desde la avenida central del parque.

Escalinata de acceso a la casa de Colbún.

Páginas anteriores: Corredor de la fachada en Colbún, casa construida para José Díaz Gana por el arquitecto Tomás Walton en 1877.

Estas tierras al sur del río Maule fueron por siglos un territorio de escaso poblamiento, por las rebeliones de los mapuches del sur del Biobío, que cada tanto arrasaban estos campos, y por las incursiones transcordilleranas de los pehuenches, que hasta la Independencia causaron preocupación. También el Maule sur fue visto como una zona de paso, camino a la Araucanía, un territorio más importante, con gran población indígena, lavaderos de oro y fuertes con dotaciones militares permanentes. Esta situación de desamparo explica que a comienzos del siglo XIX hubiera pocos fundos, con escasas tierras cultivadas y sin riego. La fundación de la villa de Linares, el 7 de diciembre de 1794, traería un cambio en el entorno. Entre las haciendas importantes estaban Bureo, Longaví y Panimávida, que en los años de 1820 se dividieron, dando origen a los fundos de la provincia de Linares.

En agosto de 1852, Bernardino Opazo Silva fue uno de los herederos de su tía Mercedes Opazo Artigas, viuda de Manuel Ferrer y sin sucesión. Ella le dejó una hijuela de Panimávida, que incluía las tierras de Culenar, Colbún, Casa de Piedra, Caliboro y otras de cordillera. Opazo Silva era un jurisconsulto de nota y pertenecía a una familia característica de esta región del Maule, cuyo fundador llegó en 1599, con los refuerzos enviados desde España. Sirvió este antepasado en las fortificaciones de Valdivia, de Arauco y en las del Corregimiento del Maule.

Necesitado de dinero, Bernardino vendió algunas tierras, pero murió sorpresivamente en 1870, al término de su período como diputado por Talca, dejando a su hija y su viuda con una prohibición judicial de vender el fundo de Colbún y su casa de Santiago. Bernardino Opazo casó primero con Ascensión Bello Dunn, quien murió pronto y le dejó una hija, Isabel Opazo Bello, y en segundas nupcias casó con María del Carmen Mackenna Serrano, de quien no tuvo hijos. Isabel Opazo contrajo matrimonio el 15 de septiembre de 1871 con Carlos Casanueva Ramos. En 1875, Carlos Casanueva –quien sería ministro de la Corte Suprema y padre de Carlos Casanueva Opazo, famoso rector de la Universidad Católica–, una vez que fueron levantadas esas prohibiciones, vende Colbún, en un momento en que los fundos de Linares adquirían una plusvalía por la extensión del ferrocarril al sur. La venta fue el 18 de agosto de 1875, en Valparaíso, a José Díaz Gana, el millonario de Caracoles, por 100.000 pesos, poniendo fin a 157 años de dominio de la familia Opazo.

José Díaz Gana nace en Valparaíso en 1827, hijo de Juan Antonio Díaz de Salcedo y de Rosa Gana Martínez de la Torre. Emigra a Copiapó a principios de la década de 1850, donde se desempeñó en diversas funciones, hasta la ocurrencia del emblemático hallazgo de la mina de Caracoles, el 24 de marzo de 1870. Posterior a ello, se traslada a Santiago y compra en 1871 un terreno en la Alameda, con un poco más de tres hectáreas y magníficas plantaciones de pinos y palmeras, donde se hace construir un palacio morisco en 1876, según planos del arquitecto Teodoro Burchard, modificado por Tomás Walton Gana, arquitecto chileno, y el ingeniero Ricardo Martínez.

En 1876 solicita al Intendente de Linares una merced de aguas del río Maule, que le concede en 1877, con mil regadores. Entonces inicia la construcción de la casa patronal de Colbún, tipo *villino* italiano, que estaba de moda en Francia, y el parque, plantado con especies extranjeras. La construye el mismo equipo que finiquita el palacio de Santiago. Díaz Gana fue diputado por Coelemu durante el período 1873-1876.

El 13 de enero de 1881, José Díaz Gana vende la hacienda Colbún a la Sociedad Donoso Hermanos en 90.000 pesos. Una vez que pierde su fortuna, se avecinda en San Bernardo, donde vive su hermana Andrea, viuda de Marcos Walton Gana, falleciendo el 23 de agosto de 1889, a los 62 años de edad.

Santiago Donoso Cruz, representando a la Sociedad Donoso Hermanos, integrada por Francisco Solano, Ciriaco y Santiago, compra en 1890 a la sucesión de Rosario Silva Cienfuegos, la tercera hijuela de Panimávida, compuesta de 500 cuadras planas en el llano de Arquén y las serranías de Frutillar, Diucas y Rabones. En 1897, Colbún era la más valiosa hacienda de la provincia de Linares, con un avalúo de 470.000 pesos. Estos hermanos Donoso también poseían San Nicolás de Panimávida. En 1909, Colbún estaba avaluado en 880.000 pesos y San Nicolás en 275.000 pesos. En 1923, Colbún tenía 17.000 cuadras, de las cuales 900 eran regadas; esta ampliación se produjo por compras que los Donoso hicieron de los fundos de la montaña, que tenía la familia Ferrada.

Esta familia Donoso descendía del fundador en Chile Francisco Donoso, originario de Villanueva de La Serena, en Extremadura, llegado a Chile a fines del siglo XVI. Dos siglos después, era una de las familias más conspicuas de Talca. El padre de estos hermanos era Baltazar Donoso Cienfuegos, casado con Pastora Cruz Donoso, empresario agrícola que transaba fundos y ganado, y que dejó a su muerte, en 1887, quince fundos y cuatro casas en Talca. Los hermanos mayores formaron en 1860 una sociedad llamada Celedonio Donoso y Hermanos, donde participaron Celedonio, Apolinario, Mateo y Baltazar 2°, en la cual también actuaba el padre. Esta empresa se finiquita en 1867, a la muerte de Celedonio, el hijo mayor. Pastora Cruz Donoso muere en 1914, dejando a su descendencia fundos en San Clemente, casas en Talca y Constitución.

Ninguno de los Donoso Cruz de Colbún tuvo descendencia; eran solteros Ciriaco y Santiago, Francisco Solano no dejó hijos y su viuda Felisa Silva Cienfuegos, a quien estos hermanos le compraron su herencia en Colbún, legó su fortuna al Hospital de Talca. Ciriaco, fallecido en 1920, dejó Colbún, Los Boldos, La Montaña, el potrero Los Ratones y San Nicolás de Panimávida a sus hermanas solteras Francisca, Prosperina y Florencia. Esta propiedad les pertenece en su totalidad a la muerte de Santiago, en 1925, pero después fallece Prosperina, en 1927, quien nombra de heredera a su sobrina nieta María Rencoret Donoso. En los años que esta familia estuvo en Colbún se plantó una viña, se instaló luz eléctrica en las casas patronales y las bodegas, y se sembraba la planicie con trigo y otros productos.

Finalmente, el 31 de diciembre de 1928, Francisca y Florencia Donoso Cruz y María Rencoret Donoso, casada con Leopoldo Infante Vargas, venden la hacienda de Colbún a Gustavo Valdés Ortúzar, en 2.000.000 pesos, con los derechos de agua. Gustavo Valdés Ortúzar estaba desde antes haciendo negocios en Talca y Linares, y poseía desde 1926, por adjudicación a la muerte de su padre –Ramón Valdés Ortúzar–, los fundos de Mesamávida y la Vega de Las Casas, que su padre compró en 1910, a la sucesión de Luis Pereira. También Gustavo compró a las hermanas Donoso la hacienda San Nicolás.

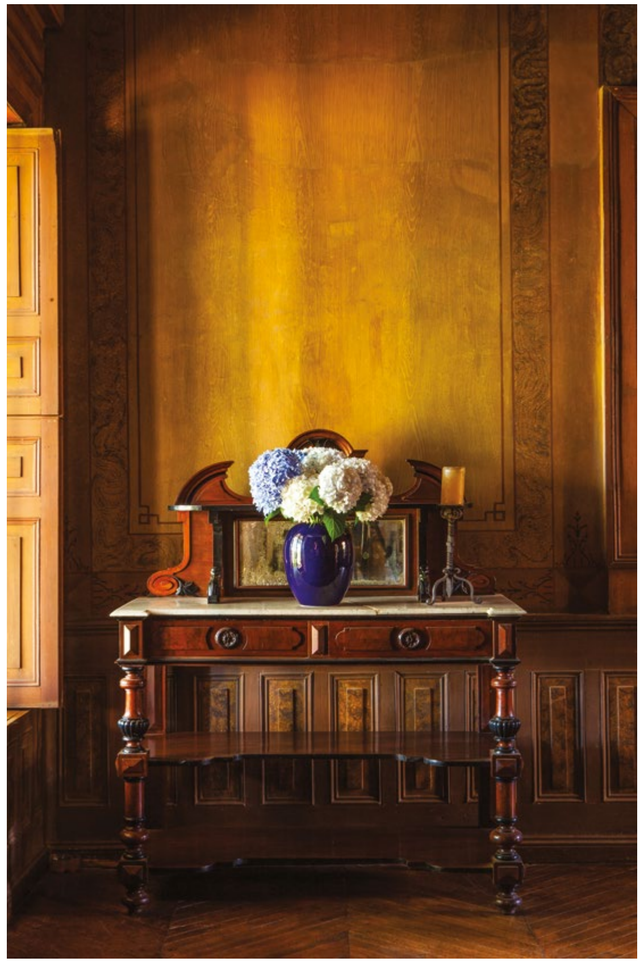
Gustavo Valdés era casado con Cristina Fuenzalida y sus hijos eran Ramón, Daniel, Irene y Clara. Con esta familia llegó la alegría a Colbún, los hijos invitaban amigos y llegaban los políticos del Partido Conservador, en el cual militaban los dueños de casa. En 1937, muere Gustavo Valdés y Colbún lo administra hasta 1963 la Comunidad Valdés Fuenzalida. En ese tiempo se formó una gran lechería y los potreros se bautizaron con los nombres de los Santos Patronos de la familia: San Gustavo, Santa Cristina, Santa Clara, etc.

En 1964, Colbún es comprada por la Sociedad Agrícola Domínguez y Zañartu, constituida por Jaime Zañartu Undurraga y Patricio Domínguez Errázuriz. Jaime era casado con Paulina Ureta Valdés, hija de Clara Valdés Fuenzalida, copropietaria de Colbún y de Ignacio Ureta Errázuriz, de modo que esta hacienda continuó en la misma familia.

Por el conocimiento de estos ingenieros en obras civiles, en la casa patronal se cerraron unas puertas que daban al salón, se restauraron las pinturas y modernizaron los baños y la cocina. En estas obras apreciaron la albañilería original, con ladrillos y cemento importados, cantería en granito, que elevan toda la casa un metro del suelo, con doble crujía los techos, por lo cual casi no hay daños en los terremotos. En 1970, el Gobierno expropia las haciendas de Linares. Hasta 1982 estuvo en manos de la CORA y el SAG, año en que los antiguos propietarios compran las casas patronales y parte del campo, en total unas 90 hectáreas. Pronto muere Patricio Domínguez y Jaime Zañartu compra a la viuda su parte, y encarga al arquitecto Patricio Gross la restauración de la casa.

En este trabajo se vieron los detalles ocultos bajo capas de pintura, para terminar con una magnífica puesta al día de la casa, con un entorno más imponente que el de su inauguración, por la magnitud de los árboles del parque y la cercanía a los embalses de Colbún y Machicura. A la muerte de Jaime Zañartu esta casa se la adjudicó su hija Paulina Zañartu de Infante, casada con Germán Infante Lira, que ya es abuela, de modo que esta familia va en la sexta generación en estas tierras. La casa de Colbún está declarada zona de conservación histórica y patrimonio nacional. V.M.

Página derecha: El zaguán principal de acceso, con zócalos pintados y cielo abovedado.



Mueble platero en el comedor, realizado en la segunda mitad del siglo XIX.

Página izquierda: Comedor con muros pintados y muebles originales de fines del siglo XIX.

Ventana de guillotina en el sector de la cocina.

Página derecha: Un antiguo coche de paseo en el corredor del patio interior.

Carretones en el Corralón de la Hacienda Colbún, la más valiosa de Linares cuando pertenecía a la Sociedad Donoso Hermanos, en 1890.

Páginas siguientes: Avenida central del parque plantado hacia 1880.

LA UNIÓN
COLBÚN

Misia Melania Rivera de del Campo posa junto a su familia delante de la casa de La Unión, hacia 1930. La acompañan sus hijos Carlos, Jorge, Humberto, Enrique y Guillermo, y sus hijas Melania, Laura, Ester, Inés y Berta, con sus cónyuges y nietos.

Página derecha: Acceso a la casa del antiguo fundo San Ignacio, conocido como La Unión desde 1889.

LA UNION

El fundo La Unión es la suma de tres propiedades próximas a Panimávida que en 1889 se fusionaron en una sola. Originalmente fueron los fundos San Ignacio, El Molino y El Parronal, siendo el primero el más extenso y valioso, con casa, bodegas y potreros regados por las aguas del río Putagán y los esteros Rari y Caballo Blanco. En avalúos de 1874 San Ignacio ya aparece mencionado entre los fundos del Departamento de Linares. Pertenecía a Juan José Rodríguez, que lo había comprado a la familia Pincheira Sotomayor, estrechamente vinculada a la historia de la zona.

En 1798, cuatro años después de la fundación de San Ambrosio de Linares, nació ahí un hijo del modesto matrimonio de José Santiago Tapia y Rosa Bilbao. Lo bautizaron como Santiago y tenía pocos meses cuando la población sufrió el asalto de una montonera de pehuenches que bajaron de la cordillera a robar alimento, animales y mujeres. Atacaron la casa de los Tapia y mientras el padre se defendía, la madre ocultó al hijo en unos matorrales antes de ir a socorrer a su marido. Ambos murieron. Después del asalto doña María Pincheira, una vecina, encontró al niño y lo llevó con ella. Lo crio, lo educó, le dio su apellido y lo hizo su heredero. Santiago Pincheira Tapia, como pasó a llamarse, fue notario de Linares de 1819 a 1846 y se casó con María Sotomayor Ibáñez, hija de Casilda Ibáñez, oriunda de la zona, y de Dionisio Sotomayor, natural de Doñihue y vecino fundador de Linares en 1794. Durante la Independencia, don Dionisio se comprometió con los patriotas y en 1817 fue designado gobernador de Linares, cargo que ejerció hasta 1820 y volvió a asumir dos años más tarde. En abril de 1823 la ciudad fue asaltada por la montonera de los hermanos Pincheira y los vecinos arrancaron despavoridos mientras las autoridades, lideradas por el gobernador Sotomayor, se atrincheraron en la plaza. Fueron derrotados a pesar de su encarnizada defensa y, sin mediar juicio, el cabecilla de los bandidos degolló a don Dionisio delante del notario Santiago Pincheira, recién casado con su hija María. Hijos suyos, nietos del malogrado gobernador y propietarios de San Ignacio fueron los hermanos Pincheira Sotomayor, de los cuales Ignacio y su hijo Nicomedes fueron fundadores del primer periódico de Linares, La Idea, en 1871.

Suponemos que la actual casa de La Unión la construyó Juan José Rodríguez después que compró el fundo a los Pincheira, en 1863. Poco se sabe de él. Falleció antes de 1889, año en que su sucesión tuvo que vender San Ignacio en remate público. Fue entonces que lo adquirió Exequiel del Campo Bustamante.

El nuevo propietario descendía de una antigua familia de Concepción, fundada hacia 1700 por el marino francés Gil del Campo, cuando numerosos barcos de esa nacionalidad recorrieron la costa chilena en expediciones científicas o comerciales que proliferaron luego que Felipe de Borbón, nieto de Luis XIV, rey de Francia, asumió el trono de España con el nombre de Felipe V. El francés Duchamp, castellanizado del Campo, tuvo larga descendencia. Uno de sus nietos fue Pedro María del Campo Barros, casado con Beatriz Bustamante y dueño de la hacienda Huapi, inmediata a la ciudad de Linares.

Cuando se dividió Huapi entre los del Campo Bustamante, Exequiel quiso comprar la hijuela principal, pero accedió a los ruegos de su hermana Teresa para quedarse con ella y le cedió sus derechos. Entonces compró las propiedades de Panimávida. Empresario exitoso, además de los fundos que conformaron La Unión, fue dueño de San Rafael, Foresta, San Francisco y Santa Catalina, y a partir de 1905 se asoció con sus hermanos Carlos y Fidel para arrendar las termas de Panimávida, próximas a La Unión, donde instaló su centro de operaciones y tuvo su hogar. En 1890 se casó con la joven Melania Rivera Villalón, con quien tuvo once hijos que crecieron en la casa del ex fundo San Ignacio, edificio extenso de adobe y teja en torno a dos patios, uno al norte para residencia de la familia, y otro al sur para la llavería, conocido como la Clausura.

Don Exequiel adecuó la casa a sus necesidades. Mejoró los dormitorios, amplió las bodegas y con especial entusiasmo diseñó un parque arbolado. Mientras él se encargaba de los trabajos agrícolas su esposa convirtió la casa de La Unión en el centro del hogar y la vida doméstica. Inteligente y acogedora, complementó bien el carácter formal y distante de su marido. Compañera fiel, todos los años fue con él a sanadoras expediciones a "buscar aire" a la cordillera, y subían hasta la naciente del río Putagán en una multitudinaria caravana en la que participaban hijos y empleados acompañados por carretas, caballos y mulas.

La relación de La Unión con los baños de Panimávida, muy cercanos, marcó un sello en la familia del Campo, que llegó a identificar las termas como su segundo hogar.

Panimávida fue desde la Colonia heredad de los Opazo. Don José Miguel Opazo fue el primero que en 1822 reconoció las bondades termales de su hacienda que, luego de su muerte a mediados del siglo XIX, se dividió entre sus hijos. Los baños se asignaron a Esperanza Opazo casada con José Dionisio Baeza. Fue él quien, hacia 1860, instaló las primeras tinas para tomar baños de agua termal al resguardo de unas "ramadas" de quincha. Más tarde, en 1877, ya había tinas de mármol y un pabellón de adobe con numerosos cuartos. A fines del siglo XIX se arrendaron los baños a Francisco Antonio Silva y hacia 1900 ya existían tres pabellones con cuartos de baño en torno a un patio central, y una elegante capilla. Esa fue la propiedad que arrendaron los hermanos del Campo y que, en pocos años, convirtieron en la terma más exitosa y visitada del país. Esperanza Opazo de Baeza falleció sin hijos en 1906 y legó sus bienes –la terma entre ellos– al Obispado de Concepción, a cuya jurisdicción dependía entonces Panimávida. El Obispado respetó el contrato existente hasta que concluyó el arriendo en 1912. Entonces, los del Campo entregaron los baños y el Obispado traspasó o vendió la terma a la Sociedad Vinos del Maule, que a su vez, hacia 1920, derivó en la Sociedad Termas de Panimávida.

Páginas anteriores: Escalinata de acceso a la casa, tras el arco proyectado por el arquitecto Luciano Kulczewski.

En el proceso de modernización de las termas iniciado por los del Campo en 1905, se consideró fundamental la construcción de un ferrocarril que comunicara el establecimiento con el ferrocarril central, aspiración que solo pudo concretarse en 1914, cuando se inauguró una línea de trocha angosta que recorrió 33 kilómetros entre Linares y Colbún, con estación en Panimávida. Se conoció como el Tren Chico y operó hasta 1954.

Exequiel del Campo murió en 1913, todavía joven, dejando viuda a misia Melania y huérfanos a once hijos: los hermanos Humberto, Ester, Inés, Enrique, Guillermo, Carlos, Berta, Melania, Laura, Jorge y Exequiel del Campo Rivera, nacidos entre 1891 y 1909.

Melania Rivera siguió a cargo de la casa, mientras los fundos se trabajaron con administradores poco eficientes que, al cabo de un par de años, obligaron a vender San Francisco y Santa Catalina. Por ello, los hermanos Carlos y Enrique del Campo, estudiantes entonces, decidieron hacerse cargo de administrar La Unión en 1915 y, en pocos años, sanearan la economía familiar.

En la década de 1920 La Unión fue centro de una intensa vida social. Ello decidió a misia Melania a ampliar su casa. Para llevar a cabo este proyecto eligió al arquitecto Luciano Kulczewski García, joven de 27 años ampliamente conocido por los edificios que había construido en Santiago, sobre todo por el parque público que, desde 1922, estaba construyendo en el cerro San Cristóbal, asociado al arquitecto mexicano Carlos de Landa. Zoológico, funicular, terrazas en la cumbre, casino, restaurant, la llamada Casa de las Arañas y otros pabellones que causaron admiración a los santiaguinos, atraídos por una arquitectura nueva que fusionaba influencias del movimiento moderno y del llamado Art Nouveau. "Hice Art Nouveau –recordó Kulczewski medio siglo más tarde– porque tenía un verdadero afán por cambiar el estilo de mis construcciones, y porque me permitía decorar con motivos de aquí, de nuestro suelo". El atractivo de esas formas, inspiradas en la naturaleza y afines con el esparcimiento, motivaron posiblemente la elección de misia Melania, apoyada por las opiniones de su hijo Jorge del Campo, que luego seguiría la carrera de arquitecto.

La intervención de Kulczewski en La Unión, de 1923 a 1925, respondió a un proyecto acotado y sensible. Conservó íntegramente la volumetría y cubiertas de la casa original, modificando solo parcialmente un sector de la fachada, donde elevó el nivel del piso para lograr una mayor visión del jardín e incorporó barandas y galerías con diseños de animales y flores, que complementó con algunos detalles decorativos, como jarrones y guardas. Marcó el ingreso al conjunto con un arco o portada de marcado estilo oriental, donde firmó Kulczewski con caligrafía peculiar. Intervino también el interior de la casa, donde incorporó arcos rebajados, vidrieras y elementos decorativos de gran originalidad.

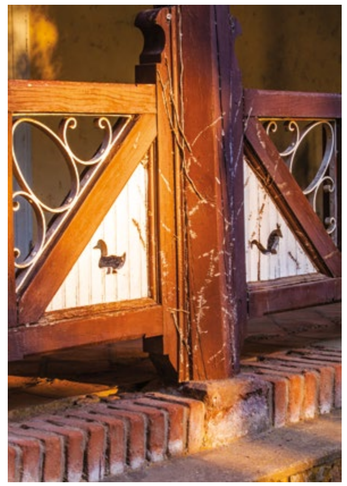
Complementando la remodelación, se compraron en la capital muebles para la casa nueva y se enviaron por ferrocarril, embalados en pesadas cajas. Cuando se transportaba el comedor una crecida del río Putagán se llevó el puente ferroviario y hubo que esperar que bajaran las aguas para rescatar los muebles del naufragio. La mesa de la Unión era para 36 personas, cantidad que se hizo insuficiente para el número de comensales que llegaban a la casa. Hubo que agregar una mesa redonda adicional, para 12 personas, bautizada como "mesa del pellejo" por la chiquillería.

La capacidad del comedor dio una escala para el resto de la casa. Había 36 camas, pero también se hicieron estrechas para alojar a la familia. Con posterioridad al terremoto de Talca, en 1928, se decidió la construcción de un pabellón de dos pisos con departamentos para matrimonios, cuartos para alojados y "cocheras" para choferes y automóviles. Se le llamó el Anexo y después del terremoto de Chillán, en 1939, se reacondicionó en un piso. En esa oportunidad, los arquitectos Jorge del Campo y Carlos Bresciani, su socio, repararon la casa e hizo lo propio con el parque el paisajista austríaco Óscar Praguer.

La familia del Campo marcó un sello en Linares y en Santiago, donde su casa de calle Catedral 1465 replicó la extensa y compleja red de familiares, amigos y empleados que operaba en La Unión. El vínculo entre una casa y otra era el ferrocarril o los autos de misia Melania, un Hudson y un Packard que los nietos recuerdan como máquinas monumentales donde se viajaba cubierto con delantales de género que protegían del polvo.

De los once hermanos del Campo dos murieron jóvenes: Humberto en 1921 y Exequiel en 1925. Carlos, Enrique, Guillermo y Jorge tuvieron personalidades fuertes y trayectorias destacadas. Se casaron con María de la Luz Correa, Graciela García Huidobro, Zoraida Campos y Teresa Hamel, y tuvieron numerosa descendencia. Las mujeres también se casaron. Ester con Jorge Lira, Inés con Aníbal Varela, Berta con Luis González, Melania con Julio Silva y Laura con Hans Rosenfeld. Sus hijos llegaron a sumar 40 primos que se reunían en La Unión cada verano. Llegaban a esa casa de cuentos luego de viajar

Corredor en la fachada de la casa, intervenida entre 1923 y 1925.



Detalle decorativo diseñado por Kulczewski.

siete horas en tren provistos de generosos canastos de cocaví. En Linares se transbordaban a un carruaje de La Unión que, en medio de la tierra, avanzaba lentamente hasta que se detenía bajo el arco de Kulczewski.

Entre los hermanos del Campo se destacó Carlos, adorado por sus sobrinos, a los que proveía de caballos y monturas. Alegre, comunicativo y audaz, estudió agronomía en la Universidad de Chile, pero su vocación fue de líder político. Cabeza del Partido Liberal, fue dos veces diputado por Linares, de 1933 a 1941, alcalde de Colbún e integrante de la Milicia Republicana. Apasionado de la aviación fue piloto civil, socio del Club Aéreo de Chile y fundador del Club Aéreo de Linares, con el que organizó festivales aéreos en Panimávida donde realizaba acrobacias en su avión Bonanza.

Enrique estudio ingeniería civil y, como Carlos, también fue militante liberal y figura política de la región, donde fue elegido alcalde de Colbún en dos oportunidades. Guillermo ingresó joven a la Escuela Naval e hizo carrera en la Marina, alcanzando el título de Vicealmirante. Tuvo una trayectoria intachable y fue famosa la maniobra que realizó en 1940 para llevar a puerto al acorazado Almirante Latorre, en Valparaíso, luego que un temporal lo sacó a mar abierto, con peligro de naufragio. Jorge, el menor, estudió arquitectura en la Universidad Católica y realizó obras de gran calidad, muchas de ellas asociado a su amigo el arquitecto Carlos Bresciani, como la catedral de Linares entre 1935 y 1937, encargo del obispo Juan Subercaseaux, y la parroquia del Sagrado Corazón en la avenida del Bosque, en Santiago, de 1945.

Misia Melania dirigió la casa de La Unión con mano firme y generosa, acorde a un complejo ceremonial que se ordenaba anualmente en torno a las misiones –muchos años atendidas por el propio Obispo– y a la recepción formal que ofrecía a las nuevas autoridades de la zona. Era tradicional la comida del Sábado de Gloria y las misiones de febrero, a cargo de curas españoles que venían de Linares y organizaban una procesión por el parque donde había competencia por la mejor "estación". Paralelo al calendario protocolar que presidía misia Melania, había un programa informal que encabezaba el tío Carlos, con paseos, juegos y entretenciones donde participaban los primos y las amistades de los fundos vecinos. Eran famosas las cacerías de liebres que corrían perseguidas por galgos y perdigueros entre los se recuerda a Ramuncho, Centella, Dardo, Giro y Lucero. Famoso era también el paseo a la laguna del Maule, con caballos y machos cargando carpas y menestras, o la excursión al túnel del Melado, con treinta o más jinetes cabalgando durante tres o cuatro días.

A diario cada primo laceaba y ensillaba su caballo –La Paloma, la Champaña, el Pilme, la Tagua– y salía a recorrer el campo. Solían ir a las termas de Panimávida y pasar galopando como carga de caballería frente a los pasajeros del hotel. En la casa, después del té, los más grandes organizaban veladas bailables con los ritmos de moda, tocados con gracia en el piano Steinway por las tías Melania y Laura y, posteriormente por su hija Elizabeth Rosenfeld, que llegó a ser concertista. Mientras, los más chicos organizaban "pandillas" y jugaban en el parque, en la piscina o en la improvisada cancha de fútbol. Todo era posible en una casa donde alojaban cerca de noventa personas, la mitad –posiblemente– jóvenes.

Si bien La Unión continuó inmutable en el tiempo, en Santiago hubo cambios. Se vendió la casa de la calle Catedral y se compró un chalet frente a la plaza la Alcaldesa, en Providencia. El cambio afectó a misia Melania. Murió poco después, en 1945. Años más tarde, concretando un deseo suyo, se construyó en el parque de La Unión una capilla en su memoria. La diseñó su hijo Jorge.

Al dividirse los bienes de doña Melania Rivera, el fundo La Unión, con la casa de Kulczewski, se adjudicó a sus hijos Guillermo, Jorge, Berta, Melania, Laura, Inés y Ester del Campo, los que constituyeron una comunidad que, continuada por sus hijos y nietos, se conserva felizmente hasta hoy. H.R.

Galería interior de la casa, con la chimenea proyectada por Kulczewski.

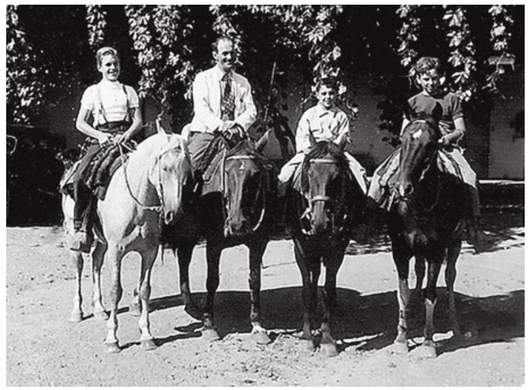
Gran comedor, con los muebles originales de 1925.

Detalle del antecomedor, con vidrieras de colores.

La casa del fundo La Unión, desde el jardín.

Páginas siguientes: Escultura en el parque de La Unión, remodelado por Óscar Praguer hacia 1940.

BUREO
RETIRO



Servando Jordán Rodríguez, acompañado por sus hijos Rafael, Alejandro y Servando Jordán Fresno, delante de los corredores de la casa de Bureo, hacia 1950.

Página derecha: Zaguán de la casa de Bureo abierto hacia el parque.

Bureo es el nombre de un extenso territorio situado entre los ríos Longaví y Perquilauquén, en la antigua circunscripción de Parral, donde el primer propietario que se recuerda –en la segunda mitad del siglo XVII– es el peninsular Álvaro Núñez de Guzmán.

Don Álvaro llegó a Concepción hacia 1650 a desempeñarse como auditor general del Ejército. Tenía méritos. Era licenciado de la Universidad de Salamanca, donde estudió después de haber pasado la infancia en su villa natal de Toral de los Guzmanes, en León. Pasó a Chile, donde formó su hogar y se desempeñó, entre otros cargos, como abogado de la Real Audiencia. Sus hijos heredaron tierras en Bureo, que pudieron ser compradas por don Álvaro, o heredadas o dadas en dote a su mujer, Juana Espinoza, descendiente de Conquistadores. Doña Juana era hija del capitán Pedro Espinoza de los Monteros, encomendero de Concepción, y nieta de Antonio Espinoza de los Monteros, alcalde de esa ciudad; su abuelo materno fue Bartolomé Galeazo de Alfaro, alférez del castillo de Arauco, teniente de Capitán General de Chile y Gobernador de Chiloé; y su tercer abuelo fue el capitán Pedro Pantoja, compañero de Pedro de Valdivia e inmortalizado por Alonso de Ercilla en *La Araucana*.

La tierra de Bureo y la sangre de los guzmanes continuó unida hasta mediados del siglo XVIII, cuando esa estancia era de Juan Esteban Fernández del Manzano y de su mujer María Juana Guzmán Peralta y Núñez de Guzmán, nieta de don Álvaro. El hijo de ambos, Juan Félix del Manzano y Guzmán heredó esas tierras y fue alcalde de Concepción, donde se casó con Juana María Bustamante y Roa, su pariente, hija de Luisa Roa y Núñez de Guzmán, también nieta de don Álvaro.

Hijas de Juan Félix y Juana María fueron las hermanas Rosario, Dolores y Carmen Manzano Bustamante, herederas de extensas propiedades en los alrededores de Longaví, Retiro y Parral. Rosario recibió La Bodega y La Greda, fundos próximos a Bureo, y se casó con Rafael Prats Urízar, militar patriota que llevado por sus ideales siguió la causa liberal y murió en la batalla de Lircay en 1830. Dejó tres hijas pequeñas, de las cuales solo una –Gumercinda Prats Manzano– tuvo descendencia. Dolores fue soltera y entre otras propiedades heredó las Casas de Bureo, donde proveyó de techo acogedor a sus hermanas. Carmen heredó Rinconada de Bureo y se casó con Manuel Jordán Valdivieso, militar patriota amigo de los Carrera, de quien enviudó en 1825, a poco de casarse, abatido por la guerrilla realista de los hermanos Pincheira durante la Guerra a Muerte. Se volvió a casar con su cuñado Gabriel Jordán Valdivieso, que se hizo cargo de Bureo y fue padre de sus hijos.

Carmen Manzano murió inesperadamente en Linares en 1836. Tenía 37 años y cinco niños pequeños, que quedaron a cargo del viudo Gabriel Jordán, de 32 años, el que volvió a casarse. Sus hijos Manuel, Daniel, Gabriel y Servando Jordán Manzano heredaron las propiedades que habían pertenecido a su madre en Linares, Parral y Loncomilla.

Servando Jordán se destacó como agricultor. Heredó una hijuela de Bureo, que amplió considerablemente. Compró Rinconada a su hermano Daniel en 1858, adquirió el Molino a Vicente Benavente en 1866 y en 1870 obtuvo los derechos de las Casas de Bureo que habían sido de su tía Dolores Manzano, amplio territorio en el que ideó construir canales, abrir caminos y trazar líneas de ferrocarril. Estuvo casado con su prima hermana Gumercinda Prats Manzano, heredera de La Greda y La Bodega de Longaví. Tuvo seis hijos Jordán Prats, entre los que se dividió el patrimonio de don Servando en 1885. De ellos, Rafael heredó la hijuela Las Casa de Bureo, su hermano Eduardo se quedó con la hijuela de Los Canelos y Manuel con la del Almendro.

Rafael Jordán Prats fue un trabajador incansable. Nació en Parral en 1862, se recibió de abogado en 1885, pero trabajó siempre en el campo. Gestó grandes proyectos y realizaciones. Hizo un canal para llevar aguas del Longaví a los rulos de Mantul, fundo que después vendió ventajosamente a su cuñado Manuel Parot; construyó otro canal para utilizar las aguas del estero Bureo; levantó un nuevo molino y abrió un canal para accionarlo; compró El Almendro a la sucesión de su hermano Manuel; trazó una línea de ferrocarril entre Retiro y Constitución, que quedó inconclusa, y hacia 1890 construyó una nueva casa patronal. Sólida, de adobe y roble sobre un alto zócalo de piedra, con habitaciones para la familia, bodegas, oratorio, pesebreras y corredores de 4,5 metros de ancho donde podían dormir los afuerinos que venían a cosechar trigo o arroz, y era posible poner a reparo toda la producción del fundo. A diario, antes que saliera el sol, el peón Plutarco Soto, el Taquito, barría los corredores mientras el bodeguero Floridor Vallejos trenzaba sus nombrados lazos. Uno de sus nietos, Gonzalo Jordán Fresno, describió ese mundo:

> "Lo primero que impresiona al llegar a las casas de Bureo es la masividad de los edificios. Revelan claramente la decisión de su diseñador y constructor de establecer allí un proyecto de carácter fundacional, definitivo. A pesar de su aislamiento, de la enorme lejanía, en la casa está presente la voluntad de dominar la naturaleza. Los obstáculos serán dominados, lo que deba hacerse se hará, y la casa será construida. Murallones sólidos que permitan dar estabilidad y solidez a quienes la habiten, porque sin esa necesaria solidez no se podrá dominar esta tierra dura y difícil, que ha sido, es y seguirá siendo nuestra base. Tierra difícil que requiere de imaginación creadora para sacarle fruto. Dotemos pues a la casa de amplios y largos corredores que inviten a reflexionar proyectos y soluciones que hagan realidad la generosidad del entorno. Pero ni la imaginación ni la fortaleza prevalecerán si no hay una riqueza interior que las nutra y haga crecer. Se hace necesario entonces que las habitaciones sean grandes y espaciosas, pero sobre todo altas, para dar espacio al crecimiento del espíritu. Ello será lo permanente. (…) Y la característica esencial de nuestro mensaje estará escrita en la arquitectura de esta casa, que nos sobrevivirá. En ella encontrarán inspiración nuestros herederos. En el parque pondremos también árboles consonantes: araucarias, palmeras, cipreses, maitenes, peumos y boldos. Todo ello proporcionará un espacio adecuado para descansar y ornamentar esta obra fundamental por tiempo consecuente. El carácter de los árboles fundadores será permanente, como la casa, como el espíritu de los que nacimos y seremos Jordanes".

Rafael Jordán fue juez rural y combatió a los bandoleros que asolaban la zona. Puso trancas y barrotes a la casa de Bureo donde muchas veces se oyeron balaceras entre los ladrones y los soldados del regimiento Aldunate, de Retiro, que prestaban su ayuda. El fundo, a cambio, facilitaba los caballos del coche –As de Oro, Escarcha y Moro– para que los carabineros de Villaseca retiraran a los curados del camino, después de las fiestas. En 1889 Rafael se casó en Talca, a los 27 años, con Laura Rodríguez Bascuñán, la Mamita Laura, mujer de personalidad fuerte y gran sensibilidad que expresó, entre otras cosas, en el jardín de Bureo, donde plantó palmas y araucarias. Sus hijos fueron Rafael, Laura, Eugenia, Ester, Servando y Octavio Jordán Rodríguez.

Después de la muerte del Tata Rafael, en 1914, se dividió Bureo entre sus hijos. Tres de ellos formaron la comunidad Jordán Smith, integrada por Octavio, Servando y Ester Jordán, representada por su marido Silas Smith Miller –hijo y hermano de arquitectos– aportando cada uno la hijuela que heredó, respectivamente El Carmen, El Almendro y Las Casas. Así como la comunidad se administró unitariamente, también la casa grande –que se asignó a Ester– continuó usándose por todos, mientras Servando y Octavio construían casa propia en sus hijuelas. Servando, nacido en 1896, se casó con Josefina Fresno Larraín y llegó a tener una docena de hijos. Su hermano Octavio, nacido en 1898, se casó con Carmen García-Huidobro Vial y tuvo 8 hijos. En 1948, mientras se construía la casa para los Jordán Fresno en El Almendro, nació la doceava hija de Servando. Entonces, Ester Jordán y el tío Silas, que no habían tenido hijos, les propusieron cambiar de hijuela. Ellos se quedaban con El Almendro y la casa nueva, y Servando con la casa grande de Bureo, con espacio para toda su familia, compuesta por Elena, Rafael, Servando, María Josefina, María Eugenia, Alejandro, Ester, Gabriela, Juan Manuel, Francisco Javier, Gonzalo y María Cristina Jordán Fresno.

Los Jordán Fresno llenaron de vida la casa de Bureo, bajo la mirada cariñosa de su madre Josefina, hermana del sacerdote Juan Francisco Fresno, que llegó a ser cabeza de la Iglesia de Santiago. Al morir el Cardenal Fresno en 2004, su sobrino Juan Manuel recordó sus estadías en Bureo.

> "Vuelvo a la lejana infancia, cuando la temprana muerte de nuestro padre desordena por completo la vida familiar. Y allí, un grupo de niños desorientados y en medio de la angustia de su hermana Chepita, nuestra madre, viuda los 48 años con 12 hijos, surge la imagen paterna del tío Juan. Nunca supimos cómo multiplicaba su tiempo, pero siempre estaba ahí. Con su figura poderosa, alegre, siempre optimista, a veces severo para ordenar el batallón. Inventaba paseos, juegos, concursos, todo servía para alejar la tristeza, hasta hacernos recuperar la confianza. De cuando en cuando, dejaba caer su semilla: `el Señor lo quiso y está bien…´ y para nosotros, niños, si lo decía él era una certeza. No todo era vida espiritual en esos momentos, también estaba el deporte, la recreación, que tenían un intenso calendario. Hombre jovial, dotado de una gran imaginación, organizaba todo. Apenas llegaba a Bureo, el tradicional campo familiar, rápidamente se hacía el calendario de las actividades a realizar y en un abrir y cerrar de ojos, estaba el verano planificado. Todos los contertulios, que normalmente éramos 20 o 25 entre hermanos y amigos, nos involucrábamos generando un grupo muy unido, donde se armaron entrañables amistades. El día partía con una misa con los trabajadores. Pero antes de eso, estaba la pichanga de la mañana, que era parte del campeonato oficial del verano, por lo que los puntos eran de gran importancia. El problema era que el reglamento, naturalmente creado por él para la ocasión, permitía que el equipo de Monseñor, cuyos nominados era seminaristas, jugaran con sotana, lo que hacía que el balón desapareciera de la vista de nuestro equipo por largos pasajes del *match*, apareciendo milagrosamente en las puertas de nuestro arco, donde esperaba el

Páginas anteriores: Fachada de la casa de Bureo, construida para don Rafael Jordán Prats hacia 1890.

centro delantero Juan Francisco, quien, con singular maestría, convertía inevitablemente el gol. Otra actividad importante, el deporte náutico, consistía en bajar por la corriente de un estero cabalgando sobre veloces tablones llevados por las aguas, las rocas, los matorrales de la orilla y otras vicisitudes, terminaban por dejar en muy mal estado a los competidores. Nuestro querido tío, entusiasta participante, llegaba a la misa del día siguiente en precarias condiciones para desolación de nuestra madre. Pero también había actividades reparadoras: concursos culinarios para recuperar fuerzas. Se formaban equipos mixtos que debían presentar sus creaciones a un tribunal. Si estas incluían carne de liebre se les asignaba importante puntaje a la cacería de estas, que consistía en hermosas cacerías a caballo por el campo. Dicho tribunal era presidido por Monseñor. Por cierto, nuestro querido Cardenal participaba en la competencia con su propio equipo, incurriendo en un cierto conflicto de intereses. Lo realmente importante, lo sabemos hoy, era recuperar el alicaído estado del ánimo familiar. Pasaron los años y se fueron creando marcas indelebles a través de esta forma de vida. Las profundas conversaciones en la larga mesa del comedor fueron inculcando en nosotros los valores cristianos. Posteriormente, los caminos fueron diferentes de acuerdo a los intereses de cada uno. El apoyo y el aliento permanente de nuestro tío Juan generaron vínculos imborrables. Este fue siempre su refugio querido tío. Hoy en el momento de su partida, nosotros junto a nuestros hijos, queremos decirle a usted `el Señor lo quiso… y está bien´´.

Servando Jordán Rodríguez murió inesperadamente en 1953. Se deshizo la comunidad Jordán Smith y Rafael, el hijo mayor, debió hacerse cargo de Bureo. Dos años más tarde lo secundó su hermano Servando, recién titulado de agrónomo. En la década de 1960 los reemplazó a ambos Fernando Munita, marido de su hermana Ester, quien hizo milagros para solventar los gastos de la casa de Santiago y la educación de los Jordán chicos, en un período en que el trabajo agrícola era difícil. En 1967 se vendió parte del fundo a los inquilinos y la familia mantuvo el Cerro de las Piedras, La Viña y El Bajo. La agitación política de entonces llegó a Bureo y sólo gracias a la heroica defensa que encabezaron los empleados Julio Flores, Gabriel Lillo y Julio Leiva se conservó el fundo y la casa. En 1981 se vendió lo que quedaba del campo, reteniendo sólo 7 hectáreas y la casa, que se convirtió en lugar de vacaciones para los hermanos Jordán y sus 73 hijos. Alejandro Jordán asumió la administración de Bureo, que funcionó exitosamente durante un largo período.

El año 2000 murió misia Chepita, la madre, y hubo que pensar en el destino de la casa. En 2007, luego de múltiples opciones, los Jordán Fresno decidieron aceptar la oferta de compra que hizo Jorge Tocornal Jordán, un sobrino, hijo de María Cristina, la hermana menor. Esta decisión permitió reparar la casa de Bureo y darle continuidad a una historia familiar que, luego de 10 generaciones, sigue vinculada a su origen. H.R.

Generoso corredor de acopio de productos de 4 metros de ancho.

Patio de las caballerizas, tras el cuerpo principal de la casa.

Páginas siguientes: Ruinas del Molino Viejo de Bureo.

VIRGÜÍN
ÑIQUÉN

Guillermo Subercaseaux Rivas y Olguita del Río, su mujer, junto a sus hijos Pablo, Francisco, Lucía, Ximena, Olga y Magdalena Subercaseaux del Río en el jardín de Virgüín, hacia 1955.

Página derecha: Portada del llamado Patio de la Ramada en la hacienda Virgüín.

Virgüín en mapudungun significa "paisaje frío", nombre de una localidad ancestral que se extiende al sur del río Perquilauquén y abarca una amplia llanura que nace al pie de la cordillera de los Andes y se diluye, al poniente, en una sucesión de cerros que se pierden en el horizonte hasta alcanzar la costa del Pacífico. A partir del siglo XVII esa geografía se dividió en "mercedes de tierra" otorgadas a conquistadores y vecinos que, la mayoría, había abandonado las ciudades que se destruyeron al sur del río Biobío después del gran alzamiento indígena de 1599. Los primeros pobladores de ese territorio tuvieron como referente a la ciudad de Chillán –fundada en 1580– y a los curas que misionaban en los parajes de Cauquenes, Chanco, Loanco e Isla de Maule, donde limitaba la jurisdicción de los obispados de Santiago y Concepción. Doctrineros y pobladores se comunicaban a través del precario camino que luego de cruzar el río Maule avanzaba hacia el sur. Los años dieron más desarrollo a ese sector, hubo más vecinos y productos, y la Corona pudo llevar a cabo una política fundacional que, a fines del siglo XVIII, permitió el surgimiento de poblados como Linares en 1794, Parral en 1795 y San Carlos en 1800.

Al iniciarse el siglo XIX aumentó la población y la agricultura, así como los bandoleros que asolaban los campos robando granos y ganado. Los sucesos de la Independencia también generaron cambios. El triunfo que alcanzaron los patriotas en Maipú no significó la finalización de un proceso. Lejos de eso, marcó el inicio de una fuerte resistencia realista en muchos puntos de la República, especialmente entre los ríos Maule y Biobío, donde grupos leales al Rey combatieron al nuevo gobierno. Pronto la guerrilla realista se confundió con el bandidaje y comenzó un sangriento período conocido como la Guerra a Muerte, que se extendió sin tregua hasta 1825. Los montoneros se refugiaban en los cajones cordilleranos y sorpresivamente irrumpían en el valle destrozándolo todo. Uno de los pasos por donde traficaron fue el desfiladero del río Virgüín, donde, en un momento, se quiso habilitar un fuerte.

Concluida la Guerra a Muerte, el desarrollo de la región avanzó lentamente hasta la década de 1840, cuando se descubrió oro en California y surgieron nuevas rutas en el Pacífico, que brindaron oportunidades a los campos del sur para convertirse en graneros de territorios lejanos. Se ampliaron los caminos hasta los puertos de Constitución, Tomé y Talcahuano, y floreció la agricultura entre Talca y Concepción. Pero en 1851 se produjo una situación política compleja, cuando la población de Concepción, liderada por el general José María de la Cruz, desconoció la elección del presidente Manuel Montt y se levantó en armas contra el poder central de Santiago. Hubo tráfico de tropas de Talca al sur y las poblaciones de San Carlos y Parral fueron territorio "crucista" durante los tres meses que duró la revolución. El combate de Monte de Urra y luego la sangrienta batalla de Loncomilla, diezmaron las fuerzas del sur y el general Cruz se vio obligado a firmar un armisticio.

Aplacada la revolución, la región volvió a la normalidad y se formaron nuevos asentamientos entre Parral y San Carlos: los poblados de San Fabián y San Gregorio. El primero fue creado por el hacendado Fabián de la Fuente, que en 1865 donó tierras en Alico, al pie de la cordillera, y levantó un pueblo al que dio el nombre de su santo patrono. Al año siguiente su cuñado Gregorio Caro donó tierras en su propiedad de Ñiquén, próxima al río Perquilauquén, donde fundó otro pueblo que bautizó con su nombre. Tres años más tarde, en 1869, Juan Francisco Rivas compraba la hacienda Zemita, entre San Gregorio y San Fabián, e iniciaba la construcción de un imperio.

Rivas, de 22 años, había reunido una fortuna en las minas del norte y decidió invertirla en la agricultura del sur, de donde provenía. Su padre era catalán, Francisco Rivas, y su madre chilena, Nieves Cruz, sobrina del general José María, el caudillo de 1851. Zemita había pertenecido a otros mineros, como Gabriel Alejandro Real de Azúa y antes Ricardo Price. Era un campo con historia. Fue propiedad de los jesuitas en el siglo XVIII y en el XVII de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, autor del *Cautiverio Feliz*. Dueño de Zemita, Rivas quiso expandir sus propiedades al poniente, hacia Virgüín, donde compró tierras a partir de 1871. Tenía fortuna para hacerlo. Había ganado mucho dinero explotando salitre en Taltal, plata en Caracoles y cobre y oro en Tamaya y Corocoro. Eso le permitió adquirir numerosas propiedades y formar un solo paño de tierra, grande como una provincia. Sumó dos territorios míticos: Zemita, en San Fabián de Alico, y Virgüín, en San Gregorio de Ñiquén. En vísperas del Centenario, Zemita fue avaluado en un millón de pesos y Virgüín en millón y medio. Poco después, en 1916, la Comisión Tasadora de San Carlos avaluó ambos campos en 33 millones. Tenían 60 mil cuadras de rulo y 12.000 de riego y era el fundo más extenso y valioso de todo Ñuble.

Si bien Zemita era una hacienda acotada, Virgüín eran pequeñas propiedades surgidas a fines del siglo XVIII, cuando se desmembró la hacienda de la familia Arce. Entre 1871 y 1893 Juan Francisco Rivas adquirió más de 250 títulos de dominio en Virgüín, donde construyó un canal que extrajo aguas del río Ñuble y regó miles de árboles que prohibió cortar. Dividió la hacienda en cuatro mayordomías, hizo caminos, puentes, bodegas y corrales, y acuñó fichas de bronce para que los trabajadores compraran alimentos en la pulpería. Desde 1890 tuvo un batallón armado que vigilaba los límites de Virgüín y Zemita, cuidaban el acceso en el portón del Candil y acompañaban las carretas hasta la estación de San Carlos, donde tenía bodegas y oficinas, con la Casilla 1, y el Teléfono 1.

Páginas anteriores: Casa de Virgüín proyectada por el arquitecto Josué Smith Solar en 1925 para don Guillermo Subercaseaux Pérez y su señora, Mercedes Rivas de Subercaseaux.

Juan Francisco Rivas, diputado por Ovalle entre 1879 y 1888, inició la construcción de un palacio en la Alameda de Santiago. De estilo italiano y pilastras de mármol, fue diseñado por el arquitecto Eduardo Provasoli. Tenía un lujoso departamento para la familia en el segundo piso y, en el primero, enormes almacenes para los productos de las haciendas. El palacio se concluyó en vísperas de la Revolución del 91, donde sus bienes no se vieron afectados, aunque Rivas simpatizó con Balmaceda, y escondió en Zemita al ex intendente de Chillán, Luis del Fierro.

Poco se sabe de las primeras construcciones de Virgüín. Desde el inicio se trabajó como una administración independiente, con corrales y bodegas, la Ramada entre ellas, y una pulpería donde hoy está la Escuela Vieja. También hubo oratorio y casa de administración –cerca de la casa actual– donde ocurrió una desgracia en 1909. En vísperas de Navidad murió ahí Ramón Rivas, el único hijo hombre de don Juan Francisco. Tenía 35 años, inteligencia, simpatía y una carrera brillante. Era abogado, escritor, fundador del diario *La Mañana* y desde 1906 diputado del Partido Liberal por La Victoria y Melipilla, reelecto en 1909. Murió de un derrame cerebral, solo y sin ayuda. A partir de entonces se instaló una campana de socorro en la casa de Virgüín.

La muerte del hijo fue un duro golpe para Juan Francisco Rivas, que falleció en su casa de la Alameda en 1922, a los 75 años. Había estado casado con una mujer bonita e inteligente, Trinidad Ramírez, hija de Calixto Ramírez Briones y de Gertrudis Herrera Reyes, de raigambre colchagüina. Cuatro hijos suyos llegaron a mayor edad: Trinidad, casada con José Luis Riesco y Jack Morrison; Inés, con Rodolfo Errázuriz; Ramón, con Julia Valdés, y Mercedes, la menor, casada en 1897 con Guillermo Subercaseaux.

Dos años duró la partición de bienes de Juan Francisco Rivas entre sus herederos, a saber, su viuda, las hijas Inés y Mercedes, y los nietos Riesco Rivas y Rivas Valdés. En 1924 se vendió el palacio de la Alameda a Castagnetto Hermanos y se tasaron las haciendas donde, solo en árboles, se aumentó en muchos millones el ya elevado avalúo. Zemita se dividió entre los herederos Riesco, Errázuriz y Rivas, y Virgüín se asignó a Mercedes Rivas de Subercaseaux.

A fines de 1924 Mercedes Rivas y Guillermo Subercaseaux contrataron al arquitecto Josué Smith para que hiciera los planos de una casa en Virgüín, reemplazando la existente –donde había muerto Ramón Rivas– próxima al patio de La Ramada. Smith era un afamado arquitecto formado en Estados Unidos y desde 1900 con oficina en Santiago, autor de obras como el Club Hípico y numerosas y sofisticadas casas de campo y playa –en Papudo, Zapallar, Las Cruces y Viña del Mar– inspiradas en la arquitectura norteamericana e inglesa. Desde 1922 trabajaba asociado con su hijo José Tomás en la razón social Smith Solar & Smith Miller Arquitectos.

La casa de Virgüín se construyó entre 1925 y 1927, mientras Smith Solar & Smith Miller construía muchas casas en Santiago y un gran proyecto en Valparaíso, la nueva Universidad Federico Santa María. También estaba haciendo casas en el campo y la playa, como la de Adolfo Eastman en Limache y la de Enrique Rawlins en Papudo, ambas con cierta similitud con la casa de Virgüín. Misma materialidad y altura –madera y dos pisos– mismo juego de ventanas y puertas al eje, similar espacialidad interior, plantas simples y recintos luminosos. Particularidad de Virgüin es su lograda escalera curva y, posiblemente, los muebles diseñados por Smith. Lo mismo que el jardín, inspirado en los macizos florales de la británica Gertrud Jekyll.

La casa se concluyó en 1927 y fue de inmediato ocupada por el matrimonio Subercaseaux Rivas, sus hijos Guillermo de 21 años, Eugenia de 19, y la viuda de don Juan Francisco, misia Trinidad Ramírez, de 85 años.

Guillermo Subercaseaux Pérez era una personalidad entonces, y sin duda influyó en el generoso programa de la casa. Tenía 55 años cuando se inauguró Virgüín. Era ingeniero civil y desde 1902 hacía clases de Economía Política y Desarrollo Económico en la Universidad de Chile. Fue ministro de Hacienda del presidente Pedro Montt en 1907 y al año siguiente participó en el Congreso Científico de Santiago, donde presentó un trabajo sobre el papel moneda. Representando al Partido Conservador fue electo diputado por Chillán y San Carlos en 1909 y reelecto en 1912. Formó un partido político –el Nacionalista– junto a Agustín Edwards y Francisco Antonio Encina, en 1915. Nuevamente designado ministro de Hacienda por el presidente Juan Luis Sanfuentes, en 1919, y por el presidente Arturo Alessandri, en 1923. En 1924 fue electo senador por Ñuble y un año más tarde electo presidente de la Sociedad de Fomento Fabril, cargo que mantuvo hasta 1930. De 1929 es su iniciativa de crear el Instituto de Estudios Bancarios que hoy lleva su nombre. Presidente del Banco Central desde 1933 a 1939, es autor de numerosas obras referidas a política económica, patrón de oro, papel moneda y organización bancaria.

En Santiago, los Subercaseaux Rivas vivieron en Merced 152, edificio donde Guillermo y Mercedes –el Tata y la Tatá– ocuparon el 4° piso; su hija Eugenia y su marido Fernando Calvo los pisos 5 y 6; su hijo Guillermo y su esposa Olga del Río Montt ocuparon con su familia

los pisos 2 y 3. Don Guillermo era el personaje central de Merced 152. Cariñoso según unos y estricto según otros, lo apaciguaba el carácter suave de su nuera Olguita, incorporada a la familia en 1935. Durante el verano la familia se trasladaba a Virgüín y quedaba al cuidado de la señora Bella, el ama de llaves, y de las sorpresas gastronómicas de Juana, la cocinera. A diario había queso fresco, galleta de peón y caballos ensillados en los que se iba a la trilla –a comer "fondo" de pantrucas– a la veranada, a San Fabián de Alico, a orillas del río Ñuble, o a visitar los primos en Zemita.

En 1936 falleció la Tatá Mercedes y un terremoto azoló a Chillán. La casa de Virgüín se dañó severamente, lo mismo que la Ramada y el oratorio viejo, que fue demolido. Debió tomar parte activa en la reconstrucción de la casa la oficina Smith Solar & Smith Miller, con la colaboración del arquitecto Fernando Calvo, a quien se debió, más tarde, la nueva capilla que se levantó inmediata al patio de la Ramada.

Se dividió la hacienda entre los hermanos Eugenia y Guillermo, quedándose aquella con el sector de Los Maitenes y El Peral y este con las casas de Virgüín. No obstante, el fundo siguió trabajándose como unidad bajo la administración de Guillermo, dedicado agricultor, y también político. Elegido diputado del Partido Liberal por San Carlos e Itata en el Congreso de 1933 y reelecto en el de 1941, vivió mayoritariamente en Virgüín en compañía de su mujer e hijos: los hermanos Pablo, Francisco, Lucía, Ximena, Olga y Magdalena Subercaseaux del Río, que crecieron con un profundo sentimiento de arraigo a esa tierra.

En 1957 falleció inesperadamente Guillermo Subercaseaux Rivas en Virgüín. Tenía 48 años. Sufrió un derrame y se tocó a rebato la campana que se puso luego de la muerte de su tío Ramón. Fue un duro golpe para su padre, don Guillermo, que murió en Santiago dos años más tarde, a los 87 años. Pablo Subercaseaux del Río asumió el campo, apoyado por el administrador Germán Langerfeld. Más tarde se incorporó su hermano Francisco Subercaseaux del Río, que falleció prematuramente en 2009. Se dividieron las tierras de Virgüín y la casa quedó en poder de una comunidad que integran Ximena y Magdalena Subercaseaux junto a la viuda de Francisco, cuyo espíritu alegre, generoso, siempre atento a los demás sigue presente en la casa familiar. El terremoto de 2010 dañó seriamente su estructura pero fue cuidadosamente restaurada por el arquitecto Felipe Concha Subercaseaux, tataranieto de don Juan Francisco Rivas. H.R.

Mesa para los almuerzos familiares bajo los árboles del parque.

Salón de Virgüin con los retratos de don Juan Francisco Rivas y de su mujer, doña Trinidad Ramírez.

Páginas anteriores: Hall de la escalera, presidido con el retrato de misia Mercedes Rivas, la Tatá.

Comedor con los muebles que diseñó la oficina Smith Solar & Smith Miller.

Página derecha: La cocina de Virgüín.

Interior de la capilla, proyectada por el arquitecto Fernando Calvo hacia 1950.

Páginas siguientes: Vista del campo de Virgüín desde las ventanas de la casa.

SAN AGUSTÍN DE PUÑUAL

NINHUE

Retratos de María del Rosario Chacón Barrios, hacia 1870, y Agustín Prat Barril, hacia 1830, padres del héroe Arturo Prat Chacón. Colección Museo Marítimo Nacional, Valparaíso.

Página derecha: Zaguán de acceso al gran patio de huevillo de San Agustín.

Corredores perimetrales con bancos de época circundan el patio.

Páginas anteriores: Fachada de la casa-fortaleza de San Agustín de Puñual, construida para las familias Bustos de Lara y Sanhueza entre 1780 y 1800.

En las tierras de Puñual, rodeadas de cordones montañosos al norponiente de Chillán, se encuentra el pintoresco pueblo de Ninhue, "lugar protegido de los vientos" en mapudungun. En medio de este paisaje de trigales y viñedos de cepas País y Moscatel, que introdujeron durante el siglo XVII las misiones jesuitas, y en los faldeos del cerro Coiquén se ubica la hacienda San Agustín de Puñual. Aquí nació el 3 de abril de 1848 un niño de frágil contextura: Arturo Prat Chacón; este hecho señala el trascendente significado histórico de sus casas patronales. Sus viejos muros y las tierras aledañas constituyen un trozo de la historia de nuestro Chile.

En este pequeño poblado existe una interesante producción artesanal de bordados y trenzado de paja. Se tejen y entrelazan sombreros de paja de trigo delgado especialmente cultivado y se secan al sol de Ninhue. Los chupalleros forman parte del patrimonio intangible de esta zona, con un oficio que muchos de ellos heredaron de sus abuelos y padres. Los tejidos y sus dibujos captan la vida cotidiana de esa pequeña comuna de Ñuble; un grupo de mujeres se ha dedicado a la confección de tapices, alfombras y animalitos de lana. Hace más de 40 años Carmen Benavente, visitando el fundo de su familia, organizó un taller de bordado que en pocos días reunió a más de 60 mujeres alcanzando un éxito sin precedentes: son "las bordadoras de Ninhue".

El gobernador Alonso García Ramón, el 19 de agosto de 1608, hizo merced de 400 cuadras en las tierras de Puñual, al capitán Pedro de Aguilera para que pueda "poner una estancia para sustentar sus hijos y mujer…". Y en 1613 recibió del gobernador Alonso de Ribera 500 cuadras más. En esta última "se edificó una bodega de 70 pies de adobe". Ambas mercedes constituyeron una sola estancia. Con el tiempo, su hijo Francisco de Aguilera vendió sus tierras al capitán Diego Maldonado de Aguayo. Su viuda vendió parte de ellas en 1654, por mano de Catalina de los Ríos y Lisperguer –la legendaria Quintrala– al capitán Pedro Muñoz de Ayala.

Con el capitán Pedro Muñoz de Ayala, vecino de Itata, y su mujer Ana de la Paz y Contreras, dueños de estancias en la zona, se inicia la extensa cadena de antepasados de Arturo Prat que poseyeron San Agustín de Puñual.

En estas tierras existía un importante asentamiento indígena, y el protector de los naturales del Reino presentó un recurso que se resolvió a su favor: era necesario que se les diese para su labranza y crianza "diez cuadras a cada cacique y a cada indio tributario o reservado a cinco cuadras y a cada viuda a tres cuadras".

A la muerte del capitán Pedro Muñoz de Ayala heredaron sus hijos los diferentes campos. A Juan Muñoz de Ayala le correspondió Puñual. Allí, junto a su mujer Águeda de Baeza y Robles, cultivó una viña "de moscatel de tres mil plantas y otra de uva negra de 12.000 plantas". Extendió sus tierras recuperando las de los Aguilera y, de ese modo, se hizo propietario de las 900 cuadras que conformaban la antigua estancia de san Agustín de Puñual. Heredero de la estancia fue el hijo de ambos, Ricardo Muñoz de Ayala Baeza y, posteriormente, su hija Lorenza, que contrajo matrimonio con Bernardo Sanhueza Palafox. Y así sucesivamente, sus descendientes Pablo Sanhueza y Muñoz de Ayala y su nieta Josefa Sanhueza Pacheco, casada con Matías Bustos de Lara, heredaron san Agustín de Puñual.

Hacia 1800, Ángela Bustos de Lara y Sanhueza, que pertenecía a la familia de los Correos Mayores de las Indias y después duques de San Carlos, era su dueña. Alrededor de esta época debieron construirse las actuales casas de la estancia. Sobre una suave loma se emplazaron las casas, cuya vista domina el paisaje de secano, que resplandece en la primavera cuando los espinos florecen. Presenta una arquitectura muy propia del campo de fines del siglo XVIII; es una casa rectangular con una sola entrada por el zaguán a un gran patio: la típica casa-fortaleza. En 1801, Ángela Bustos inició algunos pleitos con sus parientes y declaró entre sus bienes la hacienda de Puñual de 820 cuadras plantadas por su marido con viñas, trigales y arboledas. Había casado con Andrés del Barrio, nacido en Pisa, quien vino a Chile como armador y capitán de su propio barco, *El Carmen*, y se estableció en Concepción.

Los sinsabores del período de la Independencia incidieron en Puñual; la hacienda fue expropiada durante la Reconquista, "incluidas sus tierras, casas, fincas y plantíos". Ángela Bustos, representando a su madre doña Josefa Sanhueza, debió solicitar al Gobierno la devolución de la hacienda. El director supremo, Bernardo O'Higgins, por Decreto Supremo de 23 de diciembre de 1818, ordenó que "vista la solicitud de doña Josefa Sanhueza, el gobernador intendente de Concepción, comisionará a una persona para que de posesión a doña Josefa Sanhueza de la hacienda Puñual".

La hija de Ángela, Concepción Barrios Bustos, es la nueva heredera y cuarta mujer dueña de San Agustín; ello nos prueba lo frecuente que es la herencia por línea materna. Concepción casó en 1827 con Pedro Chacón Morales, nacido en Santiago, comerciante de gran empuje, decidido patriota en 1810 y diputado por Vallenar en 1829.

Los Chacón Barrios constituyen la novena generación que en forma interrumpida poseía estas tierras; vivieron largos años en la hacienda de San Agustín. Durante este período el cultivo de las tierras fue esencialmente triguero, y vivió su apogeo en los tiempos de las exportaciones de trigo a California y Australia.

De los numerosos hijos Chacón Barrios –dieciséis–, María del Rosario casó en la Catedral de Santiago el 26 de octubre de 1838, con Agustín Prat Barril, hijo legítimo de don Ignacio Prat Guigueras, nacido en Santa Coloma de Farnés, Cataluña y de doña Agustina Barril y Rojas.

Graves reveses comerciales tuvo don Agustín y un gran incendio destruyó su tienda de Santiago; por lo que decidió radicarse con su mujer María del Rosario en la hacienda de San Agustín de Puñual, que trabajaba su cuñado. Allí, el 3 de abril de 1848 nace el niño Arturo Prat Chacón. Lo trajo al mundo doña Juana Daza, una partera de la zona. Y en esta vieja casona dio sus primeros pasos el futuro héroe de nuestra patria. Vivió en contacto con la naturaleza, con la tierra, el barro, los trigales y los trinos de los pájaros.

El joven Prat se trasladó junto a sus padres a Santiago, donde cursó sus estudios primarios, posteriormente ingresó a la Escuela Naval de Valparaíso. Su tío Jacinto Chacón lo apadrinó y en su quinta de Valparaíso, conoció a una bella joven, Carmela Carvajal, con quien contrajo matrimonio en la iglesia de San Agustín de Valparaíso el 5 de mayo de 1873. Tres hijos llegaron al matrimonio: Carmela –que falleció tempranamente–, Blanca Estela y Arturo.

Al estallar la Guerra del Pacífico, Arturo Prat tomó el mando de la *Esmeralda* y el 21 de mayo de 1879 enfrentó a las fuerzas peruanas en el Combate Naval de Iquique. Consciente de la importancia de su actuar para el desenlace de la guerra, decidió no rendirse. Arengó a sus hombres: "¡Muchachos: la contienda es desigual, pero ánimo y valor! Nunca se ha arriado nuestra bandera ante el enemigo y espero que no sea esta la ocasión de hacerlo". Exclamando Viva Chile saltó al abordaje del *Huáscar*, donde encontró su temprana muerte. Su heroica acción movilizó a la población y despertó el sentimiento nacional en torno a la causa de la guerra.

Mientras tanto, la familia Chacón se ve obligada a vender la hacienda de Ninhue en 1849 al agricultor Ambrosio Molina Gatica, nacido en Chillán. Su hija Nieves Molina Urrejola, casada con Francisco Javier Codina, vende el campo a Pío Herreros Brunet y su mujer Graciela Sepúlveda Oñate. Las casas sufrieron un fuerte deterioro en 1939 a raíz del terremoto y el señor Herreros reparó el ala sur de la casa que volvió a sufrir estragos con el terremoto de 1960.

En 1967 el club de Leones de Valparaíso y la Armada de Chile crearon la Corporación Pro Santuario Cuna de Prat, que se preocupó de la mantención de las deterioradas casas. Fue declarada Monumento Nacional en 1968, y posteriormente la casa y algunas hectáreas pasaron a poder del Fisco, quien las entregó a la Armada de Chile para cautelar y conservar este significativo patrimonio. El reconocido arquitecto Raúl Irarrázaval fue el encargado de la restauración de las casas, quien ha señalado se basó en un plano que le dibujó don Pío Herreros. Se inauguró como museo, el 3 de abril de 1979.

Nuevamente debió cerrar sus puertas con el destructor terremoto de 2010. El proyecto de reconstrucción de la segunda etapa de la casa patronal de la Hacienda, continuada por la oficina de arquitectos Raúl Irarrázaval e hijo, se llevó a cabo con el aporte económico de empresas, especialmente de la Compañía Minera BHP Billiton, a través de la ley de donaciones culturales, y está siendo complementado con un proyecto museológico que lleva adelante la Corporación Patrimonio Marítimo de Chile.

Hoy día –recién abierta sus puertas al público– una gran explanada de piedra recibe a los visitantes; anchos corredores con macizas pilastras sostienen los muros de adobe y los techos de tejas. Se recorren las habitaciones destinadas a salón, comedor, dormitorios, cocina y diversas bodegas propias de las faenas campesinas. Estos muros encierran un amplio patio de huevillos, que las protegió de los frecuentes asaltos de cuatreros y de las guerrillas de épocas pasadas. Este sitio es un santuario, un museo expresión de la vida y de la cultura rural; se exhibe mobiliario de época, documentos, fotografías y artículos personales que fueron parte de la vida de Prat y su familia.

Aquí en Ninhue, nuestra tierra, nuestros trigales y viñedos se hermanan con la sangre del héroe de Iquique.

"Allí, capitán del viento,
casi a la vista de Ninhue
templó con barro chileno
su corazón invencible".

Cantó Óscar Martínez, el poeta de esa tierra. T.P.

Antiguo dormitorio de la casa, similar al que vio nacer a Arturo Prat Chacón en 1848.

El gran patio interior de los naranjos, detrás los cerros de San Agustín y Ninhue.

Páginas siguientes: Desde cierta altura se observa la casa-fortaleza de San Agustín de Puñual rodeada de trigales.

RAFAEL
TOMÉ

Los diez hermanos Urrejola Arrau frente al corredor de la casa de Rafael, hacia 1930. De izquierda a derecha: Gabriela, Gonzalo, Adriana, Inés, Guillermo, Elena, Alejandro, Fernando, Rosita y Alfonso.

Página derecha: Zaguán que accede a la casa de Rafael.

Frondosas hortensias cubren el frente de la casa.

Páginas anteriores: Fachada de Rafael tras la encina fundacional.
Construida para don José Francisco Urrejola en 1834.

El actual fundo Rafael se encuentra en las tierras de Ranguelmo, campos de secano de ondulantes colinas en la zona costera de la provincia de Concepción, al sur del río Itata; río manso, de hoya reducida, que se introduce y zigzaguea en el macizo cordillerano. Una importante población indígena cultivaba chacras en las vegas del Itata. Ranguelmo toma su nombre de la voz *ranguiltun*, que significa "del medio, al centro del bosque"; también se dice fue el nombre de un antiguo lonco del lugar.

En 1657 se fundó en los campos de Ranguelmo el fuerte de San Rafael, para la defensa y consolidación del territorio. Había que proteger el Camino Real que comunicaba Concepción con Chillán y Santiago de los frecuentes asaltos; por él transitaban las tropas del ejército permanente a la Frontera.

La estancia de Ranguelmo tiene su origen en un conjunto de mercedes de tierras que fueron repartidas en los inicios del siglo XVII, después de la derrota de los españoles en Curalaba. De este modo, los habitantes del lugar tenían la posibilidad de desarrollar una nueva actividad económica que hasta ese momento se había centrado en los lavaderos de oro de los ríos.

El capitán y después maestre de campo Luis del Castillo Velasco, recibió las primeras mercedes de tierras en Ranguelmo en 1611 y en 1613, que comprendían alrededor de dos mil cuadras. Luis del Castillo era un interesante personaje. Nacido en Madrid, fue asistente a la campaña naval de "La Invencible Armada". Encomendero en Concepción en 1613; tesorero de la Real Hacienda de Concepción, "tiene mucha casa y familia... nueve hijos y el servicio pasa de treinta personas". Sin embargo, al poco tiempo de heredar Ranguelmo, su hija Petronila lo vendió al maestre de campo Jerónimo Flores de León –propietario de grandes extensiones de tierra en Chile y Perú–, quien al morir dejó la estancia gravada con una capellanía a favor de los padres agustinos de Concepción.

Los agustinos se beneficiaron de la renta que anualmente les debían pagar los sucesivos dueños de la hacienda. En 1738, el capitán Juan Josef Vásquez de Novoa no pudo pagar lo adeudado y traspasó al convento de los agustinos la estancia "con todo lo en ella fabricado y plantado". Los religiosos la recibieron y, mediante pregón, la pusieron a la venta. Doña Jerónima de Espineda viuda de García compró la estancia "…nombrada Ranguelmo con los títulos que van expresados y en ellos las dichas dos mil y cien cuadras de tierras…". La heredan sus hijos García Espineda, quienes acuden a la Justicia el año 1748, acusando a los jesuitas, dueños de la estancia vecina de Conuco desde 1612, de estar ocupando parte de sus tierras. Estos respondieron que las tierras eran suyas. Probablemente cansados de litigar con los jesuitas, terminan por vender a la Compañía de Jesús la propiedad de Ranguelmo el 11 de noviembre de 1757.

Los jesuitas integraron las tierras de la estancia de Ranguelmo y las de la vecina estancia de San José, a la antigua hacienda de Conuco, conformando una propiedad de 9.100 cuadras. Diez años más tarde, en 1767, fue expulsada la Compañía de Jesús de los dominios del rey Carlos III y las propiedades de los jesuitas pasaron a ser del monarca, que constituyó una Junta para la administración, arriendo y posterior venta de estos bienes. Joseph Leclerc de Bicourt, francés avecindado en Concepción, fue el encargado de administrar la hacienda de Conuco, y su yerno Alejandro Urrejola y Peñaloza, de trasladar y proteger a los sacerdotes hasta su partida a Valparaíso. Para determinar el valor en que se pondría a remate la hacienda de Conuco se convocó a una junta compuesta por jueces oficiales de la Real Hacienda y Cajas del obispado de Concepción, que avaluaron la hacienda con sus aperos y ganados en $18.177, 2 ½.

Fue adquirida hacia 1780 por Antonio Rodríguez Rojas y su mujer Manuela Salcedo y Ugalde, quienes, al morir, dejaron las tierras a sus hijos Miguel y Josefa Rodríguez. Josefa estaba casada con el coronel Manuel de Saavedra Saavedra, hijo de Cornelio Saavedra, destacado militar argentino, primer presidente de la Junta de Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Hijo suyo fue el general Cornelio Saavedra Rodríguez, que inició la colonización de la Araucanía. En 1824 se hizo una demarcación de la hacienda de Ranguelmo que le correspondió a doña Pepa, como familiarmente la llamaban. Su hermano Miguel quedó en Conuco.

José Francisco Urrejola Lavanderos compró en 1834 a doña Pepa la hacienda Ranguelmo, iniciando así la larga saga de la familia Urrejola unida a esta propiedad.

"Comparecieron doña Josefa Rodríguez –dice la escritura– …daba y dio en venta a don José Francisco Urrejola... la hacienda nombrada Ranguelmo cita en el partido de Coelemu compuesta de mil trescientos sesenta y media cuadra de tierras y en ellas un herido de molino arruinado y una pequeña casa vieja pared de palizada y techo de teja … lindan dichas tierras por la parte del sud con las de la hacienda Conuco por la travesía con el río Rafael y terrenos de Novoa; por el norte con tierras de la estancia del Tablón y Leonera y por el este con las de expresada hacienda Conuco...".

José Francisco Urrejola, entre 1834 y 1845, construyó las casas de adobe de largos corredores y techo de tejas siguiendo la característica arquitectura de las casas chilenas, en un bajo que protegía de los vientos, cerca del río Rafael y a orillas del Camino Real, en el mismo lugar en que se encontraba la casa vieja. Dirigió personalmente

los trabajos empleando a los mejores maestros en la carpintería de la casa.

José Francisco era nieto de Alejandro Urrejola y Peñaloza, quien fundó la familia Urrejola en Chile. Don Alejandro Urrejola nació en Santiago del Estero, provincia de Tucumán; por motivos de negocios que le encargó su padre –originario de la villa Ochandiana, provincia de Viscaya– viajó al Perú y el buque debió recalar hacia 1760 en Concepción de Penco. Allí se estableció, se enamoró y casó con Isabel Leclerc de Bicourt, hija de Joseph Leclerc de Bicourt, dueño de la hacienda Bularco, en las cercanías de Rafael.

Alejandro se introduce en la sociedad de Concepción y es recordado como un personaje talentoso, sensato y hábil en los negocios. Fue maestre de campo y alcalde de 1er voto en el Cabildo de 1807. Decidido realista, en su casa de Concepción se reunían los principales jefes españoles. Su hacienda de Cucha-Cucha, a orillas del río Itata, fue escenario de una de las batallas de la Patria Vieja y, en el período de la Guerra a Muerte, fue refugio de las guerrillas realistas. Numerosos fueron sus hijos, entre ellos Francisco de Borja, casado con Carmen Lavanderos y Verdugo; coronel realista, proveedor e intendente del Ejército Real durante la Reconquista. Culto, su dominio del inglés le permitió interceptar y traducir los mensajes entre Mackenna, que se encontraba en Membrillar, y O'Higgins en Concepción. Esta militancia afectó gravemente a la familia, sus bienes fueron confiscados y algunos de sus miembros abandonaron el país.

Las viñas y los extensos cultivos de trigo que habían reemplazado los centenarios árboles nativos, sufrieron los rigores de las guerras de la Independencia y el bandidaje, que trajo el despoblamiento de los campos; una grave crisis agrícola azotó Concepción.

A José Francisco Urrejola Lavanderos le correspondió recobrar el patrimonio familiar y restablecer la actividad agrícola. Participó en sociedades comerciales, remató diezmos, hizo préstamos a interés y compró propiedades agrícolas en la zona de Coelemu. José Francisco fue el primero de los hacendados locales que tuvo participación en la agroindustria molinera, cuyo auge tuvo lugar en los años de la fiebre del oro en California a mediados del siglo XIX. El molino California de Urrejola, junto al de numerosos empresarios extranjeros, entre ellos, el de Bellavista de los Gibson Délano, convirtieron a la pequeña caleta de Tomé en el principal centro exportador de harina del país; las carretas cargadas con trigo llegaban desde Rafael, Coelemu, Itata y Chillán, hasta las bodegas de Tomé.

José Francisco casó con doña Clara Unzueta y Rioseco y tuvo 11 hijos. Rafael y José Manuel heredaron Ranguelmo. La parte denominada Rafael, pues allí corría el estero que lleva este nombre, quedó casualmente en manos de Rafael, y Ranguelmo en poder de José Manuel. Alrededor de 650 cuadras comprendía Rafael, que junto a otras propiedades recibió Rafael Urrejola Unzueta, de profesión abogado. Casó con Mercedes Mulgrew Collao, nacida en Valparaíso. Murió muy joven, en su fundo de Rafael, de un fulminante ataque de apendicitis.

De sus siete hijos, Alfonso trabajó las tierras heredadas de su padre, entre ellas Rafael, que compró a sus hermanos y a su madre. Se dedicó enteramente al cultivo del campo e inició las plantaciones forestales. Fue una respetada y querida personalidad en la zona: alcalde de Rafael, regidor en Tomé y Concepción y presidente del Partido Conservador de esta ciudad. La crisis de 1929 lo obligó a radicarse en Rafael con sus hijos y su señora Eduvigis Arrau Martínez –descendiente de don Antonio Rodríguez, primer propietario del fundo tras la expulsión de los jesuitas–, quien se dedicó a mejorar las condiciones de vida de los trabajadores del campo y a las obras de beneficencia, instituyó las catequesis y misiones en el fundo. Sus nietos recuerdan las largas cabalgatas, los infaltables baños en el río Rafael y en las tardes en la extensa galería el rezo del rosario junto a familiares y empleados, que presidía doña Eduvigis.

A la muerte de su marido, la sucesión continuó administrando el fundo y las casas. Su hijo mayor, Alfonso, fue abogado y destacado hombre público. Diputado Social Cristiano entre 1949-1953, intendente de la provincia de Concepción entre 1964-1970 y alcalde de la misma ciudad hasta 1975. Junto a su mujer Carmen del Río Martínez y sus hijos Urrejola del Río, trabajó el campo de Rafael y compró el fundo a la sucesión Urrejola Arrau.

La tradicional casa chilena que construyó José Francisco Urrejola a orillas del Camino Real, estaba formada por distintas alas con corredores que encerraban dos patios, bodegas y graneros. Era una casa volcada hacia el interior, que defendía de las incursiones de los bandoleros. Contaba también con un segundo piso hacia el norponiente, que cayó con el terremoto de 1939. Alfonso Urrejola Mulgrew, su propietario en la época, debió reparar la dañada casa y agregó un patio cerrado y pesebreras hacia el oriente.

Sus actuales dueños, Carmen Urrejola del Río y su marido Luis Alberto Aninat Martínez –perteneciente a familias de antigua raigambre en Concepción– la han conservado y restaurado con gran gusto y sensibilidad, guardando las características genuinas de "las casas". Briosos caballos descansan en las pesebreras tras los largos paseos de sus hijos y pequeños nietos. Una imponente y añosa encina resguarda la entrada a las casas, con su largo corredor orillado de coloridas hortensias y cobija a seis generaciones de Urrejolas, que contemplaron estos suaves lomajes y grandes vegas, hoy día en gran parte forestados. T.P.

Página derecha: Corredor principal de acceso.

Salón, con numerosos muebles originales.

Sofá imperio de época.

El comedor con amoblado del siglo XIX y retratos de los antepasados Arístides del Río Zañartu y Rosa Serrano de del Río.

Un conjunto de tinajas antiguas en el patio de las bodegas.

Página izquierda: Corredor en el patio del Castaño.

Páginas siguientes: Corral de caballos contiguo a la casa.

LA CANDELARIA
LOS ÁNGELES

Fachada de la casa de La Candelaria con la familia Bordeu en la terraza, hacia 1935.

Página derecha: Puerta de acceso y terraza de La Candelaria.

Entre los numerosos bienes que quedaron por fin y muerte de Lorenzo de la Maza y Quintanilla se encontraba la hacienda de La Candelaria, próxima a la ciudad de Santa María de Los Ángeles, en el extremo sur poniente de la llamada Isla de La Laja.

Don Lorenzo había nacido en Penagos, Santander, en 1770 y a los veinte años ya se encontraba en Chile sirviendo en el Ejército del Rey, en Concepción. En 1804 era vecino de Los Ángeles, donde se casó en 1809 con doña María Antonia de Mier y Jijaba, de 17 años, nacida en esa ciudad e hija de don José Joaquín Fernández de Mier y Santiago, peninsular nacido en Aliada, Burgos, y de doña Josefa Jijaba, natural de Los Ángeles.

Durante la Independencia, de la Maza se mantuvo fiel a la Corona y fue partidario de los realistas, razón por la cual se le designó coronel de milicias de Los Ángeles en 1815, en el período de la Reconquista. Luego de una vida plena y respetable falleció en esa ciudad a los 63 años en 1833 y, de acuerdo a sus deseos, fue enterrado en el cementerio de Concepción. Dejó extensas propiedades agrícolas en la Isla de La Laja, vasto territorio extendido entre los ríos Laja y Biobío, como las haciendas La Candelaria, San José de la Palma, Quillayes y Homan, tierras que heredaron su viuda María Antonia y sus hijos José María y Domingo de la Maza y Mier.

José María, el primogénito, nació en la ciudad de Los Ángeles en 1811 y fue un rico estanciero, siendo La Candelaria una de sus propiedades. Vivió en Los Ángeles, donde se casó en 1838 con su pariente Clorinda Riquelme del Río, nacida ahí, hija del general Manuel Riquelme Vargas-Machuca, descendiente de los Riquelme de la Barrera, antigua familia de Chillán, y de María del Carmen del Río y Mier, hija de Francisca Javiera Mier y Jijaba y prima hermana, por tanto, de don José María. El general Riquelme Vargas-Machuca era medio hermano de doña Isabel Riquelme Mesa, por lo que Clorinda Riquelme fue prima del Libertador Bernardo O'Higgins.

Solo 21 años permanecieron casados Clorinda y José María, ya que este falleció –todavía joven– en 1859. Formaron, no obstante, una familia numerosa, en la que diez hijos llegaron a su adultez, los hermanos José María, Juan, Antonia Zelmira, Pedro José, Clodomira, Rómulo, Darío, Manuel, Fortunato, Corina y Máximo de la Maza Riquelme.

Posterior a la muerte de don José María, sus propiedades se dividieron entre sus hijos –entonces muy jóvenes o niños– y la viuda, que conservó el casco principal de la hacienda.

Clorinda Riquelme se volvió a casar con Enrique H. Burke, cirujano del Ejército del Sur, a cuyo nombre se mencionó el fundo La Candelaria en el Rol de Avalúos del Departamento de Los Ángeles de 1874. El mismo Rol de Avalúos mencionó otra hijuela del fundo La Candelaria propiedad de Manuel Serrano Vásquez, quien compró poco antes a los hermanos de la Maza Riquelme que habían alcanzado mayoría de edad. La Candelaria era famosa por sus tierras feraces de migajón profundo, mérito que compartía con la hacienda vecina, Santa Fe. Esta última había sido del general Manuel Bulnes, presidente de la República, y la heredó su hijo Manuel Bulnes Pinto que, en 1872, la vendió a Pedro del Río Zañartu quien, a su vez, la vendió a Antonio Aninat en 1879. Una estrecha red de relaciones entre ambas propiedades: Manuel Serrano era hermano de Francisca Serrano, la esposa de Aninat, y tío de Ana Rosa Serrano, casada con Pedro del Río.

Los Serrano Vásquez fueron un grupo unido y relevante de Concepción. Siete hermanos. Tres mujeres, de las cuales Carmen fue casada con Pedro Moller, cónsul de Dinamarca; Francisca con el empresario francés Antonio Aninat, y Elena con Juan Benavente. Cuatro hombres, de los cuales Rafael –diputado liberal– se casó con Matilde Vázquez; Emilio con Ismenia Gundelach; Horacio con Rosa Squella, y Manuel, el mayor, con Laura Arrieta. Tenían prosapia, fortuna y conexiones. Su padre Manuel Serrano Galeazo de Alfaro fue heredero de la península de Tumbes en Talcahuano, y su tía abuela Gertrudis Serrano Arrechea fue madre del general Ramón Freire, director supremo de Chile entre 1823 y 1826.

Manuel Serrano nació en Concepción en 1839 y estudió derecho en la Universidad de Chile, donde se recibió de abogado en 1864. Tuvo un bufete en Concepción donde se desempeñó además como político. Integró el Partido Liberal, siendo elegido diputado por Coelemu en 1873 y por Lautaro en 1879, y senador en 1891. Pero más que abogado y político fue agricultor. Eso lo llevó a comprar tierras en La Candelaria, donde construyó una casa de madera –que todavía existe–, bodegas y corrales, en los que inició un criadero de vacunos y caballares que llegó a tener reconocida fama. Posiblemente tomó parte en la iniciativa que promovieron los propietarios de la localidad junto a vecinos de Los Ángeles para trazar un ramal ferroviario de 20 kilómetros entre esa ciudad y la estación de Santa Fe, en el ferrocarril central. El proyecto se inició en 1873 y se concluyó en poco tiempo. Cuatro años más tarde el Estado compró los 20 kilómetros de línea y, posteriormente, la extendió hasta llegar a Santa Bárbara. La construcción del ramal de Santa Fe a Los Ángeles fue expresión del enorme desarrollo agrícola y productivo que alcanzó el sector a partir de entonces, y sus estaciones –Santa Fe, Comunidad Bordeu, Candelaria, El Arrayán y Los Ángeles– estuvieron siempre llenas de productos y viajeros.

Páginas anteriores: Casa de la hacienda La Candelaria, construida entre 1914 y 1920 para Edmundo Bordeu Olivares por un arquitecto francés hoy olvidado.

Manuel Serrano murió en 1895 a los 56 años y dejó viuda a Laura Arrieta Cañas –con quien se había casado en 1869– y huérfanos a Luis, Carmen, Manuel, Laura, Teresa y Marta Serrano Arrieta.

Luis Serrano, el primogénito, nació en 1871 y se recibió de abogado en 1893. Dos años más tarde, tras fallecer su padre, asumió la administración de La Candelaria y logró que los animales criados por la Comunidad Serrano Arrieta –especialmente los vacunos Durham Shorthorn– obtuvieran amplio reconocimiento en las ferias del país. Con posterioridad a su desempeño como agricultor tuvo una exitosa carrera política: diputado desde 1910 a 1924 representando al Partido Radical, y en 1918 tuvo el cargo de ministro de Obras Públicas. Casado con Laura Infante, no tuvo hijos. Su hermano Manuel fue también político radical y diputado, de 1921 a 1924. De sus hermanas, Carmela Serrano se casó con Ricardo Cabieses; Laura con Pedro Rivas Vicuña, escritor, diplomático, diputado, ministro e intendente; y Marta con Alois Flesh de Boos, ministro plenipotenciario de Austria en Chile durante el Centenario.

En 1908 falleció doña Laura Arrieta viuda de Serrano y sus hijos procedieron a dividir sus bienes, La Candelaria entre ellos. Se fijó fecha de remate para ese predio, que se realizó, finalmente, en mayo de 1909. Estuvieron presentes el compromisario de la sucesión, Vicente Santa Cruz, y los herederos Manuel y Luis Serrano Arrieta, por sí y por su hermana Laura, de viaje en Europa. Hizo la postura más alta Edmundo Bordeu Olivares y se adjudicó la propiedad en $86.000, valor más bajo que el que hizo la Caja de Crédito Hipotecario cuando la comunidad Serrano Arrieta contrató un préstamo que gravó el fundo. Meses más tarde, Pedro Rivas, marido de Laura Serrano, inició un juicio para anular el remate, alegando, entre otras cosas, que no se colocaron los reglamentarios letreros y avisos de venta. El juicio entre Rivas y Bordeu, representados por sus abogados Luis Claro Solar y Ruperto Álamos, se alargó por años. Solo en 1913 los Tribunales fallaron a favor de este último, considerando inaceptable la demanda de nulidad fundada en vicios o defectos del procedimiento que no se reclamaron en su oportunidad, más aún, con un proceso de subasta aprobado expresamente por el compromisario y por todos los interesados, entre ellos el mandatario del demandante, de quien tenía poder suficiente para rechazarlo.

El nuevo propietario de La Candelaria, Edmundo Bordeu, nacido en Concepción, era hijo del francés Edmond Bordeu Dumont, oriundo de Izeste, Altos Pirineos, y de Jerónima Olivares Rodríguez, nacida en Concepción y descendiente de antiguas familias de esa ciudad. Cinco fueron los hermanos Bordeu Olivares: Theophile, Claudina casada con su primo Abel Gómez Olivares, Edmundo, Noemí casada con Alberto Moller Serrano, y Eugenio, casado con Corina De la Maza Lavandero.

Edmundo se inició trabajando en la curtiembre que creó su padre en 1855 y pronto incursionó en negocios bancarios y de inversiones, en los que asesoró a sus numerosas relaciones, especialmente a los miembros de la colonia francesa, muy importante en la región. Hombre sociable, amistoso, fue presidente del Club de Concepción, socio fundador del Hipódromo en 1898 y más tarde de socio fundador del Club Hípico de Concepción, en 1914. Fundador –con otros– de la Primera Compañía de Bomberos de Concepción, institución a la que dedicó mucho tiempo y entusiasmo. Con posterioridad a la adquisición de La Candelaria se incorporó a la Sociedad Nacional de Agricultura y a la Sociedad Agrícola del Sur, donde fue elegido presidente en 1910. Agricultor destacado, fue reconocido por la calidad de los criaderos y productos de La Candelaria, fundo de 2.200 hectáreas en el que realizó importantes mejoras de regadío e infraestructura. Entre las más importantes estuvo la construcción de la casa, enorme edificio de estilo Beaux Arts realizado por un arquitecto francés cuyo nombre se ha olvidado. Construida sobre un alto zócalo que permite una lograda visión sobre el parque que la rodea –y adicionalmente ayuda a evitar la humedad–, tiene una imponente fachada con acceso al eje, al que se accede por una lograda escalinata imperial que abraza una terraza curva. La distribución interior se ordena en torno a un hall central octogonal iluminado desde la altura por ventanas ovaladas. Los salones, comedor y dormitorios principales se comunican con el hall, lo mismo que dos pabellones interiores donde se desarrolla el sector de servicio y los dormitorios de la familia. La construcción se inició en 1914 y se finalizó en 1920, con ladrillos fabricados en el fundo provenientes del potrero que hasta hoy se conoce como "El Gabacho", en memoria del arquitecto. Originalmente tuvo tejuelas de alerce que fueron reemplazadas por tejas de cemento y, con posterioridad a 1980, por pizarreño negro. Sufrió severos daños en los terremotos de 1939 y 1960 pero muy especialmente en el terremoto de 2010, que obligó a restaurarla completamente.

Edmundo Bordeu se casó en 1889 con Clara Alemparte Quiroga, hija del abogado y magistrado de Concepción, Juan Alemparte Uribe, fundador del Banco Hipotecario Agrícola y director de Alemparte y Compañía. Nieta del célebre José Antonio Alemparte Vial, destacado patriota, intendente de Concepción en 1832, partidario del general José María de la Cruz durante la revolución de 1851, y exitoso empresario del carbón, tarea en que le secundó su hijo Juan.

Solo hubo dos hijos Bordeu Alemparte: Edmundo y Carlos, nacidos respectivamente en 1892 y 1895. Su padre les propuso en vida repartir La Candelaria, eligiendo Edmundo la hijuela de las casas y bodegas, al poniente, y Carlos la hijuela de Virquenco, más extensa, pero sin ninguna construcción, al oriente. La división física de la antigua hacienda se produjo después de la muerte de don Edmundo, en 1938.

Edmundo Bordeu Alemparte se casó en 1914 con María Teresa Plate Dittborn y fueron padres de 6 hijos, los hermanos Edmundo, María Teresa, Jorge, Cecilia y Patricia –casados respectivamente con Carmen Schwarze, Osvaldo Varas, Gabriela Urrejola, Julio Fabres y Sergio Nordenflycht– y Odette Bordeu Plate, que murió siendo niña. Todos ellos pasaron su infancia y juventud en la casa de La Candelaria.

A la muerte de Edmundo Bordeu Alemparte, en 1962, la casa se mantuvo en comunidad entre sus hijos, quienes debieron enfrentar la expropiación del fundo durante la Reforma Agraria. En la actualidad, la casa de La Candelaria está en manos de la Sucesión Edmundo Bordeu Plate, que asumió el complejo desafío de recuperar el casi centenario edificio después del terremoto de 2010. Luego de años de trabajo, la casa de La Candelaria acoge nuevamente a la familia Bordeu, cuya quinta generación se reúne en el mismo comedor que presidieron lo abuelos fundadores, don Edmundo y misia Clara. H.R.

Hall central de la casa con el escritorio de trabajo de misia Clara Alemparte de Bordeu.

Sobre la chimenea del comedor, retrato del francés Edmundo Bordeu llegado a Chile hacia 1850 y fundador de la familia.

Comedor con sus muebles originales.

Las llamadas Caballerizas Chilenas, destinadas a los caballos de trabajo, para diferenciarlas de las Caballerizas Inglesas, de los caballos de carrera.

Páginas siguientes: El potro "Alfion" del nuevo Criadero Candelaria de Biobío, mismo nombre que tuvo el que creó Edmundo Bordeu hace casi un siglo.

VIRQUENCO
LOS ANGELES

Carlos Bordeu Alemparte, hacia 1950.

Página derecha: Imponentes árboles en los caminos del parque que diseñó el paisajista Óscar Praguer,hacia 1937.

Virquenco, "agua fría" en mapudungun, es el nombre de una hermosa laguna al norte de la hacienda La Candelaria, en Los Ángeles, fértil territorio agrícola regado con las aguas del río Laja y situado entre el estero de Quilque y el río Biobío en la llamada Isla de La Laja, donde se desarrollaron importantes sucesos a partir del siglo XVII.

Hacia 1800 La Candelaria pertenecía al peninsular Lorenzo de la Maza, coronel de milicias y vecino de la ciudad Los Ángeles, donde falleció en 1833. Heredó esas tierras su primogénito José María de la Maza y luego de su fallecimiento se dividieron entre la viuda Clorinda Riquelme y sus hijos. En 1872 uno o más de ellos vendieron parte de La Candelaria a Manuel Serrano, vecino de Concepción y exitoso agricultor que, a poco andar, logró excelentes cosechas y resultados, especialmente con un criadero de vacunos y caballares de fina sangre que pronto adquirió prestigio en todas las ferias del país.

La prematura muerte de Manuel Serrano en 1895 obligó a su hijo Luis a asumir la administración de La Candelaria que, a partir de entonces, perteneció a la Comunidad Serrano Arrieta integrada por la viuda Luisa Arrieta y sus seis hijos. Dos años más tarde, el no pago de contribuciones –entre otras cosas– motivó el remate del fundo. Lo adquirió Edmundo Bordeu Olivares lo que dio origen a un reñido litigio entre éste y la Comunidad Serrano, en el que participaron abogados destacados como Ramón Navarro Ocampo y Luis Claro Solar. Finalmente, en 1904 La Candelaria quedó inscrita a nombre de Edmundo Bordeu.

Don Edmundo era un prestigioso empresario de 41 años que administró exitosamente el campo y participó en la construcción de un canal que utilizó las aguas del río Laja para regar miles de hectáreas al poniente de Los Ángeles, incluyendo La Candelaria. Esta hacienda fue su gran realización. La apotreró y empastó, dando continuidad a la crianza de animales de raza que habían comenzado los Serrano. Inició nuevos cultivos, construyó casas, bodegas y corrales, plantó innumerables árboles de ornato en avenidas y bosques e hizo de La Candelaria un modelo de producción y belleza.

Antes de morir llamó a sus hijos Carlos y Edmundo y les ofreció el sector que prefirieran de la hacienda. Edmundo, el mayor, eligió la hijuela de las casas y Carlos pidió la que no tenía construcciones ni mejoras pero abarcaba más tierras.

Carlos Bordeu Alemparte había nacido en Concepción en 1895 donde estudió, antes de seguir la carrera de Derecho en la Universidad de Chile, en Santiago, donde se tituló en 1918. Trabajó de abogado en Valparaíso y en 1921 se trasladó a Concepción, donde fue secretario del Juzgado de Letras. Paralelamente desarrolló trabajos agrícolas, arrendando tierras y asociado con su padre. Tempranamente integró la Sociedad Agrícola del Sur y la Sociedad Nacional de Agricultura, y en 1922 fue electo presidente de la recién creada Cooperativa Frutícola de Angol. Administró La Candelaria donde innovó cultivos, mejoró la lechería, amplió los huertos frutales y desarrolló un acabado conocimiento de los árboles. Por su experiencia fue designado consejero de la Caja de Crédito Agrario y de la Caja Nacional de Ahorro. Fallecido su padre, continuó administrando La Candelaria, entonces de Bordeu Hermanos, hasta su división.

Recibió una hijuela de 1.450 hectáreas a la que puso por nombre Virquenco, por la hermosa laguna que contenía y donde inicialmente pensó construir su casa. Una reflexión posterior le hizo preferir un sector más protegido, amparado por maitenes y pinos que detenían el viento.

Antes de llamar a un arquitecto llamó a un paisajista. Contrató a Óscar Prager para que le diseñara un parque y propusiera un programa de plantaciones durante los inviernos de 1937 y 1938. Prager, de familia austríaca había nacido en Alemania y se educó en Inglaterra. Trabajó en California de 1903 a 1914 y regresó a su patria para luchar en la Primera Guerra Mundial. Posteriormente no se le permitió regresar a Estados Unidos, por lo que desde 1920 trabajó en Buenos Aires, hasta que Alberto Mackenna, intendente de Santiago, lo contrató en 1925 para que proyectara los jardines del cerro San Cristóbal. A partir de entonces hizo numerosos jardines en Santiago y en provincias, y los arquitectos de mayor prestigio lo incorporaron en sus proyectos. En 1933 se le encargó el parque Providencia y en 1937 los nuevos jardines del cerro Santa Lucía. Era un profesional destacado cuando se le encargó Virquenco, parque de cuatro hectáreas que tuvo la ventaja adicional de estar próximo al criadero de árboles El Vergel. El Vergel, en Angol, fue creación de Manuel Bunster Villagra y desde 1919 propiedad de la Iglesia Metodista, donde trabajó el destacado agrónomo y naturalista Dillman Bullock. Sus variedades de coníferas y de árboles ornamentales eran el sueño de cualquier paisajista, por lo que Prager no escatimó creatividad en su propuesta e hizo logradas composiciones de coníferas, árboles europeos y árboles nativos, en los que combinó y alternó alturas, formas y colorido que eligió magistralmente. Hasta hoy, los Acer plantados por Prager en Virquenco son un verdadero monumento.

Encargado el parque, don Carlos llamó a su amigo el arquitecto Samuel Eyzaguirre para que diseñara la casa. Don Samuel, nacido en 1904, había estudiado en la Universidad Católica en Santiago y una vez titulado trabajó con Alberto y Carlos Cruz Montt, y fue director de obras del municipio de Conchalí hasta que se independizó hacia 1930. Diseñó casas para los nuevos barrios de

Página izquierda: Colección de sombreros en el vestíbulo de la casa.

Páginas anteriores: La casa del fundo Virquenco, proyectada por el arquitecto Samuel Eyzaguirre para don Carlos Bordeu Alemparte en 1938.

Santiago, todas de estilo, en las que alcanzó un logrado nivel de detalle, proporción y oficio. Su oficina era su casa, en la calle Sazie, donde dibujó el proyecto de Virquenco en estilo francés, con dos pisos, techos a dos aguas y altas chimeneas. No fue la única obra que realizó en la zona. Hizo casas de campo en Traiguén y Victoria, y más al norte, en Zemita, para la familia Rivas. Con posterioridad a 1939 diseñó numerosas obras para Chillán y sus alrededores, la mayoría pro bono.

> "Como arquitecto –escribe su hija Cecilia– fue uno de los mejores de su época y construyó cientos de casas y edificios. Tenía esa cosa innata de captar la belleza, de intuir la proporción y distribuir los espacios. Riguroso en el estudio de los estilos, le interesaba que la casa fuera un testimonio de ellos, pero que además de linda y bien construida, fuera un lugar acogedor para vivir. Conversaba mucho con cada cliente para compenetrarse de sus intereses y estilo de vida, a fin de reflejar eso en la arquitectura".

Mientras avanzaba la plantación del parque y la construcción de la casa, Carlos Bordeu se instaló en el fundo Marimón, en Negrete, donde estaba cuando se produjo el terremoto de Chillán, el año 39. Se trasladó a la casa nueva de Virquenco sólo cuando se concluyeron las viviendas de sus trabajadores, construidas con la misma materialidad y cuidado que la suya.

Parte del carácter de la casa de Virquenco se debió a la mujer de don Carlos, Laura Soto Bunster, que trasmitió su personalidad y buen gusto. La decisión de los colores, mobiliario, cortinas y objetos de decoración –morteros, vasijas, petacas– eran temas en los que se movía como pez en el agua, combinando sabiamente refinamiento y sencillez. Misia Laura era hija de Emilia Bunster Villagra, nacida en Mulchén y casada en Angol con el sargento mayor –luego general– José Antonio Soto Salas, oriundo de El Olivar, en Rancagua, y sobrino del obispo José Hipólito Salas. Fue la menor de nueve hermanos bulliciosos y alegres, nietos de José Bunster, "el Rey del trigo", casado primero con Lucinda Villagra, su abuela, y viudo de ella, ya millonario, se volvió a casar con Ester de la Maza. El abuelo famoso murió en 1903, cuando Laura era una niña.

Virquenco tuvo piscina –la primera de la zona– y capilla, diseñada por el arquitecto Juan Vilugrón y decorada con murales de Carlos Castro, que representó a todos los ocupantes de la casa, tanto familia como empleados. La casa nueva se convirtió en un lugar muy concurrido y animado, a pesar de estar a 22 kilómetros de Los Ángeles, por malos caminos. No solo el parque, la arquitectura, la lograda decoración o la amistosa disposición de los dueños de casa eran atractivos para ir a Virquenco. Estaban sus hijas, las Bordeu, jóvenes, alegres y buenamozas: Carmen, la mayor, casada con Luis Bianchi; Mónica, la segunda, mujer de Jaime Concha, y Gabriela, la tercera, casada con Raúl Valdivieso y después con Carlos Prat. Fernando, el menor, era entonces un niño chico.

La casa dio origen a nuevas tradiciones. Las misiones, el dieciocho de septiembre y la Navidad. En los tres casos el escenario era el parque y el público la familia y los trabajadores, más la presencia del padre Antonio, un capuchino de Los Ángeles que, con gran entusiasmo, bendecía matrimonios, bautizos y primeras comuniones.

Los sucesos políticos de la década de 1960 afectaron la productividad de Virquenco. Carlos Bordeu, ya viejo, tuvo que luchar por mantener la economía y el fundo, donde se sucedieron varios administradores y no siempre se pudieron hacer las reparaciones y mantenciones que casa y parque requerían con urgencia. A pesar de los esfuerzos, el fundo fue finalmente expropiado en 1971. Un año después falleció don Carlos. Su viuda e hijas se hicieron cargo de una reserva de 80 hectáreas, que incluyó la casa. Después de algunos años, en 1977, vendieron esa propiedad a su sobrino Víctor Moller Schiavetti, hijo de Victor Moller Bordeu, primo hermano y amigo de Carlos Bordeu.

Víctor Moller era un joven empresario que había crecido en Vaquería, el fundo de su familia al sur del Biobío, y estudiado agronomía en la Universidad de Oregon, Estados Unidos. Conocía Virquenco desde la infancia. Eran parte de su historia familiar. Su abuela Noemí Bordeu era hermana de Edmundo, quien compró Candelaria a los hijos de Manuel Serrano. Su abuelo Alberto Moller Serrano era sobrino de Manuel y primo hermano de sus hijos. De alguna manera, en Víctor Moller se fusionaban las dos vertientes de una misma tierra.

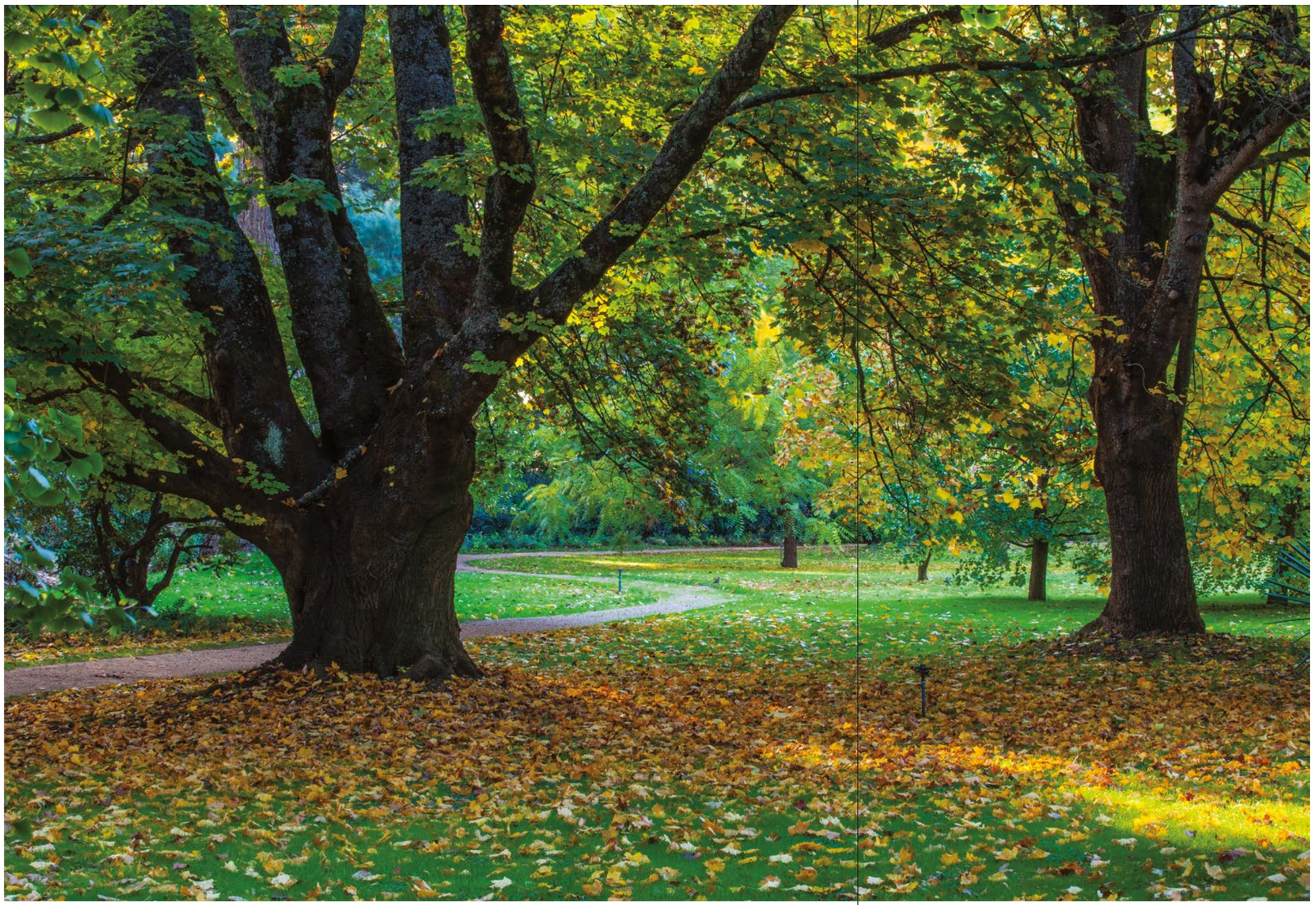
Su desafío era reiniciar la agricultura, reinventar una producción. En 1983 creó en Virquenco la empresa Hortifrut y la dedicó a la producción de berries. Un año más tarde exportó berries a Estados Unidos y poco después a Europa y Asia, expandiendo el concepto a frutos como moras, arándanos, frambuesas y zarzaparrillas. Hoy Virquenco es un extenso centro de producción al que están afiliados muchos otros exportadores.

Ana María Opazo de Moller, su mujer, se preocupó de llevar adelante la reparación de la casa y la restauración de sus muebles, siendo un trabajo mayor el que llevó a cabo en el parque, donde no solo retiró renuevos y árboles envejecidos para recuperar los espacios originales del proyecto de Prager, sino porque lo amplió con nuevos sectores donde inició la crianza de aves chilenas, gamos y ciervos.

La atención de los huertos hace que la casa de Virquenco esté permanentemente ocupada por la familia, que goza durante todo el año del espectáculo que les regala el parque. H.R.

Salón de Virquenco.

Páginas siguientes: Espejo de agua y esculturas en el parque de Virquenco.



Acer platanoide en el parque de Praguer.

Páginas siguientes: Criadero de ciervos en el bosque, contiguo al parque de Virquenco.

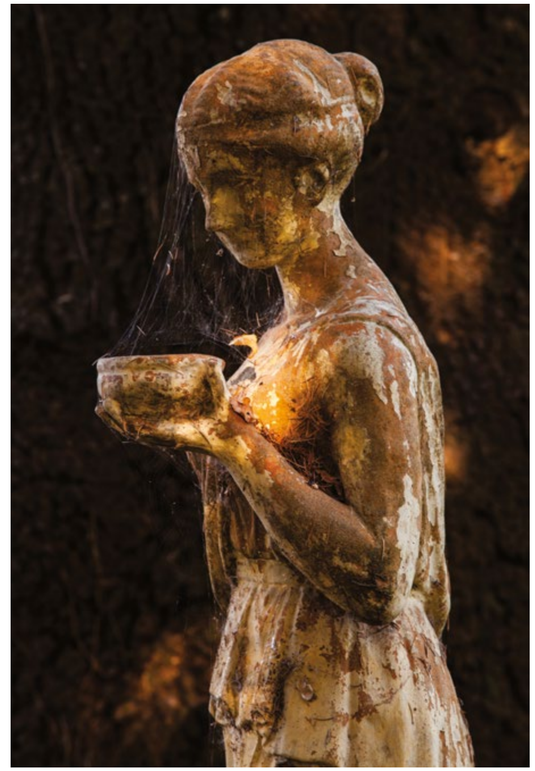


Figura de diosa romana.

CORCOVADO
SANTA BÁRBARA

Parva de paja durante una faena de trilla. Campos de Biobío, hacia 1940. Colección Museo Histórico Nacional.

Página derecha: Puerta de la llamada Bodega Nueva, construida a fines del siglo XIX.

Después del alzamiento indígena de 1720, las autoridades españolas trasladaron los fuertes, bastiones y plazas fortificadas al lado norte del Biobío, río que se estableció como frontera entre dos territorios. En la costa, en cambio, se mantuvo la plaza de Arauco y otros fortines al sur del Biobío, como Colcura, donde se emplazaría más tarde la carbonífera de Lota. Como consecuencia de esta política defensiva, llevada a cabo bajo el gobierno de Manuel de Amat, se levantó en 1756 el fuerte de Santa Bárbara, bautizado con ese nombre en honor de la reina de España, doña Bárbara de Braganza, esposa de Fernando VI.

En el entorno de las murallas de Santa Bárbara los soldados cultivaban chacras y criaban ganado, en terrenos que primero arrendaron y luego compraron a los caciques del lugar. Después de la Independencia y de la Guerra a Muerte, este proceso de compra de tierras se acentuó en toda la Isla de La Laja y preocupó a las autoridades de la capital que, en 1852, crearon la Provincia de Arauco y dictaron las primeras leyes para controlar las ventas irregulares. Con todo, las transacciones continuaron y cuando el Fisco remató en Santiago terrenos agrícolas en esa área, no mayores de 55 hectáreas, algunos empresarios enriquecidos en las minas compraron parcelas contiguas, hasta formar grandes haciendas.

Desde inicios del siglo XIX la familia Rioseco mantuvo en su poder el fundo Corcovado, en Santa Bárbara, provincia de Biobío. El fundador de esa familia en Chile fue don Miguel Rioseco y Barranco, nacido en 1693 en Torre de Blacos, Soria, Castilla la Vieja, y llegado a América en 1720. Fue factor de la Real Hacienda y maestre de campo, avecindándose en Concepción, ciudad donde se casó con María Magdalena de Espinoza y falleció, después de 1778. De sus hijos, Gregorio Rioseco Espinoza se estableció y formó familia en Chillán, y su hermano Manuel Rioseco Espinoza fue propietario en Rere y vecino de Concepción, donde se casó con Isabel San Cristóbal Sotomayor. Fueron padres de Mercedes, Luisa, Magdalena, Pastora, José María, Manuel y Juan de Dios Rioseco San Cristóbal, la mayoría de ellos propietarios rurales en la subdelegación de Santa Bárbara. Manuel también fue padre de algunos hijos naturales como Teresa, Eugenio y Agustín Rioseco, este último hijo de Josefa Fernández de Luna, la que testó en Concepción en 1811.

Agustín Rioseco Fernández es quien primero se vinculó a las tierras de Corcovado. Casado con Micaela Gómez, fue padre de Juan de Dios, Fermín, Isabel, José Manuel y Mercedes Rioseco Gómez y, posiblemente, de otros hijos naturales. Luego de su muerte en 1840 su viuda e hijos vendieron tierras que habían sido suyas en Villucura y Santa Bárbara. En 1853 los hermanos Rioseco Gómez vendieron el fundo Corcovado –heredad de su padre– a su pariente don Domingo Rioseco, probablemente medio hermano, nacido en 1808 y propietario en el lugar. Entonces Corcovado limitaba al norte con los Rioseco Gómez, al sur con terrenos fiscales vacantes, al poniente con la vertiente Candelario y de ahí en línea recta hasta la vertiente del Puelche, y al oriente llegaba hasta el paso de Las Raíces.

Domingo Rioseco siguió comprando tierras en el sector. En 1867 adquirió el fundo Alcalada a los hermanos Rioseco Gómez y una viña, contigua a su propiedad, a Vicente Mellado. Era un próspero hacendado en Corcovado donde, año a año, fue desmontando laderas cubiertas con bosques para sembrar generosos potreros de trigo. Casado hacia 1830 con María Isabel Machuca construyó en Corcovado una sencilla casa de madera, pero enormes, espléndidos graneros donde guardaba el trigo a granel. Don Domingo vivió toda su vida en esa hacienda, dedicado a producir trigo y a cultivar su viña, en terrenos que fue conquistando a impenetrables bosques de robles y laureles. Viudo, con 70 años de edad y viviendo en Corcovado, testó en julio de 1879, siendo testigos sus amigos Diego Recabarren, José Antonio Badilla y José Santos 2do Barriga, vecinos connotados del departamento de La Laja. En ese documento expresó su voluntad de legar a su hijo Eleuterio, el mayor, la hijuela con las casas y bodegas de Corcovado, dejando a sus otros dos hijos, Juan Fermín y Gaspar extensas hijuelas de tierra en el mismo fundo.

Don Domingo alcanzó a vivir hasta 1897, cuando su hijo Eleuterio se encontraba establecido en Collipulli y Gaspar vivía en Santiago, de donde no regresó. Solo Juan Fermín permanecía en Corcovado, donde atendía a su padre y daba continuidad a los trabajos del campo. También se preocupaba de los hijos naturales de Eleuterio, que falleció en 1907. Fue quien heredó, finalmente, los fundos Corcovado, Alcalada, Candelario, Coigüe y La Viña, todos contiguos.

Juan Fermín Rioseco Machuca compró terrenos y parcelas para incrementar Corcovado hasta convertirlo en una gran hacienda. Adquirió tierras en Cuñibal, lugar donde hubo una estación de igual nombre cuando se hizo el ferrocarril de Los Ángeles a Santa Bárbara. Compró a Miguel Monsalve el fundo Peñaflor en 1897 y, el mismo año, completó su propiedad de Candelario. A partir de 1901 compró más tierras vecinas, a José Lizardo Salamanca, a las familias Gangas y Pulgar, y en 1918 la extensa hijuela de los Mayos Chicos, a Laura Zañartu viuda de Echaurren.

Juan Fermín continuó ampliando y renovando las construcciones que, 30 años antes, había iniciado su padre en Corcovado. Amplió o construyó íntegramente una nueva casa patronal, de madera y tejas, siguiendo el estilo

Páginas anteriores: Bodega Vieja de Corcovado construida por Domingo Rioseco hacia 1830.

Página derecha: Pasillo de la Bodega Nueva.

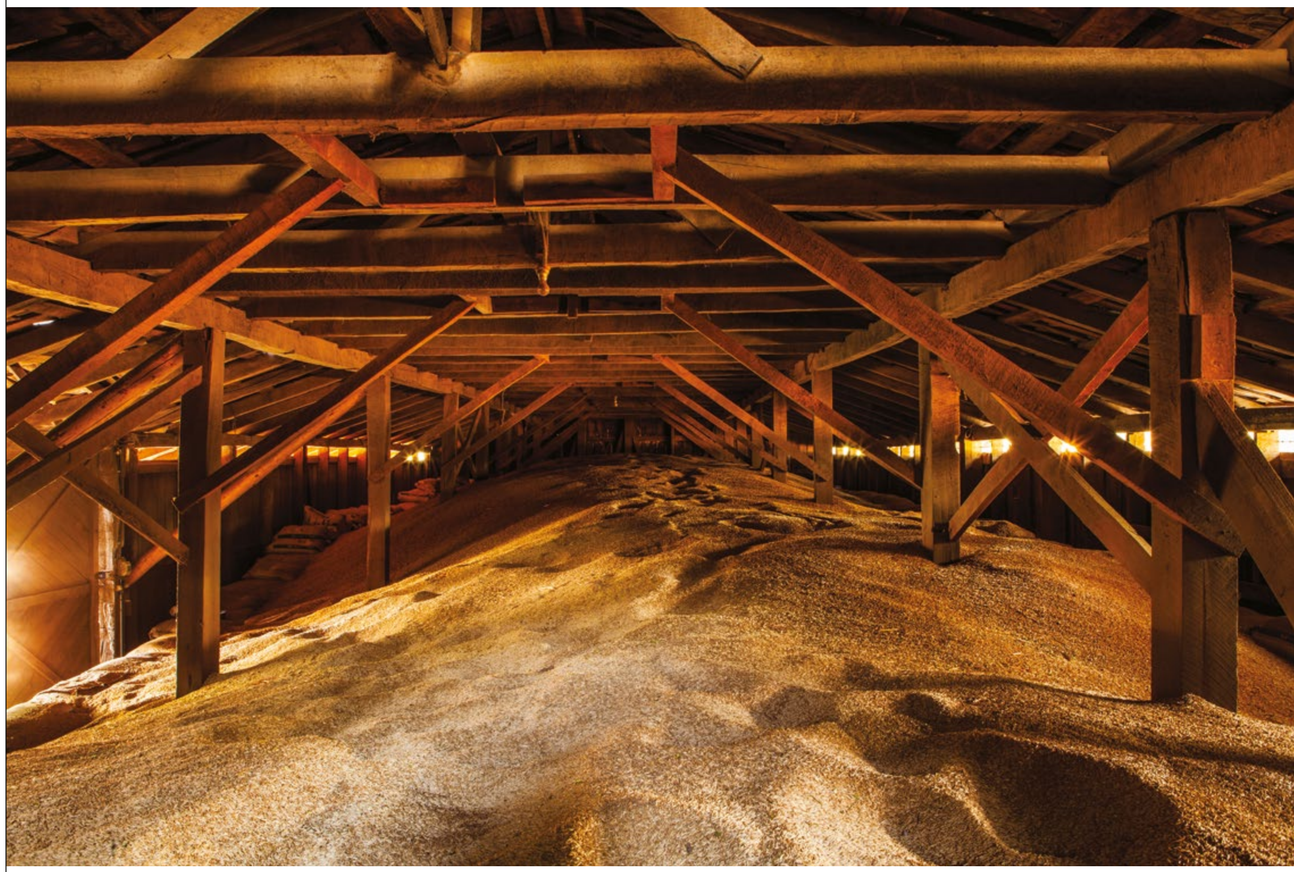
tradicional de las casas rurales, con un cañón de piezas flanqueadas con corredores porticados, pero con características propias de la arquitectura de la Frontera; esto es, muros tinglados de madera y ventanas de guillotina, tras gruesos barrotes de fierro. Lo mismo sucedió con las grandes bodegas de madera que se ordenaron en torno a una explanada o plaza central, presidida por la casa. A un lado quedó la bodega de don Domingo, y al otro la de don Fermín. El conjunto de Corcovado representa un ejemplo notable de la arquitectura rural y utilitaria de la Frontera durante el siglo XIX, todavía en uso.

Única hija de Juan Fermín Rioseco fue Emelina Rioseco Bascur, casada con Cristián Rioseco Vergara, su lejano pariente. Había nacido en Los Ángeles en 1875, hijo de Wenceslao Rioseco Mardones y de Mercedes Vergara, y nieto de José Manuel Rioseco Gómez, uno de los herederos de Corcovado en 1840. Don Juan Fermín falleció en 1927, dos años después que transfirió a su hija Emelina los fundos Corcovado, Los Mayos Chicos y El Coigüe con más de 2.200 hectáreas, y traspasó a su yerno Cristián Rioseco los fundos San Juan y San Ramón, con 800 hectáreas más. Además de estas propiedades, Emelina heredó de su padre tres casas en Los Ángeles, una casa-quinta en la colonia de Humán y el fundo Cuñibal. Se agregó a lo anterior la compra del fundo Isla de Arilahuen que compró su marido Cristián Rioseco a Inés Zañartu viuda de Subercaseaux.

Cristián Rioseco había estudiado un año de leyes en la Universidad de Chile, pero regresó a Los Ángeles donde tuvo figuración pública como regidor de la comuna de Santa Bárbara y miembro de la mayoría de las instituciones sociales y benéficas de la región. Tuvo, además, patrimonio propio. Heredó de su padre en 1901 la hijuela San Manuel de Villucura, llamada posteriormente Palería, y ocho años más tarde compró a su madre y a sus hermanos las otras hijuelas de ese fundo. Tuvo también importantes bienes urbanos en Los Ángeles, además de los fundos San Juan y Las Higueras. Pero la propiedad más relevante de Cristián y Emelina Rioseco era Corcovado. Hacia 1942 esa hacienda tenía más de 3.000 hectáreas de extensión y contaba con una importante producción de trigo, otra no menor de crianza de ovejas, e incontables laderas y quebradas cubiertas con monte virgen.

Doña Emelina tenía el control de la casa y las bodegas de Corcovado y seguía de cerca todos sus movimientos. Como el acontecimiento de la trilla, cuando el patio de la hacienda se hacía estrecho para contener los cientos de carretas que traían el trigo a cosecharse y luego se llevaba, ensacado y sobre los hombros, a las bodegas del abuelo. Trabajo incesante, de día y noche. Los niños de la casa no podían dormir escuchando el transitar de las carretas, las voces de los carreteros y los mugidos de los bueyes.

En 1950 todas las propiedades de Cristián y Emelina fueron transferidas a su hijo Enrique Rioseco Rioseco, destacado agricultor, casado con Elba Muñoz Segura. Luego de algunos cambios posteriores, el actual dueño de Corcovado es Cristián Rioseco Muñoz, nieto de Cristián Rioseco Vergara y de misia Emelina Rioseco de Rioseco, casado con Paz Barrera. Sus hijos, amantes de Corcovado, representan la sexta generación desde que don Domingo Rioseco se afincara en esas tierras. V.M. / H.R.



Interior dela Bodega Vieja con el trigo guardado a granel.

Fachada de la casa de Corcovado, construida para Juan Fermín Rioseco Machuca en la segunda mitad del siglo XIX.

Jardines de Corcovado, desde la puerta de la Bodega Vieja.

Páginas siguientes: Quebrada de Corcovado, a un costado de la casa y las bodegas.

QUILACO

QUILACO

La casa de las señoritas Tirapegui en Quilaco, tal como la adquirió Manuel Solar. Fotografía de Manuel Solar, hacia 1970.

Página derecha: Caballos y jinetes junto a la casa de Quilaco.

Quilaco o "unión de tres aguas" en mapudungun, es una localidad boscosa y umbría situada en la ribera sur de la confluencia de los ríos Biobío y Lirquén. En ese paraje, en diciembre de 1760, el franciscano español fray Juan Matud, natural de Zaragoza, fundó una misión que dedicó a la Purísima Concepción de María. Nada preveía entonces que, en las primeras décadas del siglo XIX, el territorio de la misión de Quilaco iba a ser escenario de sangrientos combates, entre los seguidores del Rey y los de la República, en el triste período de la llamada Guerra a Muerte.

En las inmediaciones de Quilaco vivieron durante meses muchas familias de la aristocracia de Concepción, que abandonaron la ciudad por temor a los patriotas y buscaron amparo en el interior del territorio, en el fuerte de Santa Bárbara, situado en una meseta elevada en la ribera norte del Biobío. Luego, movidas por el pánico ante las avanzadas del Ejército chileno, cruzaron al sur del río y se refugiaron en los bosques de Quilaco y Quilapalo, bajo la protección de los capitanes españoles Antonio Bocardo y Vicente de Elizondo, que allí tenían su cuartel general, o un poco más al poniente, a orillas del estero Pile, donde los protegía el lenguaraz Rafael Burgos. Incluso algunas familias se instalaron en las riberas del río Bureo, en las posesiones del cacique Francisco Mariluán, el más importante jefe indígena aliado de los realistas.

Según los testimonios de quienes vivieron esos años, entre los "emigrados" –llamados así a imitación de la nobleza francesa que se refugió en Inglaterra durante la Revolución– había frailes fanáticos que los arengaban para que mantuvieran su actitud y vivieran errantes, bajo la protección de las armas realistas. Según Claudio Gay, solo entre Quilaco y Huinquén se asilaron setecientas familias, que sumaban unas 4.000 personas. Hubo más de 10.000 emigrados. Después de la derrota de las fuerzas del Rey en Quilapalo, los emigrados pactaron buenas condiciones para firmar la paz y volver a Concepción, donde recuperaron bienes, estatus social y bienestar.

Sin embargo, en abril de 1822, después de la rendición del capitán Bocardo, su compañero, el coronel Juan Manuel de Pico, cruzó el Biobío frente a Santa Bárbara y se instaló en la ribera del estero Pile, donde sus fuerzas fueron atacadas por las huestes republicanas de Clemente Lantaño y Manuel Bulnes, que finalmente vencieron a los defensores del Rey. Llevando cautivo a Pico, Bulnes se adentró en el territorio hasta alcanzar las tierras del cacique Mariluán, amigo y compadre del coronel español prisionero. Su amistad, sin embargo, no logró evitar que tres hombres lo asesinaran en su propio campamento. Mariluán era inteligente y conocía el arte militar. Por ello se dio cuenta que las posibilidades de triunfar eran remotas, sin municiones, armas ni hombres, y sin recibir ayuda del Perú o de España. Eso lo decidió a aceptar la paz que le ofrecieron los patriotas en 1825, acuerdo que favoreció a todos los que hasta entonces habían defendido la causa de la Corona.

La atractiva y fuerte personalidad de este caudillo inspiró a Alberto Blest Gana para escribir su novela *Mariluán*, publicada por episodios en 1862, junto con *Martín Rivas*. Quedó, sin embargo, en el olvido tras el éxito abrumador de este último título, donde describió la naciente clase media chilena, la primera novela de este tipo que se escribía en América del Sur al estilo de la gran "comedia humana" de Honorato de Balzac, a quien Blest Gana admiraba y quería asemejarse.

La paz de Mariluán puso fin a las continuas guerrillas y permanente robo de ganado en los campos de la Frontera, y dio inicio a un largo período de prosperidad económica y de tranquilidad. Pacificada el área, inversionistas y vecinos empezaron a adquirir tierras al sur del Biobío. Uno de ellos fue el capitán de infantería Domingo Salvo, nacido en Santa Bárbara en 1780, vecino de Los Ángeles al iniciarse la Guerra a Muerte –donde participó– y encargado por el presidente Joaquín Prieto de repoblar su pueblo natal. Declarándose agricultor, compró en Quilaco un retazo de tierra a Naguelan Catalán y Fermín Pichihuante, con los respectivos derechos de dominio, posesión y propiedad. Años después, en diciembre de 1841, vendió ese terreno a don Nicolás Tirapegui, de Concepción. Los límites de Quilaco eran al norte el río Biobío, al sur el estero de Pile, al este las tierras de Quilapalo del vendedor Domingo Salvo y al oeste las tierras de Catalán y Pichihuante, cuya línea divisoria estaba marcada con unas cruces grabadas en los robles. La venta, por 700 pesos, fue reinscrita en Nacimiento en 1860. En 1870 y 1889 la sucesión de Nicolás Tirapegui le pidió a Salvo y luego a la sucesión de Salvo, que aclarara estos límites, que solo entonces, quedaron definitivamente zanjados.

El nuevo propietario de Quilaco, Nicolás Tirapegui Godoy, había nacido en una ilustre familia de Concepción. Su padre Juan de Dios Tirapegui Salas había sido un acaudalado comerciante patriota, lo que le valió ser recluido en la isla Juan Fernández durante la Reconquista y, más tarde, de 1823 a 1835, resultar electo para representar ante el Congreso a los vecinos de Rere, Valdivia y Linares. Su madre Carmen Godoy Ugalde fue cuñada de los distinguidos ciudadanos Joaquín de la Cavareda, José Antonio Campino, y Ventura Lavalle. Nicolás Tirapegui se destacó como dirigente político, fue intendente de Concepción y tuvo un importante desempeño durante la revolución de 1859, en la que formó grupos de guerrilleros en la zona de Arauco. Las fuerzas que reunió fueron derrotadas en la batalla de Maipón, cerca de Chillán y persiguió a los sobrevivientes –don Nicolás entre ellos– el comandante Domingo Salvo, su vecino de Quilaco. Las vueltas de la vida. En 1862 los

Página izquierda: Salita del piano con el busto de don Aurelio Manzano Benavente, antepasado de los dueños de casa.

Páginas anteriores: Casa de Quilaco, construida para don Nicolás Tirapegui Godoy en la década de 1860.

Tribunales de Concepción alzaron el embargo a los bienes de Tirapegui, que se incorporó plenamente a la vida comercial de la provincia. Debió ser entonces, en la década de 1860, que construyó una sencilla pero cómoda casa de madera y tejas en Quilaco, en un faldeo mirando la confluencia de los ríos Biobío y Lirquén. Un rincón bucólico como tranquilo epílogo de una vida pública agitada. Sin embargo, su fin fue dramático. Además de Quilaco, Tirapegui administraba la hacienda Coihueco de la testamentaria de su cuñado Juan José Palacios. Alojando en las casas de Coihueco fue asaltado y asesinado por un grupo de forajidos concertados con un mayordomo del fundo. Lo amarraron a la cama y después que les abrió su caja de caudales lo mataron a hachazos. Los ocho bandidos fueron apresados y condenados a muerte, junto a uno que hizo de reducidor.

Después de la muerte de Nicolás Tirapegui, su fundo Quilaco, de 2.300 cuadras, fue tasado en 33.395 pesos por el agrimensor Aurelio Martínez, quien entre 1878 y 1879 propuso dividir el fundo en cinco hijuelas, para igual número de hermanos Tirapegui Godoy. La N° 1, para Ramón, casado con Julia Monti, con 667 cuadras avaluadas en 6.670 pesos; la N° 2, para los herederos de Ignacio, ya fallecido, con 455 cuadras valoradas en 6.835 pesos; la N° 3 para Pedro Antonio, soltero, con 505 cuadras avaluadas en 6.068 pesos; la N° 4 para María, soltera, con 427 cuadras valoradas en $6.832 pesos; y la N° 5 para Carmen, viuda de Juan José Palacios, con 289 cuadras valoradas en 6.940 pesos, casas incluidas.

Los Tirapegui tenían fortuna. Habían heredado de sus padres muchos y muy valiosos terrenos en Concepción –entre ellas las lagunas de las Tres Pascualas– por lo que, a fines del siglo XIX, los hermanos Pedro Antonio, María y Carmen urbanizaron sus tierras y, cada uno, vendió sobre cien propiedades en Concepción y Talcahuano. Mientras, las viudas de Ramón e Ignacio dividieron sus hijuelas y repartieron esa herencia entre sus hijos.

Ignacio Tirapegui Godoy había dejado joven su Concepción natal para ir a buscar fortuna a las minas de Copiapó, donde obtuvo ganancias y contrajo matrimonio con Antonia Ureta Ossa. Uno de sus hijos, Domingo Tirapegui Ureta, fue un negociante exitoso. Todavía joven –nació en 1841– adquirió terrenos en Quilaco hasta casi rehacer la propiedad original. Compró a sus hermanos Carlos y Carmen y rehizo la hijuela de su padre. En 1879 compró la hijuela de su tía María y en 1900 la de su tía Carmen, con la casa. En 1905 el fundo limitaba al norte con el río Biobío, al sur con los herederos de Ramón Tirapegui, al este con el fundo de Quilapalo de la familia Badilla, y al oeste con terrenos de Antonio del Pino, Juan de Dios Leyton y Rómulo de la Peña.

Don Domingo se había casado en 1869 con Telecira Ramos del Pino, con quien vivió muchos años de feliz matrimonio en su acogedor y sencillo refugio de Quilaco. En 1920, muy mayores ambos, decidieron vender el fundo a su hija Delfina Tirapegui y a su marido José del Carmen del Pino. No obstante, la casa de Quilaco continuó siendo el hogar de sus hijas solteras, Luisa y María Tirapegui Ramos.

Con posterioridad a la muerte de las señoritas Tirapegui y de su hermana Delfina, en 1969 Quilaco pertenecía al doctor Mario del Pino Tirapegui, hijo de esta última y nieto de don Domingo, profesor de la Escuela de Medicina de la Universidad de Concepción. Después de 128 años en manos de la familia Tirapegui, decidió deshacerse de Quilaco. Se lo vendió a su amigo Aurelio Solar Manzano, quien fue su compañero de curso en el colegio de los Padres Franceses de Concepción y desde 1930 asiduo visitante de Quilaco, acompañando a los padres de esa congregación durante las misiones de verano. El fundo tenía 950 hectáreas de bosques de precordillera y la antigua casa que Nicolás Tirapegui construyó antes de su muerte en 1869, donde vivió su hermana Carmen Tirapegui hasta 1900, y luego fue hogar de su sobrino Domingo Tirapegui y su señora hasta la década de 1920, en que pasó a manos de las hermanas María y Delfina Tirapegui de Del Pino.

La casa, estratégicamente situada sobre la cota del canal Biobío Sur, trazado en 1935, tiene una espléndida vista a la meseta de Quilaco y a los ríos Biobío y Lirquén. Está construida con gruesos muros y tijerales de roble pellín, y cubierta con tejas. Tiene forma de L y su fachada está íntegramente porticada, orientada al norte, por donde reciben luz sus ventanas de guillotina, características de las primeras casas de la Frontera. Aurelio Solar, hombre de notable sensibilidad, conservó todos los elementos de la arquitectura original y los realzó con logradas intervenciones, lo mismo que el alhajamiento interior de la casa, donde combinó, acertadamente, antiguo mobiliario de sus ancestros de Concepción junto a sencillos muebles tradicionales que fueron de los Tirapegui. Rosita Montory, su señora, con igual sensibilidad y buen gusto, intervino el entorno donde recreó un huerto y un jardín de flores, no muy distinto del que pudo tener misia Carmen Tirapegui. Ambos convirtieron la casa de Quilaco en un privilegiado lugar de descanso para sus amigos y su hermano Víctor Solar Manzano, director del diario *El Sur* de Concepción y Premio Nacional de Periodismo en 1969. Tras su muerte y a petición suya, su valiosa biblioteca, especializada en la historia de Concepción, se llevó a Quilaco, donde se adecuó un antiguo pabellón para albergarla.

Aurelio Solar falleció en 2013 y desde entonces su viuda y sus cinco hijos, Javier, Francisca, Margarita, Víctor y Manuel Solar Montory, mantienen vivo su recuerdo, conservando cariñosamente la belleza que creó para todos ellos en la mágica casa de Quilaco. V.M.

Página derecha: Comedor con antiguos muebles de la familia.

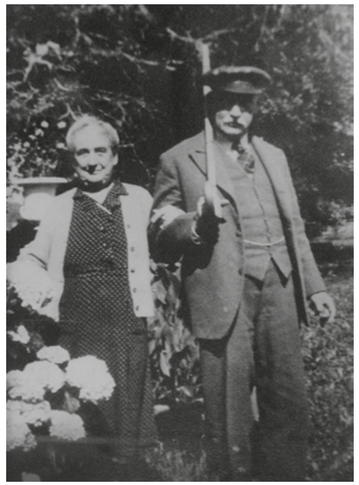
Corredor delantero de la casa con vista al río.

Página izquierda: Sendero en el jardín de flores.

Páginas anteriores: Biblioteca que perteneció a don Víctor Solar Manzano.

Páginas siguientes: El canal Biobío y los verdes potreros donde pastan vacunos frente a la casa de Quilaco.

PICOLTUÉ
MULCHÉN



Enrique Morandé Vicuña y su mujer Sara Campino Palma en los jardines de Picoltué, hacia 1935.

Página derecha: Galería de entrada a la casa.

Picoltué, o "tierras coloradas" en mapudungun, son los amplios llanos cubiertos de pastizales y elevados árboles que se extienden entre los ríos Biobío por el norte y Bureo por el sur. Cerros coronados de bosques milenarios, que lentamente fueron desapareciendo. A la llegada de los españoles, hacia 1550, los bravos moluches, rama de los araucanos, habitaban la zona. Picoltué desde tiempos ancestrales era una de las subdivisiones, junto a Triuquilemu, Coillicuel y Rehuén del Lebo Molchén, actual Mulchén.

Tierras situadas en el corazón de la Frontera, escenario de las guerras de la Independencia y posteriores revoluciones de 1851 y 1859. Los moluches acompañaron a los guerrilleros y jefes realistas –que buscaron refugio al sur de la secular frontera del Biobío– en la guerra fratricida de la emancipación. El lonco Mariluán, jefe de los moluches, era hijo de una cautiva, apoyó a las tropas del Rey junto a Benavides y el conocido montonero José Antonio Zúñiga, que había sido comisario de indígenas y compañero de los hermanos Pincheira en las guerrillas que apoyaron a los realistas en la famosa Guerra a Muerte. Zúñiga se asienta entre los indígenas y les compra extensas tierras en la región de Mulchén, una de las cuales fue la hacienda Picoltué, de alrededor de 6.000 cuadras, a orillas del río Bureo, frente a San Carlos.

Zúñiga era mestizo, hijo del lonco Alcapán de la costa de Chiloé. Se hizo capitán y sargento mayor de los Pincheira. Tiburcio Sánchez, también propietario en esta zona, participó junto a Benavides en la masacre de las fuerzas patriotas, cuando se retiraba de Los Ángeles en septiembre de 1820. En 1843, Zúñiga vendió parte de sus tierras a José Ignacio Palma Barriga, vecino importante de Concepción. Hubo complicaciones judiciales, que se arrastraron durante algunos años, pues dentro de los límites asignados existían los terrenos entre otros de Tiburcio Sánchez y Manuel Riquelme.

Ignacio Palma es el primer dueño –con ciertas interrupciones– de Picoltué que conservan hasta hoy día sus descendientes. Era hijo de Ignacio Palma Plaza de los Reyes y Catalina Barriga y Gaete. Miembro de una antigua familia de conquistadores, su antepasado Pedro Ortiz Palma, originario de Sevilla, fue vecino de Chillán en 1600 y más tarde capitán, había casado con Inés de Arraño Gutiérrez. Palma Barriga fue un activo comerciante y dueño de campos en Rere y Coelemu y, en Coronel tenía importantes minas de carbón. Fue electo diputado por Los Ángeles en el período de 1852-1855. Palma dio un gran impulso a su hacienda de Picoltué, que compartía con su mujer Avelina Rivera Serrano –perteneciente a tradicionales familias de Concepción– y sus hijos Carmen e Ignacio.

En 1851, tal como había sucedido en la Guerra a Muerte, se dividieron los habitantes de la Frontera: unos apoyaron el Gobierno de Montt y otros, entre ellos los de Picoltué, fueron partidarios del general José María de la Cruz, que se oponía al ascenso de Manuel Montt a la Presidencia de la República. El antiguo montonero de los Pincheira, José Antonio Zúñiga, volvió a entrar en acción y junto a Catrileo y Colipí, de gran ascendencia en la Araucanía, fueron los principales cabecillas del general Cruz al sur del Biobío. En este convulsionado período falleció Ignacio Palma y la propiedad del fundo la adquirió su testamentaria.

La viuda, la aguerrida doña Avelina, y sus hijos contaron para administrar Picoltué con la ayuda de su cuñado y tío, el militar Cornelio Saavedra, que, a la sazón, era casado con Dorotea Rivera Serrano, hermana de Avelina. El propio Saavedra, actuando a nombre de su cuñada y sobrinos, liquidó la sociedad agrícola que había existido entre Tiburcio Sánchez e Ignacio Palma. Sánchez, para cumplir con la deuda que tenía con Palma, hipotecó el fundo Quintramal, de 600 cuadras que estaba ubicado al sur del río Biobío. Con el tiempo, Quintramal se incorporó a Picoltué.

Las dificultades de la liquidación de la herencia y la situación conflictiva que vivía la zona, fueron seguramente las razones por las que parte de la hacienda estuvo en posesión de Cornelio Saavedra. Y en 1856 se vendiera una porción a Rafael Sotomayor, intendente de Concepción.

Cornelio Saavedra Rodríguez era hijo del coronel Manuel Saavedra y nieto del prócer de la Independencia de Argentina. Propuso al presidente Manuel Montt un plan para avanzar la frontera al sur del Biobío, hasta el Malleco, pero fue postergado. Posteriormente el presidente Pérez aprobó el plan de Saavedra: quien fundó numerosos fuertes y asistió a diversos parlamentos con los caciques de la Frontera para lograr sus objetivos. Saavedra ejerció, además, diversos cargos públicos: diputado por el Partido Nacional entre los años 1861 y 1873, por los departamentos de San Carlos, Carelmapu, Linares y Nacimiento. Ministro de Guerra y Marina en 1878, y general e inspector general del Ejército 1881-1883.

Cuando estalló la guerra civil de 1859, que encabezaron los sectores liberales en contra de la candidatura de Antonio Varas, nuevamente los montoneros y entre ellos Zúñiga y el lonco Huenul, se unieron a la revolución; fueron prácticamente arrasadas las tierras y propiedades de la zona fronteriza. Cornelio Saavedra, recién nombrado intendente y comandante de armas de Arauco, en febrero de 1859 escribió a su socio Rafael Sotomayor: "Nada te digo de Picoltué pues ya sabes que ha desaparecido, incluso casas, árboles, etc...", en circunstancia que un mes antes le había manifestado, "… Nuestros trabajos en Picoltué avanzan … y en pocos días acabaremos de segar…". Según el historiador Juan Carlos Parentini, un

Página izquierda: Antiguo mueble platero de mediados del siglo XIX.

Páginas anteriores: Fachada de la casa de Picoltué reconstruida por Rafael Campino y Carmen Palma, su mujer, hacia 1900.

gran número de montoneros "una vez sofocada la revolución, se refugian entre los indios y se dedican sistemáticamente a asolar la frontera". Muchos de ellos se convertirán en bandidos, y otros olvidarán sus costumbres y creencias, y tomarán las prácticas de los moluches, entre los cuales formarán su familia.

Mientras tanto, doña Avelina, la viuda de Palma, se casa con el médico Jorge Petit. Y en 1862, adquieren y recuperan sus antiguas tierras de Picoltué o al menos una parte de ellas a Cornelio Saavedra en la cantidad de $48.000. Al morir Jorge Petit, dejó a su viuda la hacienda Picoltué con la condición que se respetara el cuarto de ellas que tenía Cornelio Saavedra. Cuatro años más tarde, doña Avelina adquiere esta parte del fundo a su cuñado y se reconstituye así la antigua hacienda. A la muerte de doña Avelina Rivera, Picoltué se divide en dos hijuelas; la de las casas en el sector oriente la hereda su hija Carmen y la otra Ignacio Palma Rivera y sus hijos Palma Smith. Estos últimos vendieron su parte a personas desvinculadas de la zona.

Carmen Palma había casado con Rafael Campino Landa, quien se hace cargo del campo. Picoltué linda al norte con el río Biobío; al oriente con el camino público que va a Los Boldos; al sur con el río Bureo y al poniente con la hijuela de los herederos de Ignacio Palma. La fisonomía del paisaje ha cambiado, las lomas bajas están desarboladas. A lo largo de los cursos de agua entre árboles autóctonos había manzanares silvestres, cuyos frutos resultaban en ciertos casos bastante amargos. Rafael Campino inicia las plantaciones de manzanas, ya que comprende que las tierras de Mulchén, de suelos arcillosos y un clima propicio, son adecuadas para este cultivo. El auge de los cereales favorece la siembra de grandes extensiones de trigo que se trasladan al molino de Enrique Bunster Bunster y su hermano José, de cinco paradas. Los vecinos regían sus días por el silbato del tren y las campanadas del molino de Bunster.

En los comienzos del siglo XX, Rafael Campino Landa construye las actuales casas de dos pisos de madera con corredores, que más tarde se transformaron en galerías frente al jardín. La galería de abajo tiene una interesante arquería. Gran parte de la fachada se cubre hoy día con la hiedra ampelopsis, que le da un gran atractivo y resplandece desde la primavera hasta el otoño. Desde el interior la vista adquiere una transparencia verde hacia el pequeño parque de cuidado diseño. Al morir doña Carmen tempranamente, y posteriormente su viudo Rafael Campino, heredan la hacienda sus hijas : Ana, que casó con José Luis Lecaros Vicuña, y Sara, con Enrique Morandé Vicuña. Ana queda en Polpaico y Sara es la dueña de Picoltué.

Enrique Morandé junto a su mujer inicia un período de grandes transformaciones y progreso agrícola en Picoltué. Era hijo de don Juan de Dios Morandé Portales y de Dolores Vicuña Mackenna. Representando al Partido Conservador fue diputado por La Victoria y Melipilla 1909-1912, 1912-1915; ministro de Tierras y Colonización en 1932; embajador ante Uruguay 1953-1954 y director y vicepresidente de la Cía. Minera e Industrial de Chile (ex Cía. Carbonífera de Lota y Coronel) desde su fundación y por cerca de 30 años.

Continuaron las siembras de trigo y lentejas que ondeaban en los sinuosos potreros, y se desarrolló el manzanar convirtiéndose en una plantación pionera, cuyos frutos eran de excelente sabor y color. Formó Morandé un criadero de raza fina Durham y su lechería abastecía la zona y la vecina ciudad de Mulchén. Inició un criadero de caballos finos que continuaron sus hijos. Su mujer Sara Campino, emprendedora de gran carácter, gustaba de intervenir en la política zonal, al mismo tiempo que su espíritu religioso la llevaba a organizar las misiones anuales y una catequesis, que se llevaba a cabo en tres lugares diferentes de la hacienda. Hizo colocar a la orilla del camino, frente a la entrada de la hacienda, una hermosa imagen de Cristo crucificado, que guía los pasos del fatigado viajero.

A la muerte de doña Sara Campino el campo constaba de 6.200 hectáreas que se dividen en siete hijuelas, que corresponden a sus siete hijos. Solo dos hijuelas conservan hoy sus descendientes: Quitralman que heredaron los Gana Morandé, hoy de Isabel Gana de Guilisasti y su familia, y la hijuela de las casas que correspondió a los hermanos Morandé Tocornal. Enrique "Pin" y Joaquín, grandes hípicos, continuaron con el criadero de caballos finos, el "Haras de Picoltué", y con orgullo no olvidan las hazañas de "Hualemu" y el "Bólido" en las carreras del Club Hípico. Hoy día las casas de Picoltué están en poder de Joaquín Morandé Tocornal y sus hijos Morandé Reynal, quienes han tecnificado el manzanar y exportan al extranjero variedades de manzanas de gran aceptación e intenso color rojo; desde fines de febrero hasta abril se realiza una febril actividad en torno a la cosecha.

Hay simpáticas anécdotas que evocan de su juventud los nietos de doña Sara: los Gana Morandé, los Morandé Fernández, los Morandé Tocornal, los Reyes Morandé, entre otros. Gran parte de estos recuerdos giran en torno al río Bureo que orilla el lugar con sus abundantes aguas y correntadas. Recorrían en bote sus recodos y miraban el pintoresco panorama de la multitud de embarcaciones que lo surcaban; en un mirador, donde solían ir a bañarse, los más audaces colgaban unos neumáticos de largas cuerdas en un frondoso sauce y tomaban altura para lanzarse al río. Paseos y largas cabalgatas eran frecuentes, como la visita al salto del Rehuén, donde el agua a causa de la altura se transfigura en niebla y el ruido que era de esperarse, en un silencio, que permitía oír las risas, los suspiros y los cantos de los pájaros. T.P.

Comedor con muebles originales de la casa.

El jardín de Picoltué desde la reja del huerto.

Página izquierda: Ventana abierta al parque desde la galería del segundo piso.

Páginas siguientes: Río Bureo, que orilla el fundo Picoltué.

QUICHAMAHUIDA
TRAIGUÉN

Las hermanas Olga, Raquel y Carmen Sáenz Terpelle, acompañadas por amigas, toman sol en la fachada de Quichamahuida. Foto anónima hacia 1940.

Página derecha: Puerta de acceso a la casa del fundo Quichamahuida.

Quichamahuida es el nombre de un campo de Traiguén vinculado a la historia asombrosa de José Bunster, el Rey del Trigo. José Bunster nació en Tapihue en 1838, hijo de un marino inglés que se radicó en Chile en 1827 y se dedicó a buscar cobre en los cerros de Tiltil. Vivió en los campos de Polpaico y Tapihue, donde nacieron 8 de sus 15 hijos. José fue el número 14. Era un niño en 1844 cuando la familia se trasladó a Valparaíso a buscar mejor fortuna. En 1850 murió su padre y meses más tarde su madre. Sus hermanos le enseñaron a leer y una empleada mapuche a hablar mapudungun. Comenzó a trabajar a los 14 años como dependiente de José Garland y, paralelamente, en la compra y venta de productos. Reunió un pequeño capital y decidió viajar a la Frontera del Bio Bio a caballo, a vender mercaderías. Tenía 18 años. En 1857 se estableció como comerciante en Nacimiento y en 1862 se trasladó a Angol, recién fundado. Hizo un molino cerca del Malleco y como la producción de trigo era abundante comenzó a exportarlo. En breve levantó molinos en Collipulli, Nueva Imperial, Traiguén y Angol. En 1886 llegó a cosechar 80.000 quintales, la mitad de la producción nacional. Harina para alimentar un país, molida en sus molinos. Al trigo siguieron otros emprendimientos. Francisco Encina dijo de él que "contribuyó a encender la vida económica de la antigua Araucanía con los grandes aserraderos mecánicos que instaló en las montañas de Curaco, la fundación de un banco de su nombre y numerosas iniciativas más".

Bunster creó una gran fortuna y formó una extensa familia. Se casó primero en 1860 con Lucinda Villagra, con la que tuvo ocho hijos. Viudo de ella en 1879 y se volvió a casar en 1881 con María Ester de la Maza, con quien tuvo cuatro hijos más. Testó en 1903, un año antes de morir, en un documento que es un modelo de unión familiar y lección de caridad y filantropía. Entre otros legados, benefició a los hospitales de Angol, Imperial y Traiguén. Su nieto, el escritor Enrique Bunster, escribió sobre San José, propiedad del abuelo: "no me ocupo de esta hacienda famosa por vanidad familiar –todo eso se lo llevó el viento– sino porque sus proporciones y la biografía de su antiguo propietario representan un capítulo en la historia de la expansión económica del país".

Quichimahuida es una de las cuatro hijuelas en que se dividió San José después de la muerte de Ester de la Maza viuda de Bunster. El fundo había surgido de la fusión de varios predios, como Remeco Viejo, San José de Reinoco, Trigal y Desengaño, adquiridos a partir de 1880. Llegó a tener 16.000 hectáreas y por testamento de don José, se asignó a su segunda esposa y a sus cuatro hijos, José Tomás, Francisco, Isabel y Guillermo Bunster de la Maza.

José Tomás Bunster de la Maza, nacido en Angol en 1883, heredó Quichamahuida. Estudió en Santiago y en Londres, se recibió de abogado en la Universidad de Chile y fue adicto de la embajada de Chile en Washington. Se casó en 1907 con Lía Balmaceda y tuvo dos hijos. Hacia 1917 encargó la construcción de una gran casa en Quichamahuida, inspirada en la arquitectura rural de la época, en modelos que posiblemente vio en Inglaterra o Norteamérica. La casa se concluyó en 1919. Se ubica al final de una avenida donde se aprecia –desde la distancia– su fachada blanca de dos pisos. Toda su estructura, muros y cubiertas, se hizo en madera, mientras el interior se decoró con muebles y menaje que se importó de Inglaterra.

Rodeó al edificio un extenso parque que diseñó en parte la dueña de casa, Lía Balmaceda, asesorada por los jardineros del vivero El Vergel, de Angol, entre ellos un destacado profesional japonés. De El Vergel provinieron las variedades de árboles, coníferas, arbustos y flores que desde 1863 se cultivaban en ese criadero, fundado por Manuel Bunster, tío de José Tomás. Establos, caballerizas y corrales completaron el conjunto de Quichamahuida, uno de los más logrados de la arquitectura rural de la zona.

Desgraciadamente, la crisis económica de 1929 y un mal manejo agrícola, entre otras cosas, obligaron a José Tomás a vender el campo a puertas cerradas, en 1932. Sus hijos José y Trinidad Bunster, en plena juventud, abandonaron el paraíso que para ellos fue esa casa.

El nuevo propietario fue Cristóbal Sáenz Cerda, médico y agricultor de 43 años. Nacido en Traiguén y titulado en la Universidad de Chile, en 1917, se especializó en Alemania y Francia, de donde regresó en 1923. Trabajó en los hospitales Salvador, San Juan de Dios y San Borja, en Santiago, y a partir de 1926 compartió el ejercicio de la medicina con la agricultura, continuando las actividades que antes iniciaron su padre y su suegro, Bernabé Sáenz y Germán Terpelle, al fundar la Sociedad Sáenz Terpelle y Compañía en 1896. Junto a Juan Widmer fueron activos agentes y productores agrícolas en Lautaro, Traiguén, Perquenco, Quino y Púa, mientras representantes distribuían sus productos, trigo especialmente, en todo el continente. De alguna manera, dieron continuidad a la gesta económica que inició José Bunster en la generación anterior.

Bernabé Sáenz, español de Logroño, vino a Chile a buscar fortuna y trabajó de comerciante en Concepción y Valdivia hasta que compró tierras en Lautaro en 1904. En el hotel de Traiguén conoció a Germán Terpelle, hijo de alemanes, y amistaron, lo mismo que con Juan Widmer, colono suizo llegado a Quino en 1885. Crearon una sociedad para pensar en grande, entre otras cosas, la construcción de un canal de regadío de 90 kilómetros de largo, para llevar las aguas del río Cautín hasta Quino. Esa obra se inició en 1925 y, gracias al ingeniero Guillermo Kahm, se concluyó en 1932. Regó miles de hectáreas.

Sáenz Terpelle y Compañía fue heredada por los hijos

Página izquierda: Galería de acceso a Quichamahuida.

Páginas anteriores: Casa de Quichamahuida, construida para don José Bunster de la Maza en 1917.

de sus fundadores: tres hermanos Terpelle que sucedieron a don Germán en 1923, y Cristóbal Sáenz, único hijo de don Bernabé, fallecido en 1925. Dos herederos se habían casado en 1916, Cristóbal Sáenz y Olga Terpelle.

Cristóbal Sáenz fue un agricultor triguero que llegó a sembrar 20.000 hectáreas. Entonces, la tierra se araba con yuntas de bueyes a cargo de dos trabajadores, uno dirigiendo a los animales y otro manejando el arado. Cien o doscientas personas sembrando, en faenas de sol a sol. Esta agotadora labor se repetía en las cosechas, cuando se cortaba el trigo a mano y se cargaban las gavillas en carretas que lo llevaban a una trilla estacionaria, donde trepidaba el locomóvil. Don Cristóbal compró tractores e industrializó el campo con sembradoras y máquinas trilladoras. Incorporó la modernidad no solo en los cultivos. Construyó casas para los trabajadores y colectivos para los "temporeros". Hizo escuela y casa para profesores. Levantó galpones, talleres y garages. Su inquietud social lo llevó a incursionar en política e ingresar al Partido Radical. Elegido senador por Biobío y Cautín en 1936 fue proclamado precandidato presidencial en 1938, pero declinó a favor de su amigo Pedro Aguirre Cerda. Este lo nombró ministro de Relaciones Exteriores en 1940, pero renunció a los pocos meses. Entre otros cargos, integró la Sociedad Nacional de Agricultura y la Caja de Seguro Obligatorio.

Cristóbal Sáenz y Olga Terpelle tuvieron cinco hijas: las hermanas Raquel, Olga, Marta, Carmen y Adriana, cuya educación los llevó a vivir en Santiago. Primero a una antigua casa de Catedral 1732 y luego a una casa nueva en Providencia, esquina de Eliodoro Yáñez. Desde 1932 fueron a Quichamahuida sólo para las vacaciones.

> "Mi papá nos iba a buscar a la estación –recuerda Carmen Sáenz– se vestía con traje de montar y en la cabeza llevaba un cucalón y una huasca en la mano. Viajábamos de Santiago con perros, con guitarra, con acordeones y tremendos baúles. Con tanta parafernalia los niños de la estación creían que llegaba el circo. Cuando divisaban la locomotora gritaban: ¡llegó el circo, llegó el circo! Y no, era la familia Sáenz que llegaba de la capital con camas y petacas. Salíamos a las ocho de la noche y nos bajábamos del tren a las ocho de la mañana."

En Quichamahuida las hermanas Sáenz pasaban arriba del caballo, recorriendo la "montaña", con bosques centenarios e impenetrables, donde un paseo favorito era subir el cerro Adencul, último eslabón de la cordillera de Nahuelbuta. Las cabalgatas eran en compañía del capataz Rosendo Ponce, que cuidó a las niñitas Sáenz como a sus ojos.

> "–¿Rosendo, cómo se hacen los terneros?
> –Se hacen solos…
> –¿Y por qué dicen que la vaca está preñada?
> –Entendió mal hijita, está premiada…".

En 1952 don Cristóbal encargó la administración de Quichamahuida a Patricio Phillips Peñafiel, de 30 años, desde 1948 casado con su hija Carmen. Patricio trabajaba el cercano fundo Colo, de su familia, donde vivía. Se trasladó a Quichamahuida. Como su suegro, también se interesó en la política y en 1953 fue electo alcalde de Traiguén por el Partido Liberal. En 1957 lo eligieron diputado por la Región de la Araucanía, cargo que mantuvo hasta1973, cuando resultó elegido senador por Biobío, Malleco y Cautín. Carmen Sáenz, su mujer, también incursionó en la política. Lo llevaba en la sangre. Fue vicepresidente del Partido Nacional en 1967 y presidente del mismo partido en 1983.

El trabajo político no le dejó tiempo a Patricio Phillips para continuar como administrador de Quichamahuida, y lo reemplazó su cuñado Raimundo Puelma, casado con Adriana Sáenz. Lamentablemente, en 1962, fallecieron Cristóbal Sáenz y Raimundo Puelma. La administración de Quichamahuida la asumió Juan Lerdón y el fundo se dividió entre las hermanas Sáenz y su madre, que siguió a cargo de la casa. En 1968 falleció el administrador Lerdón y lo reemplazó Max García-Huidobro, casado con Marta Sáenz. El estaba a cargo del campo cuando fue expropiado, en su totalidad, en 1971.

En el remate en que se liquidaron los animales y maquinaria del fundo se vendieron los muebles de la casa. Solo en 1976 se asignó una reserva a Olga Terpelle, con la casa. No quiso regresar y el mismo año vendió Quichamahuida a su nieto Patricio Phillips, hijo de su hija Carmen. Doña Olga murió en Santiago en 1986. Patricio Phillips continuó sembrando granos, plantó manzanas de exportación e inició la restauración de la casa, que había perdido gran parte de sus revestimientos interiores. Luego del terremoto de 2010 debió repetir el esfuerzo, esta vez reparando la estructura, las cubiertas y el aplome de los muros. Historia antigua. Así había sucedido con el terremoto de Chillán en 1939, cuando se cayó el adobe que rellenaba las tabiquerías de madera, y con el terremoto de Valdivia en 1960, que desaplomó muchos muros.

Actualmente Quichamahuida conserva la imagen de la casa original y mantiene la decoración tradicional de sus recintos, iniciando la restauración del antiguo parque, donde hoy juegan niños que pertenecen a la quinta generación de la familia que fundó Cristóbal Sáenz, hace cien años. H.R.

La sala del billar, en la galería posterior de la casa.

Páginas siguientes: Salones de recibo en la fachada norte de Quichamahuida, con el retrato de don Vicente Sánchez de Loria, antepasado del dueño de casa.

Dormitorio en el segundo piso.

Página derecha: Escalera de servicio de Quichamahuida.

Ventana abierta hacia el jardín delantero de la casa.

Páginas siguientes: Puente sobre el río Traiguén.

MARÍA ESTER
VICTORIA

Familia Galilea y amigos posando frente a la casa de María Ester en 1951. Arriba: Raimundo Puelma Vicuña, Marcela Bunster Dourte, Mónica Galilea Widmer y Raimundo Phillips Peñafiel. Abajo: Cecilia Galilea Widmer, Carmen Vallejos Hart y Javier De la Maza Lavanderos. Caminando en dirección al grupo: Dora Widmer de Galilea.

Página derecha: La casa del fundo María Ester desde la altura.

La historia del fundo María Ester, como las de todos los fundos de la zona, comienza con la fundación del fuerte y villa de Traiguén, cuando se inicia la incorporación de los territorios de la Frontera al Estado chileno a fines del siglo XIX. Muchas capitales de las provincias y comunas de la región nacieron a partir de un puesto militar fortificado, formando parte de la estrategia de avanzar río a río para asentarse definitivamente en esta zona del país, con colonos chilenos y extranjeros. Traiguén fue fundada como una plaza fuerte por el general Gregorio Urrutia Venegas, el 2 de diciembre de 1878. Muy pronto el Gobierno envió a varios topógrafos a esta localidad, para los levantamientos topográficos en sus alrededores, luego midieron los terrenos y dibujaron en planos detallados la división de estas tierras en hijuelas, de un tamaño no superior a 500 hectáreas cada una, para que el Fisco las rematara públicamente, en enero de 1881, con el fin que se asentaran la mayor cantidad de pobladores.

Sin embargo, no siguieron la norma los potentados de la época, especialmente los banqueros –como Agustín Edwards Ross, que remató cincuenta hijuelas en Nueva Imperial– y los millonarios de la minería, que compraron grandes lotes, particularmente en este sector, donde las hijuelas tenían una superficie promedio de 360 hectáreas. Así sucedió con Federico Varela, que vendió sus minas de cobre y sus salitreras para invertir esos capitales en unos dieciocho fundos por el país, o con doña Isidora Goyenechea de Cousiño, que uno de sus veinte fundos estaba en el área de Chufquén. Estos señores obtuvieron también los correspondientes derechos de agua para estas tierras, que deben regarse para lograr buenos rendimientos cerealeros y frutícolas. Con estos remates fiscales y los inmigrantes espontáneos que llegaban, Traiguén creció muy rápido y esta población pujante desbordó la planta urbana original, por lo que, en marzo de 1887, el Gobierno le concedió el rango de ciudad. A fines del siglo XIX Traiguén tenía bancos y buenos hoteles, atendidos por extranjeros.

Entre los veinticinco fundos e hijuelas sin nombre que llegó a tener a fines del siglo XIX José Bunster, cuya biografía ha sido relatada en Quichamahuida, estaba el fundo San José, en Traiguén, formado por las cuarenta y dos hijuelas que les compró el 31 de enero de 1881, en Valparaíso, a Federico Varela, el acaudalado minero de Chañaral, y a Carlos Waddington, el hombre más rico del Puerto. Asimismo, estos potentados previamente obtuvieron estas propiedades en un remate fiscal efectuado en Santiago, formando en conjunto un paño continuo de tierras de 15.224 hectáreas, con límites entre sí con otras hijuelas, indicando entre esas señales los deslindes marcados por el río Traiguén y los esteros Mal Paso, Trecacura, Llohuenco y Colemu, mencionando también los cerros como puntos de referencias geográficas características, como son los altos Quichamahuida y el cerro Pichi Quichamahuida.

En estas tierras José Bunster hizo despejar con máquinas aserradoras el denso bosque, compuesto por magníficos árboles de alto fuste y de maderas duras, arbustos enmarañados, quilas y zarzas punzantes, dejando disponibles para siembras los campos más planos. Al mismo tiempo, Bunster aprovechaba la madera más apropiada para las construcciones que se iban haciendo y las alambradas de los nuevos potreros, o para procesarla en la industria química, en sus destilerías para los alcoholes de ese origen. Arrancados los troncos aserrados con sus raíces, mediante el trabajo de varias yuntas de bueyes, dedicaba estas grandes extensiones aradas con rastreadoras mecánicas a las siembras de trigo, con el fin de abastecer el molino de Traiguén, que también fundó, montado con maquinaria inglesa moderna, como otros de su propiedad en distintos pueblos de Malleco. En este sentido, José Bunster fue el primer molinero en Chile que utilizó un motor inglés de cilindros, en el molino de Nueva Imperial.

A la muerte de José Bunster en Inglaterra, en 1903, San José estaba avaluado en 938.700 pesos, uno de los valores más altos de la comuna de Traiguén, debido a las mejoras hechas en veinte años. Este fundo fue asignado como herencia a los hermanos José Tomás, Francisco, Isabel y Guillermo Bunster de la Maza, hijos de su segundo matrimonio. Como eran menores de edad, los administradores siguieron con las mismas faenas agrícolas que se hacían en la época del padre. A la muerte de su madre Ester de la Maza del Río, en 1914, estos hermanos decidieron dividir San José en cuatro partes. Una fue para José Tomás Bunster de la Maza, quien la bautizó como Quichamahuida, por los cerros inmediatos del mismo nombre. Guillermo Bunster de la Maza, el menor de los doce hermanos, le puso a su hijuela María Ester, en recuerdo de su madre recién fallecida, y su hermano Francisco mantuvo el nombre original dado por su padre, porque el sector que le fue asignado incluía las bodegas, caballerizas, galpones de trabajo y la magnífica casa patronal de San José, estilo europeo, que fue quemada para cobrar un valioso seguro de incendio. Su hermana Isabel Bunster, casada con Carlos Sánchez García de la Huerta, murió en 1926 y su viudo vendió la parte que heredó de su mujer.

Guillermo Bunster no fue político como su padre y sus hermanos José Onofre, Manuel y Francisco, diputados liberales por la provincia de Malleco. Por el contrario, fue un hombre mundano muy simpático y de una conversación atractiva, habitué del Club de la Unión, lleno de amigos, casado con Berta Robinson, que lo seguía en todo. María Ester, en sus manos, tenía 3.000 hectáreas dedicadas a los cereales de secano, especialmente trigo.

Páginas anteriores: Patio de acceso a la casa, construida para don Guillermo Bunster de la Maza en 1917.

En 1917, don Guillermo hizo construir su casa patronal de maderas nativas, mirando al monte Adencul, cubierto de un maravilloso bosque de árboles autóctonos, en un estilo sencillo, pero agradable y con varias comodidades al interior, muy del gusto de este joven matrimonio, que aprovechaba su dinero para viajar a Europa y darse una vida muy grata. Guillermo se había educado en Londres, como todos sus hermanos mayores, y estaba presente cuando su padre falleció en esa capital.

Heredó también valiosas propiedades en Santiago, como una casa elegante en la calle Erasmo Escala, que la vende en 1927 a Horacio Valdés Ortúzar y a su cuñado León Subercaseaux Errázuriz, en 240.000 pesos. También les liquida ese año a estos mismos señores dos sitios en avenida Brasil Nº 57 y 59, por 140.000 pesos, que eran parte de los hermosos jardines del antiguo Palacio Concha y Toro, que los había comprado en 1925 a doña Teresa Cazotte de Concha, en 115.000 pesos. Por último, en 1926, hace una permuta de otra casa con Luis Izquierdo Valdés, por un sitio de 1.000 metros cuadrados, que al año siguiente lo traspasa a este mismo señor por 142.692 pesos.

Guillermo Bunster recibió también su parte hereditaria en dinero de las ventas de propiedades, por ejemplo, al francés Gaspar Labarthé, en 1906, de dos sitios y las grandes bodegas que José Bunster tenía en el barrio inglés de Talcahuano, ubicadas en las inmediaciones de la explanada del ferrocarril, limitando con la bodega de Guillermo Délano y calle por medio con la de Roberto Cunningham. Una de esas bodegas, la vendió este francés en 1914 a la firma de José Besa y Compañía, una de las más grandes del país, en 5.000 libras esterlinas, unos 200.000 pesos de la época. Bunster tenía estas bodegas en el puerto de Talcahuano, en Angol, Nacimiento, Carahue y Nueva Imperial para sus negocios de frutos del país y mercaderías en los pueblos ribereños del río Biobío y del Imperial, cuando el sistema de transporte era la navegación fluvial. En su viaje a Europa de 1883, había comprado en Londres el vapor *Ester*, de 115 toneladas, para la navegación de los ríos Imperial y Cholchol, cuando se podía llegar en invierno hasta Galvarino, porque estimaba que los transbordos por tierra y los robos encarecían las mercaderías, lo que no ocurría si se transportaban por agua. La sucesión de José Bunster también vendió este vapor memorable, que inauguró la navegación a vapor en el río Imperial y luego todas las bodegas de los pueblos, más las que tenía en Valparaíso y en Talcahuano.

Cuando Guillermo Bunster y su esposa parten a Europa en 1927, el viaje era muy agradable, por la escasez de turistas y porque todo estaba muy barato para los chilenos. La crisis económica y la hiperinflación que sufrió Alemania en la posguerra permitían arrendar un castillo por poca plata, de modo que hasta los estudiantes universitarios becados abandonaron sus deberes y viajaron por los castillos del Rin como millonarios. Así, con el dinero que tenían, Guillermo Bunster y su mujer podían circular cómodamente, entre los sobrevivientes del "gran mundo". A su regreso al país, se encontraron con una situación económica inesperada, con deudas y compromisos olvidados. Entonces Guillermo Bunster decidió en 1928 vender María Ester a la sociedad comercial de Cristóbal Sáenz, los hijos de Germán Terpelle, representados por Sáenz y Juan Widmer, a quienes seguramente debía más de un crédito. Esta gestión la hizo el administrador de este fundo, José Galilea García, casado con Dora Widmer Berthet, quien era amigo de Bunster y le ofreció a su suegro este negocio. Ese mismo año se liquidó esta sociedad y María Ester se la adjudicó Juan Widmer.

Juan Widmer era suizo alemán, llegó a Chile en la segunda mitad del siglo XIX, con unos amigos que esperaban enriquecerse rápidamente, haciéndose "la América" en esta parte del Pacífico. Tenía 18 años y era contador; con esos conocimientos pudo conseguir muy pronto un trabajo bien remunerado, hacer fortuna y gozar de buena reputación profesional. Los colonos suizos que se asentaron en las provincias de Malleco y Cautín, poco más tarde, pronto trabajaron con él y tenían la mejor opinión de su rectitud y diligencia para resolver los problemas. Tanto era así, que con motivo de la sorpresiva muerte de Louis Moren, el vice-cónsul de Suiza en esa provincia, en julio de 1890, los colonos suizos de Victoria, Lautaro, Purén, Quechereguas, Ercilla, Galvarino, Traiguén, Dulmo, Temuco, Ñielol, Quino y Adencul, recogieron más de trescientas sesenta firmas entre sus compatriotas y, de común acuerdo, se "tomaron la libertad de proponer" como cónsul general en Chile a Juan Widmer, para suceder a Moren en este cargo diplomático.

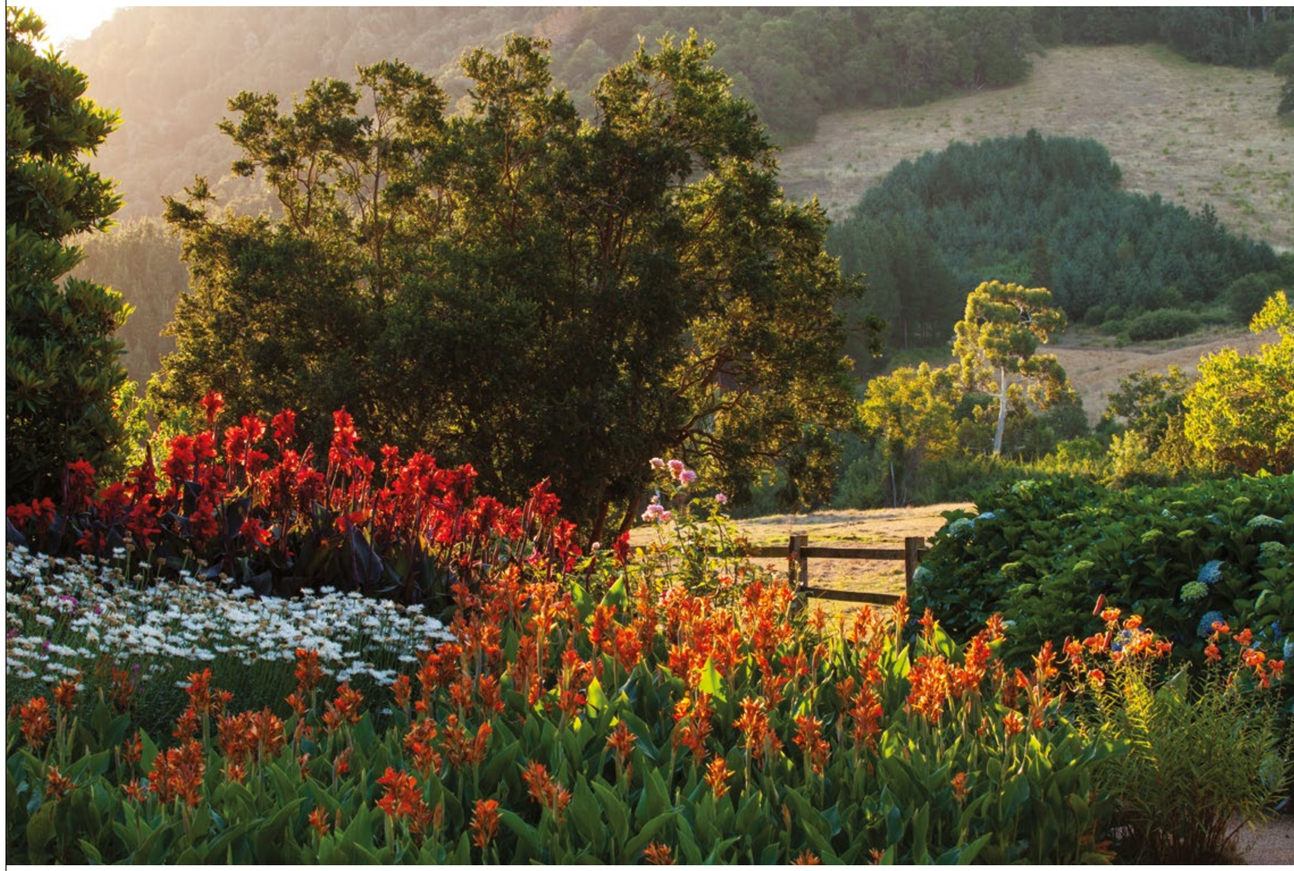
En las relaciones comerciales que mantenía con los nuevos pobladores, Juan Widmer conoció a la joven Cecilia Berthet, con quien se casó muy pronto; ella era hija de un matrimonio de colonos franceses, de la Alta Saboya, llegados a Chile más o menos en la misma época que él. De este matrimonio nacieron ocho hijos, los que recibieron una educación rigurosa en Chile y en el extranjero. Los cuatro hombres fueron profesionales, titulados en Europa, y las cuatro mujeres fueron educadas en el Concepción College, un establecimiento prestigioso de la colonia inglesa; estas hermanas hablaban fluidamente tres idiomas. Después de años de constante trabajo, Juan Widmer ganó dinero suficiente para dejar una buena fortuna a su muerte, en 1932, cuando cada uno de sus ocho hijos hereda un fundo.

Al parecer, Widmer empezó en los negocios de

crédito a los agricultores en compañía de Germán Terpelle Burkner, hijo de alemanes, quien tenía gran experiencia porque había sido socio de Mauricio Gleisner hasta 1882, el alemán más poderoso de Concepción. Luego fue empleado de la sociedad de Germán Terpelle y Bernabé Sáenz, y en 1906, Juan Widmer se incorporó como un socio más a esa sociedad, cuando Cristóbal Sáenz, hijo de Bernabé, lo reemplazaba. Entre los negocios que hicieron, se encontraban muchos de granos, prestando gruesas sumas a los agricultores del sur, pero también a los de Curicó y Chillán. Así, por ejemplo, compraron a la sucesión de Federico Varela, muerto en 1908, el fundo Chufquén, al cual le usurparon unas hijuelas, por lo que Germán Terpelle interpuso un recurso a favor de su sociedad en la Corte de Apelaciones de Concepción, para que no vendieran esas propiedades sin resolver antes este problema.

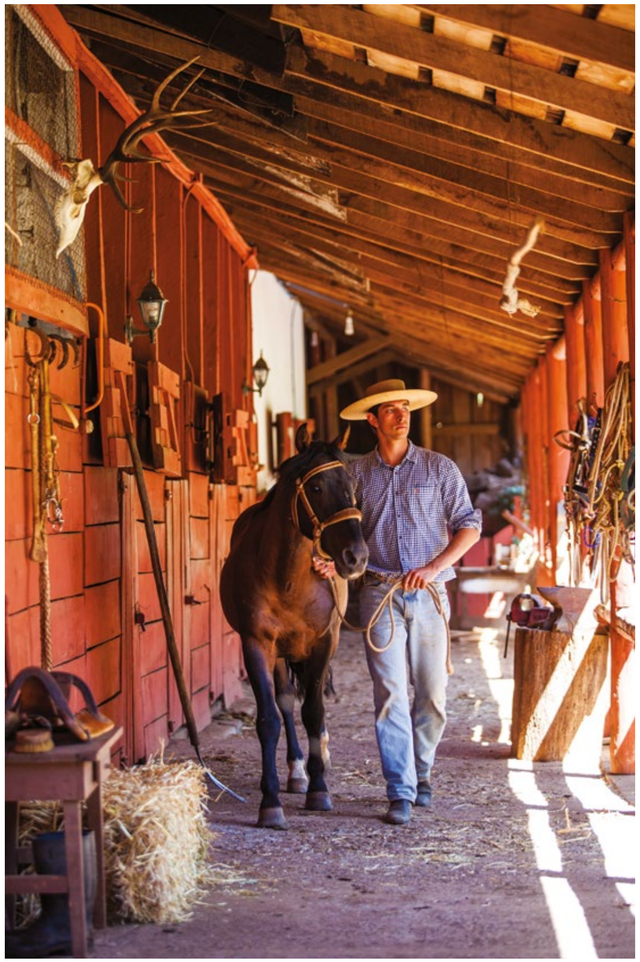
En la partición de sus bienes, el fundo María Ester lo recibió su hija Dora Widmer, quien vivía allí con su marido, que lo administraba desde antes. El carácter arquitectónico de esta casa patronal se lo dio José Galilea, en 1928, cuando empieza a remodelarla, ampliándola y haciéndole galerías, tragaluces y baños modernos, cuyos artefactos sanitarios llegan a Chile de Estados Unidos a la posguerra. Pero el encanto, el confort y la impronta señorial de esta casa se lo dio doña Dora Widmer, quien enviudó muy joven y dedicó su vida entera a la casa y a embellecer el jardín, ganando muchos premios en los concursos por sus maravillosas flores.

Después de tantos años, esta casa no ha sufrido modificaciones mayores, fuera de las necesarias para su mantención en buen estado. En la actualidad el fundo lo comparten los tres hermanos Galilea Widmer y sus respectivos hijos y nietos, mientras la casa del fundo María Ester es propiedad exclusiva de doña Cecilia Galilea Widmer. Este fundo tiene una superficie aproximada de 1.200 hectáreas, logradas por las devoluciones del Fisco de algunos terrenos y las recompras que se hicieron después de la Reforma Agraria. Hoy en día este campo está dedicado al trigo y a la crianza de ganado vacuno, lo mismo que al cultivo de una hermosa arboleda de avellanos europeos, cuyos frutos se exportan. V.M.



Jardines en el faldeo del monte Adencul.

Páginas siguientes: Galería interior de la casa, con sus muebles originales.



Patio de las Pesebreras en María Ester.

Página derecha: Monturas y aperos en la galería de servicio.

Páginas siguientes: Corral de caballos próximo a la casa de María Ester.

COLO
VICTORIA

Isabel Peñafiel Gundelach, alrededor de 1910.

Página derecha: Jóvenes de la familia en el camino de acceso a Colo.

Suaves lomajes de extensos bosques vírgenes, entre los ríos Quilquilco y Traiguén, y al norte del fuerte La Victoria fundado en 1881, fueron las tierras que Exequiel Lavanderos Labbé compró al Estado chileno alrededor de 1888. El corazón lo constituyeron aquellas que denominó Colo –aguas turbias–, pues este pintoresco río las atraviesa en toda su extensión.

Exequiel Lavandero fue un agricultor audaz y progresista, casado primero con doña Adela Henríquez Reyes, perteneciente a familias de Concepción, y viudo, con doña Mercedes Bartholin de la Guarda, nacida en Ancud. Fue dueño de varios fundos cercanos a Temuco y a Victoria. Importó aserraderos de Londres de tres pisos de altura, y fueron necesarias 30 yuntas de bueyes para lograr hacerlos atravesar la cuesta del Malleco por el antiguo puente traído del Perú.

Construyó en Colo las amplias casas de madera de dos pisos y un torreón, con una interesante fachada de seis ventanas regulares, que se prolongan en un largo corredor cerrado y dan al jardín del norte. Para la inauguración por el presidente Balmaceda en 1890, del viaducto del Malleco, asistieron los Lavandero estrenando la casa, recién construida.

Exequiel Lavandero Labbé fue hijo de Miguel Lavandero y Mantega y de doña Mercedes Labbé Torrealba. Había fundado la familia en Chile Francisco Díaz de Lavandero, originario de Santander y avecindado en Concepción hacia 1750, donde fue regidor y alcalde en 1760. Allí casó con doña Leocadia Verdugo del Campo.

Las dificultades financieras que debió enfrentar don Exequiel, ya que se endeudó con la Caja de Crédito Hipotecario para realizar estas inversiones, lo imposibilitaron de cumplir con las deudas adquiridas. La Caja de Crédito se pagó de ellas recuperando tierras de don Exequiel, entre las cuales se encontraba Colo. En 1904 Colo estaba avaluado en $429.000 y estaba en poder de la caja Hipotecaria.

Alrededor de 1906, el serenense Domingo Peñafiel Varela remató Colo. Con él se inicia la cadena de varias generaciones de la familia Peñafiel unidas a esta hacienda. Era hijo de Hilarión Peñafiel Aguirre, nacido en La Serena, quien había casado con su prima María Encarnación Varela Varas. Ocho fueron los hermanos Peñafiel Varela. Domingo, nacido en La Serena, fue un destacado hombre de negocios que se radicó en Concepción. Allí casó con doña Isabel Gundelach Plaza de los Reyes.

Fundó la familia Peñafiel en Chile don Domingo Rivera y Peñafiel, natural del valle de Vítor, Arequipa, Perú. Hijo de Pedro Antonio de Rivera, nacido en la ciudad de Arequipa, quien viudo de doña Isabel Cegarra había casado en 1729 con Francisca Peñafiel Ponce y Navarrete, también nacida en esa ciudad. Llegó a Chile y se estableció en La Serena alrededor de 1770. Fue regidor de esta ciudad en 1778, procurador general en 1779-1780 y alcalde ordinario interino en 1789. Casó con doña María Josefa Varas Marín, hija legítima de don Fernando Varas y Aguirre y de doña Francisca Javiera Marín y Cortés, vinculándose con antiguas y tradicionales familias de La Serena.

Con Domingo Peñafiel se inicia un período de gran actividad en Colo: se destroncaron bosques, formando potreros dedicados a la cría de vacunos overos alemanes y claveles holandeses, ovejunos y caballos de fina sangre. Sembró trigo y avena. El paisaje va adquiriendo una nueva fisonomía: grandes extensiones de pastos verdes, con potreros ondulados, divididos por bosques y con añosos robles, coigües y raulíes que se distribuyen desordenadamente como esculturas en el horizonte. Cuentan que entrenaba en sus caballos de carreras con los colores verde de agua y malva, por una avenida de coigües que iba desde la casa patronal hasta la vertiente Santa Isabel.

A su muerte en 1920, el campo se divide en cinco hijuelas que heredan sus hijos Peñafiel Gundelach. En el plano de la sucesión de octubre de 1921, Colo tenía una extensión de 9.383,643 hectáreas. Su hija Isabel, que siempre quiso mucho a Colo y atesoraba los recuerdos de su juventud junto a su padre y hermanos, queda con la hijuela de las casas y, con el apoyo de su marido compra la propiedad de sus hermanas Blanca y Elena; María mantiene también su hijuela y Jorge vende su parte.

Es así como el fundo Colo y sus casas con cerca de 5.000 hectáreas queda en poder de Arturo Phillips Sánchez y su mujer Isabel Peñafiel Gundelach. Arturo Phillips era hijo de Arturo Phillips Huneeus y de Inés Sánchez Urmeneta. Al morir su padre muy joven, Arturo, que era su único hijo hombre, tenía solo cinco años. A los 17 años se hace cargo de la familia entrando a trabajar al Banco de Chile. Dada su inteligencia preclara y sus habilidades numéricas, hizo la carrera bancaria en forma meteórica; es nombrado gerente general del Banco de Chile el año 1928, a los 37 años de edad, cargo que ocupó por 17 años ininterrumpidos. Paralelamente, desde el año 1937 hasta 1946 es director del Banco de Chile, y desde 1941 consejero del Banco Central de Chile en representación de los bancos nacionales. Impulsó las obras de urbanización y construcción llevadas a cabo por el Departamento de Comisiones de Confianza; se destacan la construcción de la Clínica Santa María y el Club de Golf Los Leones. Un gran proyecto en que participó junto a su mujer, fue la creación y urbanización del balneario Rocas de Santo Domingo.

Don Arturo fue de gran ayuda para doña Isabel en la administración del campo. Destroncó muchos sectores dando paso a fértiles tierras para el cultivo de granos y diferentes tipos de pastizales para el ganado, "donde los compradores no esperaban las ferias, sino que los compraban en los potreros de Colo…", acota Juan de Dios Barra, antiguo campero. Cuentan que "el gringo", como le decían, iba a la cosecha de granos, tomaba los minutos que demoraba la trilladora, calculaba el rinde, contaba los sacos que había en la era, y en un momento ya sabía el resultado y cómo andaba todo. Compró el fundo San Diego al poniente de Colo, heredado más tarde por dos de sus hijos. Impulsó la agricultura en la zona apoyando con créditos a los agricultores, al potenciar al Banco de Chile en regiones en temas agrícolas de diversa índole.

En las casas se hicieron transformaciones; don Arturo adosó hacia 1930, una galería al poniente, a lo largo del primer y segundo piso. Doña Isabel tenía un gran sentido estético, de ahí el atractivo del interior de Colo: fotografías viejas, retratos, grabados ingleses, muebles victorianos y grandes salamandras; los típicos baños con tinas con patas de león y muebles hechos en la famosa fábrica de Traiguén. Cuando enviudó llevó a Colo parte del mobiliario de su casa en Santiago. No puede soslayarse su amor por la buena mesa, en Colo se encuentran cientos de libros y recetas de cocina, la mayoría en francés, y sus nietos recuerdan que siempre se preocupaba de cocinar algo distinto y sofisticado, y no paraba hasta que le quedara perfecto.

El jardín era otra de sus pasiones: plantaba bulbos, sacaba malezas y podaba hortensias; visitaba a los habitantes de Colo y les ayudaba con consejos para sus jardines y sus huertas. Vibraba con los animales, conocía sus razas y rendimientos. Muchas veces se la veía agachada junto a varias "niñitas del campo", recogiendo piedras, palos y alambres para que a los animales no les pasara nada. Y también se preocupó de las familias de Colo, organizando misiones y contribuyendo a la construcción de una escuela. Poco antes de morir, a los 97 años, ella preguntaba "qué ha pasado en Colo".

A la muerte de don Arturo, Colo fue un tiempo administrado por sus hijos Patricio y Raimundo. Pero fue su hijo menor Hernán quien se hizo cargo por más de 50 años de la hacienda. Hernán Phillips Peñafiel, a los pocos años de recibirse de ingeniero civil en la Universidad Católica, comprendió que debía ayudar a su madre en la administración de Colo, que no quería abandonar y menos vender. Como buen ingeniero construyó puentes, abrió caminos, instaló una turbina para autoabastecer el campo de electricidad, construyó una bocatoma para juntar agua y conducirla por numerosos canales de regadío para regar las empastadas de trébol y compró maquinaria agrícola de todo tipo. Construyó buenas casas para sus trabajadores, que contaban con una amplia huerta. Remodeló los antiguos galpones de madera, construidos por don Domingo Peñafiel y construyó dos bodegas de cemento para guardar el grano. Continuó con la crianza de vacunos, 2.500 cabezas de ganado pastaban en los más de 30 potreros que cercó Hernán Phillips y que formaban Colo, y se sembraba más de 1.000 hectáreas de trigo. Así pudo canalizar su preocupación social, y su vocación de ingeniero en este campo que lo cautivó toda su vida.

Había casado con Luz Pereira Larraín, allí vivieron en los primeros años de matrimonio junto a sus hijos. Doña Luz demostró una gran preocupación por la gente que vivía en Colo, impulsó la catequesis y preparaba niños para las primeras comuniones y confirmaciones. Además, creó el Centro de Madres, donde las señoras de Colo aprendieron costura, tejido y primeros auxilios, y en las tardes después de las horas de trabajo enseñaba a leer a los trabajadores analfabetos.

La Reforma Agraria expropió una parte del campo y a la muerte de doña Isabel heredan sus hijos Phillips Peñafiel, quienes venden un sector. Hernán Phillips queda con la hijuela de las casas. El trabajo agrícola se adapta a las nuevas circunstancias: se foresta una zona con eucaliptus.

El año 2006 muere don Hernán Phillips y Colo, con alrededor de 1.670 hectáreas, queda a cargo de su señora Luz y de sus cuatro hijos Phillips Pereira. En estos diez años se han plantado avellanos europeos y aránganos para la exportación, se ha renovado el contrato de arriendo con las forestales para la plantación de eucaliptus y se ha intensificado el uso de los restantes potreros para la siembra de granos. Las casas han sido restauradas con gran gusto, especialmente después del terremoto de 2010. Se han forestado sectores que la rodean con encinos y coigües nativos, un bosque con un ancho camino desciende hacia una quebrada al sur de las casas. Y hacia el jardín del norte despliegan su belleza las dalias rodeadas de boj.

Las tradiciones en Colo se mantienen hasta hoy día: se hacen largos paseos a caballo, se recorre la trilla, se va a ver enfardar el pasto, y se organizan paseos con los hijos a las termas de Tolhuaca y al río Malleco, donde meten los caballos al río y nadan montados en ellos, en pozones de agua cristalina. No olvidan recuerdos de su niñez, cuando ataban a un lazo un saco relleno con paja de avena y lo tiraban al "pigual" a caballo, y se iban turnando quien iba a caballo y quien arriba del saco. Muchas veces quedaban llenos de heridas y los caballos desbocados. Las navidades eran inolvidables, cuando la larga galería de las casas se repletaba de juguetes que cada matrimonio junto a sus hijos elegían como regalo. Organizaban veladas musicales acompañadas de un antiguo piano, tocado hoy por los más jóvenes que heredaron el gusto por la música de su antepasada, doña Isidora Zegers. Estas anécdotas y muchas más son contadas en la chimenea de Colo hasta altas horas de la madrugada. T.P.

Páginas anteriores: Fachada de la casa de Colo, construida por don Exequiel Lavandero Labbé hacia 1890.

Galería interior hacia el poniente, habilitada por Arturo Phillips Sánchez en 1930.

Comedor con antiguos muebles de familia.

Páginas anteriores: El retrato de Isabel Peñafiel de Phillips, pintado por Anselmo Miguel Nieto, preside el salón de Colo.

Mesa de apoyo en el acceso al comedor.

Naturaleza muerta en la cocina.

Página izquierda: Salamandra para calentar los dormitorios del segundo piso.

Antiguo galpón de madera y teja construido hacia 1900.

Comederos al interior del galpón.

Página siguientes: Potrero con robles y rastrojo de trigo.

CULLINCO
VICTORIA

La casa de la hacienda Cullinco, fotografia hacia 1925.

Página derecha: Caminos con boj en el parque de Cullinco.

La historia de Cullinco es breve e interesante. Su inicio data de fines del siglo XIX. Este fundo, situado en un lugar privilegiado de la comuna de Victoria, en la provincia de Malleco, se formó con las hijuelas que remató al Fisco el agricultor y ganadero Roberto Badilla Mellado, en 1887. Este pionero había nacido en 1838, en la villa de Los Ángeles, en la Isla de La Laja, hijo del matrimonio formado por Benito Badilla y Milagro Mellado. Fueron ocho sus hermanos: Benito, Belisario, Tomás, Carmen, Josefa, Eloísa, Telesfora y Elvira.

La familia Badilla es de origen colonial, sus antepasados estaban en la región del Maule, concretamente en San Carlos y Chillán, desde principios del siglo XIX. Cosa semejante sucede con los Mellado, residentes de esos mismos parajes, aunque la madre de Roberto Badilla parece oriunda de Molina, en Curicó, donde tenía algunas tierras en 1860. Estas familias, como otras de esta parte de Chile, avanzan hacia el sur, a la región del Biobío, desde fines del siglo XVIII y en mayor número después de 1825, cuando se pone fin a la Guerra a Muerte, formando parte de los primeros pobladores republicanos de este territorio.

Desde muy joven Roberto Badilla Mellado se distinguió en las actividades económicas y actuó como patriarca de su familia y de sus parientes colaterales y políticos; estuvo en los negocios ganaderos de la Frontera, sin desdeñar ninguna actividad, como las maderas, los molinos, las tierras o los sitios urbanos de las nuevas poblaciones, que adquirían rápida plusvalía, o actuando como prestamista, donde obtuvo una respetable riqueza antes que los bancos y las cajas de ahorro y préstamo llegaran a la zona.

Al igual que otros pioneros, Roberto Badilla se movió constantemente por las regiones al sur del Biobío. Así lo vemos habitando en Santa Bárbara, cuando en 1874 se declara como comerciante y dueño del fundo La Balsa, y de una casa en Los Ángeles, en la calle Colón, propiedades compradas a Antolín Anguita, hermano de su futura suegra. En 1887 remató tierras fiscales en Malleco y Cautín, provincias creadas ese año. En 1888 es dueño de la hacienda de Quilapalo, en Mulchén, que había pertenecido a Domingo Salvo, militar de la Frontera en la Guerra a Muerte.

Uno de los campos más importantes fue Hueleguaico, cercano a Angol, heredado de su hermano Marcos. Tierras valiosas por la plusvalía de los terrenos, pues en 1892, Roberto Badilla vende Alboyanco, de 4.419 hectáreas, con un molino y siembras, en la suma de 200.000 pesos, a José Bunster, un pionero afamado de esta región de la Araucanía, que en esos años residía en Santiago.

También se hace del fundo Luanco en Los Ángeles, de 1.180 hectáreas, en la partición de los bienes de Teodorinda Anguita, hermana de su suegra.

Según el catastro de propiedades rurales de 1897, Roberto Badilla tenía numerosos fundos en la provincia de Biobío, en la provincia de Malleco y de Cautín. Al sur de Victoria se menciona a Cullinco, que dará origen a la estación de su nombre en el ramal del ferrocarril de Púa a Curacautín. Estos fundos totalizaban un avalúo de $890.650 pesos, que sumado al valor de los sitios en los pueblos y en Santiago, lo hacen uno de los más acaudalados hacendados de esa región.

Roberto Padilla se había casado en Los Ángeles, el 20 de junio de 1876, con Mercedes Padilla Anguita, nacida el 2 de septiembre de 1855 en la misma ciudad; hija de José Enrique Padilla de la Cruz Ovalle, capitán del regimiento de cazadores en la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana y de Carmen Anguita Arriagada, hermana del general Tulio Padilla Anguita, casado con Amalia de la Maza, con el cual Badilla había hecho negocios.

Este matrimonio tuvo tres hijos: Mercedes, nacida el 25 de noviembre de 1877, casada con Guillermo Johnson Gana, divorciada a perpetuidad y sin hijos; Aurora, nacida el 30 de mayo de 1879, casada con Alfredo Calvo Mackenna, y Roberto, el menor, nacido en 1891 y casado con Adela González Carson.

A su llegada a la capital, este acaudalado matrimonio sureño fue muy bien recibido por la élite e invitado a participar en actividades sociales y de beneficencia. En 1901, Roberto Badilla forma parte, junto a otros conocidos filántropos, en la fundación de la Sociedad Protectora de la Infancia, junto a Manuel Arriarán Barros, Ramón Barros Luco, Daniel Concha Subercaseaux, Carlos Cousiño Goyenechea, Ismael Valdés Valdés y otros. Su mujer también participa en 1903 en La Gota de Leche, fundación dirigida por el doctor Luis Calvo Mackenna, hermano mayor de su futuro yerno, para la protección de la madre y el niño desvalido.

Roberto Badilla Mellado muere a los 65 años en Santiago, en 1903. De acuerdo a su testamento, reparte generosos legados en Santa Bárbara a sus numerosos parientes. A su mujer, Mercedes Padilla Anguita, le deja la casa de Alameda y los fundos Quilapalo y Esperanza de Pile, con sus maquinarias, ovejunos y 2.000 vacunos seleccionados. A su hija Mercedes, le pasa entre otros, el fundo Ñanco en Collipulli, donde ella pasaba largas temporadas. A su hija Aurora le deja Hueleguaico en Mininco, que mantienen hasta hoy día sus descendientes, además de varios fundos en La Laja, el principal de ellos Luanco, y terrenos, bodegas y casas en Los Ángeles. Doña Aurora se instaló en Luanco los primeros años de su matrimonio, era un importante fundo ganadero, y posteriormente se trasladó a Hueleguaico de amplias casas rodeadas de galerías; allí veraneaba junto a sus hijos Calvo Badilla. Su hija Mayo Calvo pasó gran parte de su infancia y juventud en estas

Página izquierda: Comedor con sus muebles originales.

Páginas anteriores: Fachada de acceso a la casa de Culllinco, construida para don Roberto Padilla Badilla hacia 1920.

tierras y realizó junto a sus hermanos frecuentes visitas a Cullinco a visitar a su tío Roberto. Allí se despertó su interés por la cultura mapuche, y más tarde, casada con Eduardo Guzmán Vargas, emigró a la zona de Villarrica, donde visitaba a los araucanos y grababa sus vivencias, para comprender la idiosincrasia de este pueblo. Así surgieron sus libros *Leyendas de Calafquén, Costumbres mapuches* y *Secretos y tradiciones mapuches*. Una mujer extraordinaria, benefactora del Museo de Arte Precolombino, en Santiago.

Finalmente, su hijo Roberto queda con fundos en Mulchén, Traiguén, Angol, Collipulli y en Nueva Imperial. El juez partidor de la herencia, don Antonio Huneeus Gana, no le traspasa los campos a Roberto Badilla Padilla hasta su mayoría de edad, en 1916, aunque él tenía algunas propiedades con su primo Miguel Ángel Padilla de la Maza.

Fue Cullinco el campo donde se estableció con Adela, su mujer. Con la venta de algunas propiedades fue ampliando territorialmente el fundo, como lo hacía su padre para darle unidad, de modo que en 1923, Cullinco estaba avaluado en 700.000 pesos.

Construyó la casa al estilo de las casas del sur, hecha en madera y techo de zinc, una gran galería vidriada, y hacia el sector del acceso un corredor abierto con balaustradas. Construyó un bello parque en torno a la casa patronal, con especies arbóreas nativas y extranjeras, que se conserva hasta la actualidad.

Roberto Badilla Padilla no tuvo hijos, pero sus sobrinos Calvo Larraín fueron un poco sus hijos, cuyos padres y su numerosa prole eran recibidos en Cullinco con gran cariño por este tío. Miles de recuerdos se agolpan en José Miguel Calvo Larraín: la entrada a las casas con su piso de conchillas que los invitaba a jugar; los paseos matinales con su tío, que llevaba un bastón y sagradamente recorría el parque, enseñándoles el nombre de los árboles y arbustos que luego debían repetir; las salidas a caballo en las tardes por los extensos potreros sembrados de trigo; las correrías recogiendo bellotas de la avenida de encinas, que los llevaba a la estación de Cullinco, y al anochecer un hermoso y mágico espectáculo era la aparición de las luciérnagas, que iluminaban el parque.

Don Roberto fue un gran emprendedor. Primero tuvo un aserradero, mientras despejó los potreros, luego hizo plantaciones y siguió con el criadero de vacunos y lanares de alta calidad, fundado por su padre en 1901. Para su alimentación dedicó 1.500 hectáreas al cultivo de alfalfa, cebada y empastadas, además de las siembras de trigo. La ovejería era el principal rubro de la hacienda y los animales finos se presentaban en las exposiciones de la Quinta Normal, en Santiago, donde obtenían premios que don Roberto celebraba con orgullo.

Malleco tiene las condiciones óptimas para el cultivo de la manzana, que resiste bien al frío y florece más tarde que otros frutos de pepitas. Poco antes de la Segunda Guerra Mundial, Badilla introduce variedades norteamericanas, expandiendo estos frutales a 2.000 hectáreas, cuya producción se exportaba y se producía una refrescante chicha para los familiares. Cuando florecían los pomares este fundo parecía de ensueño.

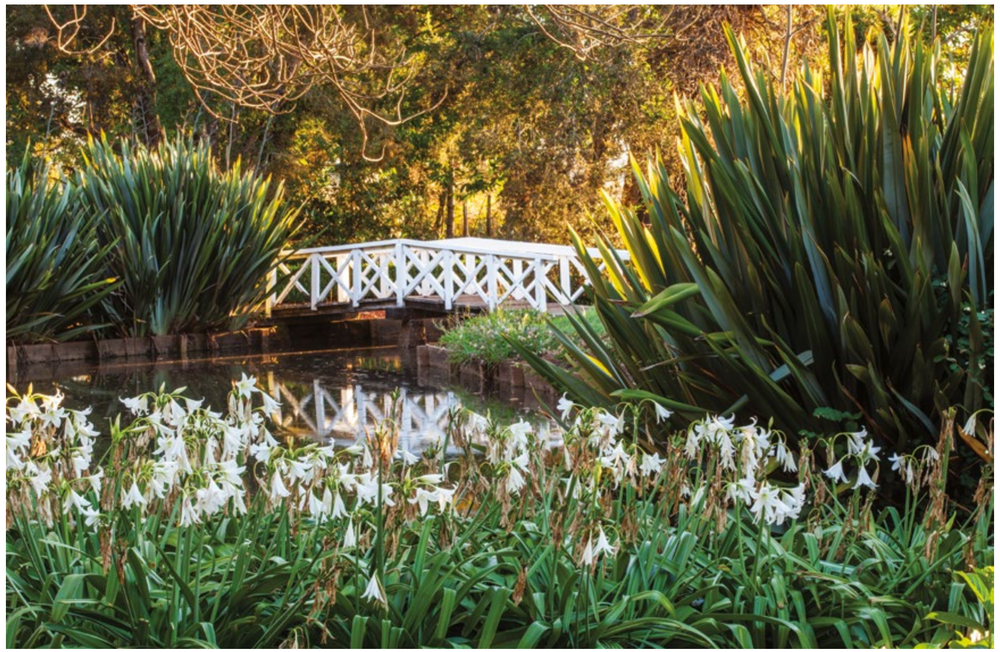
Roberto Badilla murió en 1961, en la casa de la Alameda, y su viuda continuó con los campos, con la ayuda de administradores, hasta que fueron expropiados. Doña Adela fallece en 1977 y su hermana Raquel, que vivía con ella, al año siguiente. Después de la Reforma Agraria y la regularización legal de estos campos, el sector de las casas, que incluye el parque, algunas bodegas y establos, la compra Alberto Bustamante Moreno, quien la vende en 1992 a la familia Orueta Barrena, compuesta por José Antonio Orueta Ansoleaga, su esposa Blanca Barrena Irazabal y sus cuatro hijos.

Los Orueta estaban interesados en diversificar su producción agrícola de Cachapoal y buscaron un fundo al sur del río Biobío, que permitiera la producción comercial de leche y carne. Así Cullinco fue escogido entre varias opciones, porque era un predio muy productivo, tenía historia y una belleza paisajística deslumbrante, cualidades que serían destacadas en la promoción de sus productos. Durante los primeros años la actividad principal fue la engorda de vacunos y luego la producción de leche. Hoy Cullinco cuenta con 480 hectáreas, dedicadas al trigo, avena, raps, manzanas de exportación y el viñedo tiene variedades de Chardonnay y Pinot Noir, para producir espumantes.

Esta familia Orueta procede de España, cuando cuatro hermanos Orueta Ruiz de Eguilaz llegan a Chile en 1915, desde Vitoria, la verde llanura de la provincia Álava, la más extensa del País Vasco, donde tenían unos terrenos con viñedos en la Rioja alavesa. Se instalan en Rancagua y en 1949, don Fernando, uno de los hermanos alaveses, volviendo a sus raíces, funda la viña La Ronciere, en Graneros, una tierra privilegiada de la provincia de Cachapoal, con una producción de vinos de alta gama y calidad, características que se mantienen hasta hoy y a las cuales se suma la producción de excelentes espumantes de Cullinco. V.M.

Antigua oficina de la hacienda.

Corredor principal que mira al parque de la casa.



Puente en la laguna del parque, diseñado por profesionales japoneses de El Vergel.

Página derecha: Puerta de fierro de acceso al parque.

Páginas siguientes: Avenida de encinas en el camino de entrada a Cullinco.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar agradecemos la generosa disposición de los dueños de casa por acoger a los autores y autorizar la inclusión de su propiedad en esta obra: señor Alfredo Moreno, señora Margarita Donoso de Pérez, hermanos Bustamante Urcelay, comunidad del Campo Rivera, señora Paulina Zañartu, señor Jorge Tocornal y señora, hermanos Subercaseaux del Río, Armada de Chile, señor Luis Alberto Aninat y señora, hermanos Bordeu Schwarze, señor Víctor Moller y señora, señor Cristián Rioseco y señora, señora Rosita Montory de Solar, señor Joaquín Morandé, hermanos Phillips Pereira, señora Cecilia Galilea de López, señor Patricio Phillips, y señor José Antonio Orueta.

Agradecemos también a todos quienes entregaron valiosa información e imágenes inéditas, que enriquecen esta publicación: señor Francisco Javier Arrau, señora Gaby Bordeu, señor Alejandro Bordeu, señora Isabel Bunster, señora Ana María Bustamante, señor Juan Carlos Bustamante, señor José Miguel Calvo, señores Andrés y Jorge del Campo, señor José Miguel de la Cerda, señora Isabel Gana de Guilisasti, Galería de Imágenes de la Cámara Chilena de la Construcción, señor Servando Jordán, señor Francisco Javier Jordán, señor Benjamín Lira, Teniente Emilio Loo, señor Ignacio López, señor Francisco Monge, señor Bernardo Muñoz, Museo O'Higginiano y de Bellas Artes de Talca, señora Isabel Margarita Pérez, señor Raimundo Pérez, señor Julio Retamal Ávila, señor Hans Rosenfeld, señor Max Silva, señor Manuel Solar, señora Ximena Subercaseaux de Concha, señora Magdalena Subercaseaux de Pulido, y señora Mónica Valdivieso.

Fotografía portada: Bureo.

Fotografía contraportada: Corcovado.

Fotografía guardas 1: Quichamahuida.

Fotografía guardas 2: María Ester.

CASAS DE CAMPO CHILENAS

Desde el Valle del Maule hasta el Valle del Cautín

© Teresa Pereira, Hernán Rodríguez, Valeria Maino, 2017
© Origo Ediciones, 2017

Dirección: Teresa Pereira y Hernán Rodríguez
Fotografía: Max Donoso
Producción y coordinación: Alejandra Molina

Coordinación Banco Santander: María Victoria Sepúlveda

Publicado en 2017 por Origo Ediciones
Padre Alonso de Ovalle 748, Santiago de Chile
www.origo.cl

Dirección Editorial: Hernán Maino
Edición Ejecutiva: Pedro Maino
Producción Gráfica: Marcelo Baeza, Daniel Baeza

Derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada o transmitida en cualquier forma o medio electrónico, mecánico, óptico o químico, incluidas las fotocopias, sin previa autorización expresa y escrita del editor.

ISBN: 978-956-316-381-0

Impreso en Fyrma Gráfica.
Santiago de Chile.

PATRIMONIO CULTURAL DE CHILE

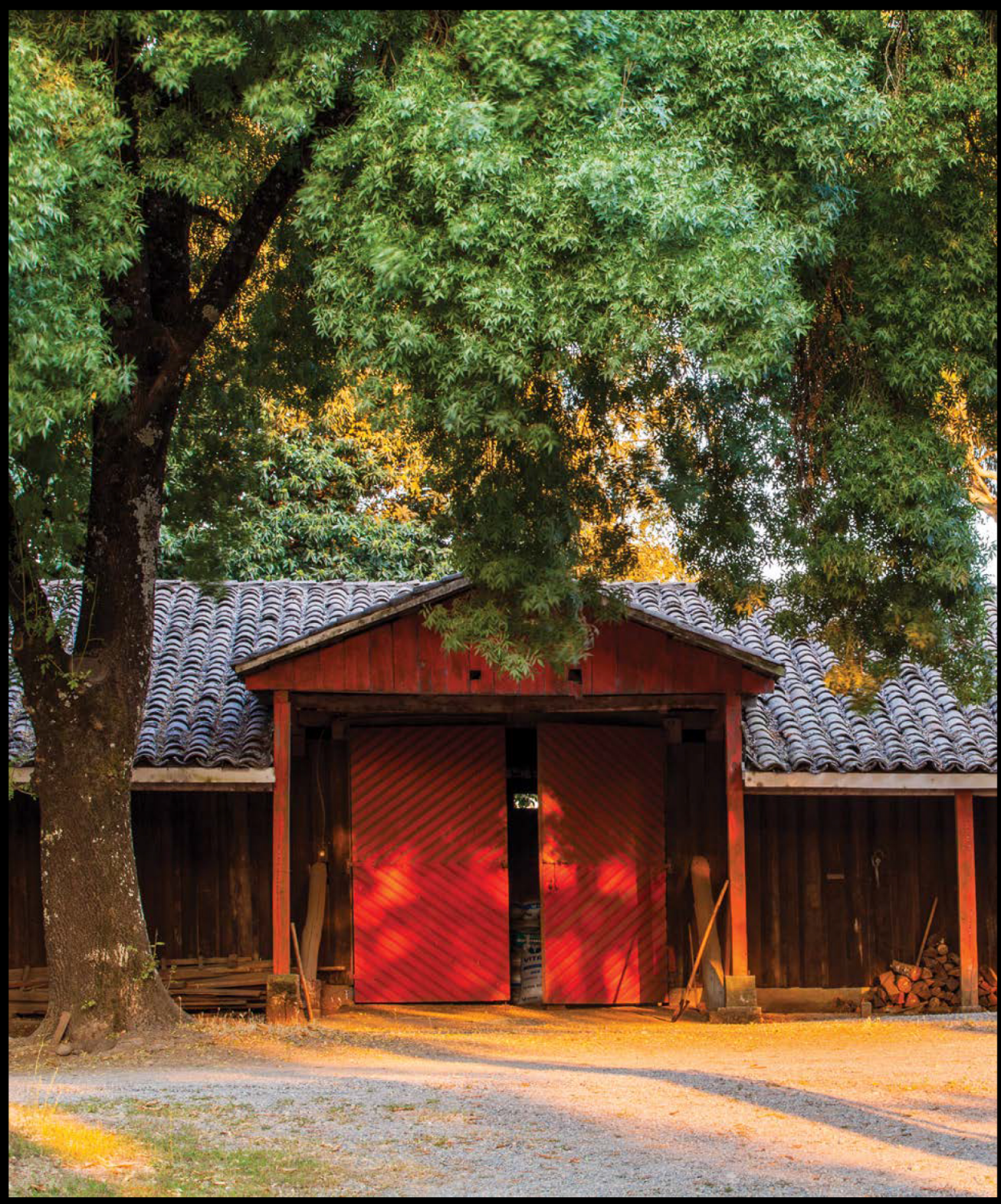
Santander

PROYECTO ACOGIDO LEY DE DONACIONES CULTURALES

PATRIMONIO
CULTURAL DE CHILE

Santander

PROYECTO ACOGIDO
LEY DE
DONACIONES
CULTURALES



PATRIMONIO
CULTURAL DE CHILE

Santander

PROYECTO ACOGIDO
LEY DE
DONACIONES
CULTURALES